

A. VELÁZQUEZ DE VELASCO

# LA LENA



EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA



E  
eci

uromático  
quina!



- u. Valladolid 1560
- dramaturgo
- esta es su mejor obra,  
elogiada por M. J. Pelayo  
y Ticknor. Está incluido  
en el "Catálogo de  
autoridades del idioma".  
1<sup>ra</sup> ed. en Mitán en 1602.

DGCL  
A



Director literario: V. Blasco Ibáñez

LA LENA

et. 34547  
c. 1538775

## EN ESTA COLECCIÓN

### CLÁSICOS GRIEGOS

- HOMERO: *Iliada*. 2 t.—*Odisea*. 2 tomos.  
ESQUILO: *Tragedias*. 1 t.  
SÓFOCLES: *Tragedias*. 2 t.—I. Las traquinenses. Edipo, rey. Edipo en Colono. Antígona.—II. Filoctetes. Ayax. Electra.  
HESÍODO: *La Teogonía*.—*El escudo de Heracles*.—*Los trabajos y los días*.—BIÓN: *Idilios*.—MOSCO: *Idilios*.—HIMNOS ÓRFICOS: *Los perfumes*. 1 t.  
EURÍPIDES: *Obras completas*. 4 t.—I. Hécaba. Orestes. Las fenicias. Medea.—II. Hipólito. Alceste. Andrómaca. Las suplicantes. Ifigenia en Aulide.—III. Ifigenia en Tauride. Reso. Las troyanas. Las bacantes. Los heracleidas.—IV. Helena. Ion. Heracles furioso. Electra. El ciclope.  
TEÓCRITO: *Idilios y epigramas*.—TIRTEO.—ODAS ANACREÓNTICAS. 1 t.  
ARISTÓFANES: *Comedias*. 3 t.—I. Lysistrata. Los acarnienses. Las nubes.—II. Los caballeros. La paz. Las avispas. Pluto.—III. Las tsmóforas. Las aves. La asamblea de las mujeres. Las ranas.  
JENOFONTE: *La vida y las doctrinas de Sócrates*. 1 t.  
ARISTÓTELES: *La Política*. 1 t.

### CLÁSICOS LATINOS

- CICERÓN: *La República*. *Las padojas*. 1 t.—*Las leyes*. *La vez*. *La amistad*. 1 t.  
PLAUTO: *Comedias*. 3 t.  
VALERIO MÁXIMO: *Hechos y dichos memorables*. 1 t.  
HORACIO: *Sátiras*. 1 t.  
VIRGILIO: *Églogas*. *Geórgicas*. 1 tomo.

### EDAD MEDIA

- LA CANCIÓN DE ROLDÁN. 1 t.

### CLÁSICOS ESPAÑOLES

- VIDA DE CERVANTES, por su primer biógrafo D. Gregorio Mañás y Siscar. 1 t.

- CERVANTES: *Teatro selecto*. *Comedias y entremeses*. 1 t.  
QUEVEDO: *Obras satíricas*. 1 t.  
GUILLEM DE CASTRO: *Teatro*. 1 t.  
LOPE DE VEGA: *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.  
CALDERÓN: *Teatro*. 2 t.  
MORETO: *Comedias*. 1 t.  
TIMONEDA: *El patrañuelo*.—*El sobremesa y alivio de caminantes*. 1 t.  
LOPE DE RUEDA: *Comedias y Pasos*. 1 t.  
ROJAS ZORRILLA: *Comedias*. 1 t.  
RUIZ DE ALARCÓN: *Teatro*. 1 t.

### CLÁSICOS INGLESES

- SHAKESPEARE: *Obras completas*. 12 tomos.

Tomo I.—William Shakespeare, por Victor Hugo. Hamlet, príncipe de Dinamarca. Los dos hidalgos de Verona.

Tomo II.—Otelo, el moro de Venecia. Medida por medida. Cuento de invierno.

Tomo III.—Romeo y Julieta. Bien está lo que bien acaba. Comedia de equivocaciones.

Tomo IV.—El mercader de Venecia. Penas de amor perdidas. Cimbelino.

Tomo V.—Macbeth. Troilo y Crésida. Enrique VIII ó Todo es verdad.

Tomo VI.—El rey Lear. Coriolano. Como gustáis.

Tomo VII.—La fiera domada. La duodécima noche. Mucho ruido para nada.

Tomo VIII.—Sueño de una noche de verano. La tempestad. Las alegres comadres de Windsor.

Tomo IX.—Julio César. Antonio y Cleopatra. Timón de Atenas.

Tomo X.—El rey Juan. La vida y la muerte del rey Ricardo II. La tragedia de Ricardo III.

Tomo XI.—La primera parte de Enrique IV. La segunda parte de Enrique IV. El rey Enrique V.

Tomo XII.—La primera parte del rey Enrique VI. La segunda parte del rey Enrique VI. La tercera parte del rey Enrique VI.

CLÁSICOS ESPAÑOLES

---

A. VELÁZQUEZ DE VELASCO

---

# LA LENA



PROMETEO

Germanías, 55.—VALENCIA

(Published in Spain)



R. 29114





## AL LECTOR

---

**E**L libro que ponemos en tus manos es uno de los más amenos que ha producido la literatura española.

Su autor, el capitán don Alfonso Velázquez de Velasco, fué poeta distinguido y notable prosista, que floreció en la segunda mitad de la décimasexta centuria. Compuso *Odas* y *Salmos* de marcado sabor religioso, y ya en los días maduros de su existencia publicó en Milán (1602) con el título de *LA LENA*, primero, y *El celoso*, después, la «ridiculosa comedia» que hoy de nuevo te ofrecemos, obra de agradable entretenimiento y muy graciosa, escrita á imitación de la famosa *Celestina*.

De este modelo de lengua española dijo el maestro de la crítica, don M. Menéndez y Pelayo: «...con ser *LA LENA* tan castiza en el fondo, tiene mucho de comedia italiana en su técnica. Aunque escrita para la lectura y no para la representación, está concebida en forma de comedia y no de novela: es un poema esencialmente «activo», en que conocemos á los personajes no sólo por sus palabras, sino por sus hechos. Hasta cuatro intrigas se cruzan en él, ingeniosamente combinadas, sin daño de la claridad ni perjuicio del desenlace. En el artificio dramático, en la solidez de la construcción, en el vigor de los caracte-

res, vence con mucho á todas las comedias, bastante informes, que habían compuesto Timoneda, Lope de Rueda, Sepúlveda, Alonso de la Vega; y en las gracias del diálogo no cede á ninguna, con la ventaja de ser su humorismo de calidad más honda. Es pieza larga, pero no de tales dimensiones que la hagan irrepresentable, pues apenas llega á la tercera parte de la *Celestina* primitiva y no excede á la de varias fábulas que positivamente fueron representadas en Italia. En suma, LA LENA es la mejor comedia en prosa que autor español compuso á fines del siglo XVI».

Es, además, la obra de Velasco un verdadero arsenal de modismos y refranes del habla española; siendo tal el número y calidad de los mismos que puede ser considerada como un tratado de paremiología.

La reproducción que te ofrecemos está fielmente transcrita de un raro ejemplar de que hemos podido disponer de la edición *princeps*, respetando la división en actos y escenas del original, si bien hemos modificado en parte la ortografía y salvado algunas evidentes erratas.

LOS EDITORES



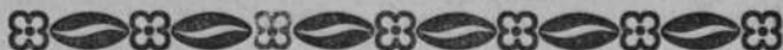
## A LOS LECTORES

---

**H**ALLANDO en mi ociosidad empeñada la melancolía en diversos pensamientos de los graciosos tiros que muchas mujeres del tiempo viejo hicieron, y en la consideración del ardiente furor de aquel triste que siente el mortal veneno de una celosa desconfianza—de cuyos rabiosos desconciertos me ha tocado gran parte—, me puse—por mi pasatiempo, como en venganza del daño recibido—á componer esta ridiculosa comedia, en que algunos ratos he refrescado los espíritus de cierta seca tristeza mía. La recompensa que pretendo es que, como será de entretenimiento, sirva también de útil consejo y ejemplo, para escusar pasión tan terrible, que consume en su propio fuego al insensato á quien toca. Esto creo bastará para que disimulen las faltas que hallaren en la disposición del conceto y estilo. Y para que mi jocosa intención y simpleza halle favorable construcción, y no sea juzgada sino según su efeto, consideren que hablo en el papel como al primero que encuentro en la calle. No he querido aplicar argumentos sobre los actos, teniéndolos por superfluos, siendo todos tan eslabonados, y así, evitando la prolijidad, me remito al prólogo de mi famosa *Lena*, á quien—cual es—os encomiendo por otra tal. Valete.







EL DOCTOR JUAN TOLERANTE  
AL MANSO LECTOR

SONETO

Aquí verás al fin, vida y locura  
Del celoso Antenuco impertinente,  
Que á discreción de un necio negligente,  
Deja la joya que guardar procura.

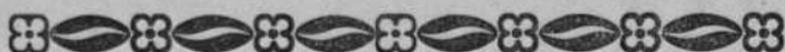
Astuta vieja; siervo con cordura;  
Requestada mujer vana, que siente  
Desconfianza d' ella; floreciente  
Doncella con madrastra, en estrechura;  
Viuda recatada y viejo sano;  
Mozos sin padre, libres y opulentos;  
Humores vanos, de diversas gentes.

Nota bien sus desgustos y contentos;  
Abr' el ojo, lector, qu' está en tu mano  
Vivir en paz, sin mil inconvenientes.

Huye los accidentes  
Que aquí verás, seguro y sin sospecha,  
De tu metad: pues nada te aprovecha  
Aquel tener la estrecha  
Pobre asombrado—menos tu recelo,  
Si ya el cuclillo te anunció su duelo.

*Impatiens operabitur stultitiam*

(Prov., 25)



## INTERLOCUTORES

---

LENA, tercera.

CERVINO.

MARCIA, segunda mujer de Cervino.

CASANDRA, hija de Cervino y de otra mujer.

MORUECO, hermano de la primera.

INOCENCIO, bachiller, criado de Cervino.

BECERRICA, paje de Marcia.

VIOLANTE, viuda.

DAMASIO } hijos de Violante.  
MACÍAS }

CORNELIO, su criado.

ARIES, padre de Marcia.

VIGAMÓN, su criado.

RAMIRO, su criado.

POLICENA, su hija.

Damasio ama á Marcia.—Macías ama á Casandra.—Aries ama á Violante.—Cornelio ama á Policena





## ACTO PRIMERO

---

### ESCENA I

LENA hace el Prólogo

Terrible cosa es que no se pueda—sino por maravilla—hacer colada que no llueva. No hay ya vivir en este mal mundo, pues, como el lobo, tanto empeora cuanto más envejece; bien necio es quien de ti se fía. ¿Qué se hizo aquel cortés respeto que la buena memoria de mi madre de su tiempo me contaba? diciendo que como se veía una persona de edad, fuese quien fuese, andaban las reverencias hasta el suelo; siendo en todas partes bien vista y acariciada, sin nunca hallar puerta cerrada: porque se vivía á la buena, sin las falsas sospechas que hay el día de hoy. Creo que me engendró la desgracia, y que si tuviese en las manos oro, se me volvería plomo, pues no pesco con mis designos sino mordedores cangrejos que me destruyen. Entré—que no debiera—en casa de aquel maldito Cervino, á mostrar á la señora Marcia, su mujer, ciertas galanterías de

que suelen gustar las damas curiosas como ella, y al punto de concertarnos, sobrevino el mal hombre, y sin más ni más, llamándome de vieja hechicera, alcahueta, encorozada, con otra sarta de injurias—que por mi crédito y honra callo—, me dió tal granizo de torniscones, que á sus pies cayera muerta, á no socorrerme en la tempestad una buena persona que le detuvo; mas alcanzándome con un puntillazo, dió conmigo por la escalera abajo, donde perdí mi hacienda, y aun la gana de recogerla, porque se daba tal priesa con aquellas manos de oso—en la picota las vea—, que la fin de una puñada era principio de otra mayor; y así me salí á la calle del Rey más que de paso, con dolores de bolsa y corazón, que aún me duran por todo el cuerpo. Mas no lo siento tanto como haber perdido una receta de agua de rostro que me valiera un tesoro; porque bastara á hacer hermosa á la más fea de Guinea, la cual me acababa de dar una devota persona, diciéndome habérsela tomado á una condesa de no sé dónde, para quemarla, y que después, viéndola tan perfecta, de la estima se había arrepentido. ¡Oh, quién lo supiera! ¿Paréceos bien, señores, el daño que aquel descomulgado me ha hecho? Mas á fe que tiene quehacer con gata que trae pelada la cola. Estoy por irme á la justicia—si la hay en la tierra—, y querellándome dél diciendo que me ha hecho fuerza y robado mi hacienda en su casa, hacer que me la pague con las setenas. Mas, probe de mí, ¿de qué me servirá? Pues, por el maldito favor, en lugar de castigarle, aunque muestre la bandera rota—digo, las molidas espaldas—, darán más crédito á su mentira que á mi verdad. Loca sin juicio, ¿qué digo? ¿Por qué no le daré de mi propia mano la pena y

castigo que merece? Este es el más sospechoso animal que sabemos, y al presente está tocado de tan rabiosos celos, que se le comen vivo. Ha sido casado dos veces, y de primera mujer tiene una hija llamada Casandra, de diez y seis á diez y siete años, encerrada en un aposento como una muda; tan oscuro, que á medio día se la pueden dar buenas noches; sin consentir que trate con nadie, diciendo que la doncella es como flor cubierta de rocío, que por poco que la toquen se marchita. Cada día visita la orina, dando á entender—por amedrentarla—que en ella conoce el humor pecante. No quiere que coma bocado de carne fresca, porque halla que solicita y despierta el apetito de la salada; y de la miseria que la envía para sustentarse hace antes anatomía, temiendo no haya dentro alguna contraseña. Si meten alguna cesta de paños ó de otra cosa, lo revuelve de abajo á arriba; porque una reina de Escocia—dice—se enamoró de su enano, y que dentro de una canasta se le metieron en su cámara. Quiere que los criados hablen como por señas, porque no los oyan las mujeres, guardándolas como si fuesen yeguas del relincho y salto del caballo. Con esta segunda mujer se casó poco ha, por ser hermosa y de buen linaje; y pareciéndole temprano, aún no se atreve á estrecharla tanto como querría, aunque no se pudo ir á la mano cuando me hizo el tiro que os he contado. No niego haber ido con intención de hacérsele como él merece, porque un caballero que está apasionadísimo por ella me encomendó que la procurase dar esta carta, y aunque no lo hice, á lo menos cumplí con arriesgarme á lo que me vino, y así él, considerando no haber quedado por mí, restaurará—sin duda—mi pérdida, de

manera que, con tan buen premio como el que espero, me serían buenos al mes un par de tales encuentros. Pero para que la suerte no me salga en blanco, lo que hace el caso es procurar—ya que no pude servirle por mi pico—que se haga por tercera persona. Mas, ¿si mientras busco gato que me saque la castaña del fuego, y voy poniendo liga al pájaro, este gentil hombre muda de pensamiento—como es costumbre de los enamorados de hogaño—, no lo perderé todo? No, pues cuando no me diere de comer en su casa, no me faltará de cenar en otra, con la misma empresa. Yo soy como la balanza, que se inclina á la parte que más recibe, y como cera, que aunque tenga imagen, como se le carga sello, deja la primera y toma la forma dél. Harto he vivido para saber vivir. Es lo bueno que al punto comprendí la buena señora á lo que yo iba; que á las que son tan discretas el diablo se lo pone delante. ¿Qué haré, pues, yo ahora? Piensa bien, Lena, piensa y repiensa, hasta que con su vergüenza le hagas andar como el que tiene pintado el barbero mi vecino, que fué comido de sus propios perros; helo de hacer si pensase morir en la demanda. No es persona la que no sabe hacer bien y mal; quien la hace la espere, y la mitad del camino está andado, porque los celos hacen á la mujer más fácil de rendir. Mas entretanto, ya que—transportada de cólera—he echado mis vergüenzas—y las ajenas—en la calle, dándome á conocer por solicitadora, agente ó tercera—que algunos necios llaman á la antigua, alcahueta—, vituperando esta sarta que traigo al cuello, quiero contaros un érase que se era—y el bien para nosotros sea, el mal para la manceba del abad—, digo de parte de lo que por mí ha pasado. Ante todas

cosas fuí doncellica niña, hasta que de doce años, cegándome el demonio—nunca se lo perdono—, me enamoré de un mozo de casa, que era como un pino de oro, y habiéndome á los trece años pegado el mal de los dos bazos, viéndome mi madre hidrópica, á gran priesa—por su honra y la mía, que siempre la he guardado como los ojos de la cara—, me casó con un hombre de más edad y templanza que para la mía era menester, y así, no pudiendo sufrir sus buenas costumbres, me le desaparecí, y de lance en lance fuí á dar conmigo en Nápoles, donde—habiendo estado en opinión de doncella, como tres semanas, en compañía de cierta viuda muy recogida—la cual me instruyó á osadas—un mercader, persona honrada, me tomó á su cargo, y al cabo de pocos días—no faltándome ya quien me alentase á vivir á mis anchuras—me resolví de tomar casa de por mí y puse tienda abierta de cortesana; y así continué la mercancia como poco más de treinta años. El que estuvo allí en tiempo del buen duque de Osuna se acordará de la Buiza, que así me llamaban entonces—; y después de mil vaivenes, prosperidades y mudanzas, habiendo rematado mis prendas, haciendo como el marinero, que fácilmente echa á la mar lo que del pasajero ha recibido, se me desapareció, como humo, en dos días, cuanto en tantos años, por medio de mi pertinaz pecado, había adquirido, quedándome solamente con los achaques que acompañan siempre á las de aquella profesión; que cuando más bien paradas, tienen un pie en su casa y el otro en el hospital; no bastando al fin—cuando más prósperamente se ha navegado—cuanto pueden acumular para emplastros y zarzaparrilla. Y así, viéndome pobrísima, olvi-

dada y sola, comenzándome la enojosa vejez á amenazar y saltar á la casa, embotadas en ella —por mi desgracia— las herramientas del miserable trato, me volví á Valladolid—mi cara y deseada patria—, y viendo esta corte tan destrozada y transida, que más me parece capítulo general de alquimistas que lo que ser solía, acordé de tomar este oficio, con cuatro camas que alquilar, que me es como natural: porque siempre la ramera, tercera muere ó mesonera. Habiéndome antes informado de que en ningún otro trato se hacen tantos negocios de honra y provecho como en éste, aunque corriendo muchas borrascas de las que os he contado. Lo cual siento menos, viendo por este medio tan insigne auditorio, para lo que oiréis. Tened paciencia —os ruego—, que no será tiempo perdido.

(Vase.)

## ESCENA II

Salen CERVINO é INOCENCIO

CERVINO

Ya sabéis, bachiller Inocencio, que teniéndos por virtuoso y de confianza, os he metido en mi casa, y también la voluntad que tengo de haceros bien con el tiempo, dándoos entretanto por prenda la guarda de toda mi honra, la cual estimo más que hacienda y vida.

INOCENCIO

*Sit modo dignitas incolumis.* No puedo, señor, con palabras dignas, responder á tanta mer-

ced; mas en reconocimiento de la confianza, con toda fidelidad y amor serviré á Vm. y á mi señora, de día y de noche.

## CERVINO

De noche, no, amigo; déjame á mí ese cargo, que no es poco pesado. Ahora, pues, quiero que entendáis de qué manera os habéis de gobernar. Y no os espantéis de haberme visto tan colérico con aquella mula del diablo, que no sabéis quién es ni las malas burlas que suelen hacer las tales.

## INOCENCIO

*Rectum inditium indicate.* ¿Qué sabemos si aquella mujer venía ó no á lo que Vm. piensa? y teniendo hijos, ó nietos, faltándoles el sustento, por no poderse valer de las cosas que dejó en casa, habría Vm. cargado de aquel peso su conciencia.

## CERVINO

Haréisme con vuestros escrúpulos renegar, no sólo de la buena opinión que de vos tengo, mas estoy por decir de otra cosa. Yo no os quiero en mi casa para predicador; si queréis hacer á mi modo, habéis de oír y callar, y si no, yo buscaré quien lo haga.

## INOCENCIO

Esto ha nascido, señor, de que cuanto más pobre es un hombre tanto más se duele de la miseria de otro. No se enoje Vm., que yo haré cuanto fuere servido, como no se atravesase el alma.

## CERVINO

¿No os digo yo? Estad, pues, atento. Cuando yo no estuviere en casa, habéis vos de estar siempre en el portal, mirando como otro vigilantísimo Argos.

## INOCENCIO

*De hoc ita Ovidius:*

*Centum luminibus cinctum caput Argus habebat,  
Inque suis vicibus capiebant bina quietem,  
Cætera servabant, atque in statione manebant.*

Pero mala burla la hizo *Mercurius a Jove missus, cantus dulcedine.*

## CERVINO

Pues ¿qué entendéis por eso?

## INOCENCIO

Que son peligrosas estas custodias, si anda Juno celosa, pues no se puede el hombre dormir en las pajas.

## CERVINO

Huelgo mucho de que nos entendamos. No me dejéis entrar persona, aunque viniese mi propia sombra; y sobre todo abrid el ojo á estas corredoras, ministras de Satanás, que traen la peste consigo. Si vos hubiéredes menester alguna cosa, decid á Becerrica que la pida á las mujeres; y si ellas os llamaren, díganle también lo que quisieren; no toméis trabajo de subir arriba. Si acaso pasaren algunos á caballo, entraos luego en el patio; haced llamar á mi mujer con algún achaque, y entretenedla—desde abajo—con cual-

quier conseja, como de brujas y hechiceras, hasta que sintáis que han pasado y que no vuelven: que todo es menester para que no se ponga á la ventana.

INOCENCIO

¡Pues qué cuentos sé yo para eso! Tendréla dos horas con un palmo de oído escuchándome: déjeme Vm. con ella que *Vincam meis officiis cogitationes tuas*. No habrá falta en lo que yo pudiere.

CERVINO

Pues con esa confianza de aquí adelante saldré seguro, y estaré fuera de casa con el ánimo reposado.

INOCENCIO

*Magnam omnibus in rebus tuæ dignitatis rationem habeo. (Vase.)*

CERVINO, *solo*

No pudiera hallar de Poniente á Levante hombre más á mi propósito que éste, porque realmente es puro y sin malicia; pero esta su sinceridad, ¿qué me aprovechará para asegurarme de que no me podrá engañar? *Pone seram, cohibe, sed quis custodiet ipsos custodes? cauta est, et ab illis incipit uxor*. Guárdeme Dios de quien me fió. La memoria de mil malos sucesos me inquieta y desconfía en gran manera. Mas cuando de éste no haya que temer, me da cuidado pensar que—por mi desgracia—le podría engañar alguno de tantos cuclillos como siempre andan tras ajenos nidos. Por otra parte, tiemblo de meter en mi casa otro más astuto, que se pueda aprovechar de la ocasión; y así, huyendo del

monte, vendría á dar en un pantano, porque de los domésticos no se puede hombre guardar. Cuán de experimentado anduvo aquel que tratando de casar á un hijo suyo mozo, diciéndole uno que no convenía darle mujer tan temprano y que debía esperar á que supiese más del mundo, le respondió que se engañaba, porque si le conociese nunca se casaría. Casamiento y vejez corren las parejas; muchos ó los más lo desean que en llegando lo aborrecen. Y así decía un viejo muy sabio: Hijos, antes que casaros, ni llegar á viejos, dejasos comer de perros. Maldito sea el punto en que me vino pensamiento de meterme otra vez en semejante laberinto. ¿Qué dote ni herencia pueden recompensar tantos fastidios? La primera vez cortan las orejas á los ladrones, para que, tornando á hurtar, sean sin más información ahorcados. Lo mesmo deberían hacer al que habiendo enviudado se casa segunda vez; pues, al cabo, al cabo, una buena cabra, una buena mula y una buena mujer son tres malas bestias.

### ESCENA III

Sale MACÍAS

MACÍAS

Con cuánta fuerza, oh Amor, arrojas las invisibles flechas, cuyas heridas se sienten en medio del corazón, donde con ser ciego tan incierto aciertas, derramando por las venas el oculto veneno con que enciendes la pureza de los más helados pechos. ¿Qué cetro hay que te pueda

hacer resistencia, teniéndolos todos á tu dominio sujetos? ¿Quién hay que no siga tu estandarte? ¿Quién puso á Troya en tanta ruina y desventura, que de ella no dejó casi cenizas? ¿Quién afeminó el robusto y fuerte brazo de Hércules, y puso en sus vengadoras manos, en lugar de la pesada maza, una ligera rueca? Sino tú: que escudriñando los más escondidos senos del mar, en su profundo abismo á los mudos peces enciendes, á las aves en la región del aire no perdonas; ni menos á los brutos animales, á quien traes en continua guerra. ¿Qué braveza muestran los feroces leones, los crueles tigres, los fuertes toros y los ligeros ciérvos, cuando se sienten heridos de tu flecha? Al fin, todo este mundo, y el que no vemos, no es otra cosa sino una unión y suave liga con que todas están trabadas; tú las crías, conservas y entretienes; por ti respiran y no se acaban; serían los hombres peores que las fieras si tú no fueses el cebo y alimento de sus corazones. Mas, ay de mí, que con ser tan benigno, me tienes cual nuevo Ticio, sin esperanza de mejorar mi triste suerte.

Sale VIOLANTE

VIOLANTE

¿Qué devaneos son esos, hijo mío? Vuelve sobre ti, que si el amor te ciega, la razón te debe guiar, conociendo que no pretendes cosa imposible, y que la violencia y aspereza del deseo impide más que aprovecha al fin de lo que se intenta. No te esquines ni huyas de mí, pues —como tierna madre—voy—teniendo por propia tu pena—tratando de darte entera satisfac-

ción, con esperanza de hacerte en breve contento.

MACÍAS

Eso, señora mía, es—á mi parecer—vender el pellejo del lobo antes de cazarle. ¿En qué funda Vm. lo que se promete, viéndome mordido de un áspide, sin ningún remedio? Estando la vida tan á punto de perderse, aumenta más el sentimiento y pena la tardanza de la muerte, si ya no me diesen á beber de aquella agua de Beocia, que dicen quita de todo punto la memoria. Mas la de la cosa tan amada, que ya está impresa en mi alma, no se puede borrar, si la vida no se acaba.

VIOLANTE

Terrible cosa es haber de contrastar contra la insolencia de tu locura. Dime, ¿por qué te afliges y desconfías tanto? Quien desea sanar, descubre al médico la dolencia.

MACÍAS

En mal de muerte no hay médico que acierte, y así la primera cosa que desampara al paciente es la esperanza de cobrar la salud.

VIOLANTE

La oscura niebla de tu pasión te confunde la vista de los ojos del entendimiento; que si con prudencia considerases el fin de las cosas, ninguna—por dificultosa que fuese—te parecería imposible.

MACÍAS

Y aun por serlo esta tanto, no pudiendo sanar —como Telefo—sino con el hierro que me hirió

—llevándome tras sí mi dolor—, desespero de la vida, si bien no puedo decir que vivo, pues ni amanece ni anochece para mí.

VIOLANTE

Huelga de tener vida, que con ella mucho se alcanza.

MACÍAS

Y cuando se acaba no falta nada, y así hagan las tristezas á su voluntad, que entonces mi mal acabará conmigo. (*Vase.*)

#### ESCENA IV

VIOLANTE, luego VIGAMÓN y RAMIRO

VIOLANTE

Al punto que sale el muerto marido de casa, se debería la mujer ir á enterrar con él viva, porque no llevan tanto mal los defuntos como dejan á las viudas vivas. Porque, fuera de innumerables fastidios y cuidados que las cercan y acompañan continuamente, quedan tan sujetas á la ruin fama, que aunque hagan milagros se tiene mala sospecha de ellas. Si andan las desconsoladas limpias y aseadas, luego las lenguas de oro las levantan que rabian. Si van al descuido mal aliñadas, no falta quien diga que la hipocresía atiende más al provecho que al fausto, y que ellas se entienden. Después de esto, ¿qué trabajo se puede comparar al que se padece en el gobierno de los hijos? Criándolos de pequeños, con tan-

tos de los malos días y peores noches, comportando las viciosas amas, guardándolos, enseñándolos, proveyéndolos, teniendo cuidado de aumentar y conservar la hacienda, que en siendo grandes disipan y consumen con tantos distraimientos, malas compañías, pendencias, juegos, trajes y amores, con que dan siempre ocasiones á las tristes madres para andar fuera de sí como locas sin sentido, sin más bien ni consuelo de no tener quien las vaya á la mano.

Sale RAMIRO

RAMIRO

Señora mía, beso las manos á Vm.

VIOLANTE

Dios os guarde, Ramiro; huélgome mucho de veros con buena disposición.

RAMIRO

Lo mesmo puedo yo decir, aunque en el rostro muestra Vm. ir descontenta.

VIOLANTE

Amarga de mí, no es mucho que se eche de ver en él la pasión de que el corazón anda lleno: estoy tan cansada del mundo, que deseo se acabe ya esta miserable vida.

RAMIRO

Santo Dios, ¿qué oyo? ¿Puede tener ocasión para tanto aborrecerse una señora principal, hon-

rada, rica, estimada, con dos hijos y una hija que valen unas Indias?

VIOLANTE

Yo tengo más bienes de los que se parecen de fuera, que merezco; pero en mi espíritu, y de mis puertas adentro, más trabajos y desgustos que puede llevar una mujer tan flaca como yo; pues pensando descansar cuando mis hijos fuesen hombres, tengo ahora con ellos intolerables penas.

RAMIRO

Mucho me pesa de oír eso. ¿Hay alguna pendencia que los inquieta?

VIOLANTE

No es esa la causa; mas estoy por decir que es otra peor.

RAMIRO

De quien ellos son, no se puede pensar cosa mala. Dígame Vm. lo que hay.

VIOLANTE

Diréoslo, como á persona tan de mi casa, y así lo tendréis secreto por amor de mí.

RAMIRO

No dude Vm., porque cuando es menester tengo menos lengua que un pescado.

VIOLANTE

No creo yo menos de vuestra persona. Habéis, pues, de saber que yendo Macías con Damasio —que no debiera— á las bodas de Cervino, vió

allí á Casandra su hija—que es, como debéis saber, en extremo hermosa y agraciada—, y quedó tan enamorado de ella, que no pudiendo verla después acá—por tenerla el padre de manera que apenas ve sol ni luna—, ha dado en tan terrible melancolía, que no basta nadie á hacerle comer ni beber, sino á pura fuerza; haciendo tantos extremos, que temo no venga su mal secreto á dar en manifiesta locura; y para remediar esto, voy á tratar con el señor Aries, su suegro, que sea medio para que se la dé por mujer, que entiendo nos estará bien á ambas partes.

RAMIRO

Esa, señora, no es cosa, á mi parecer, que haya de dar tanta pena á Vm.

VIOLANTE

¿No es gran mal verme á punto de tener un hijo loco?

RAMIRO

No sería pequeño; mas no debe estar en ese peligro, y no dudo de que el señor Cervino no alce los ojos al cielo en oyendo semejante embajada. Lo recio fuera cuando el señor Macías la pretendiera por otra vía; que en tal caso le podríamos atar desde luego, pues sería agua hirviendo sobre la quemadura: porque yo voy cada quince días á afeitar á su padre, y puedo decir con verdad no haberla visto en dos años tres veces.

VIOLANTE

Haga Dios lo que más sea de su servicio. ¿No es ésta la casa?

RAMIRO

Sí, señora. Ta, ta, ta.

VIGAMÓN

¿Quién llama?

RAMIRO

Mi señora Violante de Cabrera viene á hablar al señor Aries.

VIGAMÓN

Entre su merced si es servida, que yo le voy á avisar. (*Vanse.*)

## ESCENA V

LENA, INOCENCIO

LENA

Quiero ver si habrá salido de casa aquel malvado de Cervino, que le tengo de armar un lazo que no se me escape, aunque esté más vigilante que una grulla. A su puerta veo, si la vista no me engaña, aquella buena persona que me libró de sus malditas manos; sí, él es. Ahora es tiempo de emplear mis cuentas en beneficio de mi bolsa; quiero entrarle con el sabroso pecado de la adulación, bisbisando mis oraciones. *E ne nos enducas, liberenos, vita eterna amen.* Señor mío, bienaventurado el cuerpo que por el ánima trabaja. No piense que lo digo por el bien que me hizo librándome de la furia de aquel su Escalote, sino porque no creerá la fama que corre por toda esta

ciudad de sus virtudes y buena vida: dichosa yo si tan sólo una vez al mes se acordase de mí en sus devotas oraciones.

INOCENCIO

Yo tengo, hermana mía, tantos pecados, que no me bastarán para la milésima parte de ellos; mas confío en la gran misericordia.

LENA

Ella sea loada sin fin. Dígame, amor mío, ¿ha salido de casa aquel turco?

INOCENCIO

Si no fuédes mujer y apasionada os reprehendería acerbamente, porque no se puede dar ese nombre á ningún cristiano.

LENA

¿Y qué perro hay tan rabioso como él fué conmigo?

INOCENCIO

Cierto que yo quedé escandalizado de ver lo que pasó. Son días infaustos: otra vez mirá con qué pie entráis en casas ajenas.

LENA

A la fe, no quedó por eso, pues en lunes metí el derecho, sin tocar al umbral de la puerta. Y porque no soy nada agorera, vuelvo en martes, á ver si no estando él—no le quiero tomar en la boca—en casa, podré decir dos palabras á la señora Marcia.

## INOCENCIO

Ni él está en casa ni vos la podéis hablar. *Liberam non habeo facultatem*, porque me ha mandado que no la deje ver á persona ninguna, aunque venga su propia sombra, y particularmente á buhonero ni corredora; este entiendo que es vuestro trato.

## LENA

Triste de mí, que la necesidad me hace algunas veces usar de ese oficio, por no dar en otro peor: que al fin es ganar el pan con el sudor que Dios manda.

## INOCENCIO

Así, *Unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem*. Pero porque os tengo lástima, voy procurando que se os vuelvan vuestras cosas. ¿Tenéis familia que sustentar?

## LENA

¿Familia dice, hijo mío? No menos de cinco pobrísimas hijas; las cuatro doncellas, como tantas perlas, y la mayor, viuda de veintitrés años, que se me ha vuelto á casa con dos criaturicas, y así vivimos con la miseria que puede pensar. Y por no haber hallado qué labrar, ni entrado bocado de carne en mi casa en estos tres días, me enviaron á vender aquellas galanterías, algunas hechas de sus propios cabellos—que los tienen como hebras de oro—. Mire cuáles estarán las desamparadas ahora, habiéndolas quitado en esta casa lo que las había de ayudar. Hu, hu, hu.

INOCENCIO

*Doleo dolorem tuum.* No lloréis, os ruego, que me rompéis las entrañas de compasión. Y así, adivinando todo eso, lo he ya puesto en conciencia al señor Cervino. Y porque *Erigere iacentem debemus*, yo le volveré á hablar.

LENA

¿A tan mal hombre quiere ablandar con palabras? Guárdese de tal cosa, pues siendo un Faraón, sería para más endurecerle; no le pediría el ojo derecho, aunque me lo hubiese sacado. Si lo pudiese alcanzar de la señora, bien, y si no, sobre su alma vaya, porque peor hace quien á perro viejo incita. Déjeme, mi bendito, besar esas santas manos.

INOCENCIO

No, eso no, *absit*.

LENA

Véale yo alcalde de corte.

INOCENCIO

Dios os acompañe. (*Vase.*)

LENA, *sola*

Ahora sí que va bien encaminada el agua al molino: éste es sin duda de aquellos que cuentan de la tierra de Babia, donde los trigos se siegan con escaleras; al fin, el que yo he menester. Benditas sean mis lágrimas, y rebenditos ojos, que tan á punto las dejáis caer. Estad con buen ánimo, que yo os prometo tantas de las de Alaejos

cuantas habéis derramado; y ya es tiempo de cumpliros la palabra, porque no puedo más paladear. (*Vase.*)

## ESCENA VI

Salen DAMASIO y CORNELIO

DAMASIO

¿Crees, Cornelio, que hará Lena algún buen efeto?

CORNELIO

Téngolo, señor, por hecho; y si faltare, será más por culpa de la suerte que de su diligencia: si ya no hace como los maliciosos cirujanos, que no quieren cerrar las llagas por la ganancia que tienen de ellas.

DAMASIO

¿Parécete que va buena la carta?

CORNELIO

Mal año para cuantos de á real las venden en Lisboa. Va que ablandará una peña. Mas si por desgracia no aprovecharé, que no es posible—porque las hojas verdes muestran no estar el árbol seco—, á dos va la vencida: echar otra que encienda más el fuego.

DAMASIO

Así la tengo ya á punto, á las mil maravillas; aunque más querría que no fuese menester.

CORNELIO

¿Podráse creer eso sin escrúpulo?

DAMASIO

Sobre mi conciencia. ¿Has visto los extremos que hace mi hermano con sus amores?

CORNELIO

No es maravilla, por ser los primeros, que son siempre como el calor de San Lorenzo y el frío de San Vicente, que dan mucha pena y duran poco; ó fuego de paja, que presto da llama y muere.

DAMASIO

Cierto que no es mi amor de menos quilates que el suyo, aunque no me encierro á llorar, ni doy tantos suspiros como él; y no creo poderse acabar, no sólo tan presto como tú dices, mas en ningún tiempo.

CORNELIO

Bueno es eso para Cornelio, que por no ser filósofo no sabe dar más razón de que—con soportación de Vm.—no lo cree.

DAMASIO

¿Por qué no lo crees?

CORNELIO

Ya he dicho que no lo alcanzo; mas por haber estado con otros amos enamorados—á quien veía hoy fuego, mañana nieve y aborrecer un día lo que otro amaron—, me ha hecho la experiencia incrédulo.

DAMASIO

¿Sabes á quién acaece así?

CORNELIO

A todos.

DAMASIO

Eso no, saco mi blanca. Solamente á aquellos que aman á mujeres de poco valor; que como para su fuego cortan la leña en pequeño monte, al mejor tiempo se les acaba. Mas ¿cómo podré yo esperar que el mío se consuma, siendo infinita la belleza y el valor de quien es la leña y el fuego, donde suavemente estoy ardiendo, y puedo decir que nunca vuelvo á verla, que no halle en ella nuevas gracias?

CORNELIO

Vuestra merced ha entrado en materia donde yo no abono un palmo; y así podrá echar libremente por donde fuere servido, y yo, entretanto, creeré lo que me pareciere. Mas, si vale decir verdades, no veo en ella tantas cosas como el ciego Amor hace ver á Vm., que, según le da á entender, nunca se vieron venir de la India Oriental tantas joyas preciosas.

DAMASIO

A lo menos ninguna de tanto valor; ni ha salido de Vizcaya mayor asno que tú.

CORNELIO

Es el premio que recibe el que no sabe hablar á sabor del paladar.

## DAMASIO

A lo menos, el que merece quien es tan grosero como tú, que hasta ahora me has tenido engañado con tus bachillerías, creyendo que sabías más de achaque de perfecciones; no sé cómo, ó por qué, no te he sembrado los dientes en esa blasfema boca.

## CORNELIO

Porque me saltarian de ella hombres armados, como los del sembrado de Cadmo; pero no contra Vm., aunque más injurias me diga.

## DAMASIO

Di, necio, ¿no se ve claramente que Amor tiene en aquella frente su potencia y tribunal, pues con un solo movimiento desdeñoso ó alegre condena á muerte y da vida á quien la mira? Si se apartase la oscura niebla de tu poco entendimiento, verías aquel cabello de color del sol, como encadenadas sortijas de oro, partido en órdenes, por el dilatado espacio de su frente. Las cejas ser dos enarcadas líneas, con cierta majestad tan vencedora, que nunca la mostraron tal los arcos triunfales de los Augustos de Roma. Las orejas pequeñas y puestas en lugar tan medido y compasado, que la tierra menos igualmente dista de las circunferencias del cielo que ellas del sitio conveniente. Los ojos de tan peregrina y nueva gracia, que en ellos claramente se ve la risa abrazada con la gravedad; tan dulces en el movimiento, que el aire circunvecino muestra quedar enamorado y deseoso de introducirse en ellos. La niña de dentro—ú ojo del ojo—tan puramente negra, que considerando después

la luz de la plateada yema, parece que está la noche recogida en aquel pequeño círculo, por defenderse de la serenidad que en torno la ciñe. Que el párpado que los cubre es blanquísima nubecilla delante de la cara del sol, ó catarata del cielo, que abriéndose descubre los vivos resplandores del Paraíso, y cerrándose queda por consuelo la misma materia celeste. Que las largas y sombrías pestañas son puras violetas que se espejan á la orilla de cristalina fuente. Que de las mejillas de su perfectísimo rostro es la tez de tanta blancura y lustre, que enfrena la imaginación para no ver lo que falta—si falta puede llamarse aquello que, aunque no se tenga, no se siente faltar—. El perfil de la nariz, que parece estar en medio de aquel hermoso teatro, como cuchillo debajo de cuyo filo inclina y pone la envidia su cuello. Que la tierna y con dulce relieve proporcionada boca—pronunciadora de tantas sentencias y gracias, que por no dar en el infinito, no quiero contar—merece que algún ángel la predique con las demás bellezas: como los dientes de perlas, el cuello de marfil y las manos de alabastro. Baste decirte que la dichosa alma—regidora de aquella preciosa materia—la informa y mueve con tan dulces y alegres ademanes, que no se puede mirar sino con ojos de zafiro.

*Quid laudem femur, aut femori confinia membra,  
Has tractare juvat, potius quam ducere partes.*

CORNELIO

Ahora confieso que oír esas cosas me ha hecho gemir tácita y recalcadamente en lo último de las entrañas, como el cansado caballo cuando acaba de orinar.

DAMASIO

Ha, ha, ha. Dígame cierto que cuando pienso en sus divinas partes, estoy en duda si la debo llamar mujer ó ángel.

CORNELIO

No la pongamos, señor, tan alta que la perdamos de vista, que todavía me quedo yo en mis trece, y no me sacarían de aquí los doce Pares de Francia.

DAMASIO

Eso creo yo, porque tu vista no es capaz de cosas tan altas.

CORNELIO

Los ojos humanos no pueden—según dicen—percibir las cosas sino por las formas de su conocimiento; pero no nace de ahí.

DAMASIO

Pues ¿de qué procede tu ignorancia?

CORNELIO

De saber que es muy propio de enamorados tener á sus damas por más hermosas de lo que son. Y así yo, como uno de ellos—que por ruin que sea el asno tiene su cola—, creo que sin ninguna duda que la mía es—sin comparación—la más bella del mundo, y que—por mi buena ventura—no habrá ojos que tengan virtud para conocer su rara hermosura, tan perfecta como ella es y yo la contemplo. ¿Qué me dirá Vm. á esto?

DAMASIO

Que eres un loco desatinado.

CORNELIO

A lo menos atinado en esto, y dejaré de contar por extenso sus extremadas gracias, porque no quiero poner en condición mi salud y el reposo de Vm.

DAMASIO

Es costumbre natural de los necios celosos, que temiendo que lo que aman se mejore, ó lo vituperan, ó callando ocultan lo bueno que á su parecer tienen. Mas aunque creo que estás también en este engaño, holgaría de oírte decir alguna de sus gracias, como si desvariases con calentura ó estuvieses endemoniado.

CORNELIO

Si Cupido es el demonio de la formación, más merece el que le sigue ese nombre que el de enamorado.

DAMASIO

Ya te ha entrado el espíritu malino; prosigue.

CORNELIO

Son tan innumerables sus perfecciones como las estrellas del cielo, porque de cuanto Naturaleza puede dar, la hizo un escogido compendio, adonde se hallan todas juntas en su perfecto ser. Si Vm. tuviese ventura de ver la gran proporción y orden que tan curiosamente observó en su rostro, confesaría por fuerza que el cielo ha de-

rramado sobre ella cuantos tesoros de gracias tiene que repartir, y que merece ser celebrada por el más exquisito milagro de hermosura.

DAMASIO

Tente, dame la mano, no quiero que pases más adelante, por que no caigas. Pero sepa yo ahora, ¿quién es esa alhóndiga de gracias?

CORNELIO

Es verdad que me avergonzaré de nombrarla. La señora Policena, hija de Ramiro Corvato, insigne barbero.

DAMASIO

¿Cuándo menos? A fe de quien soy que lo sospechaba. Vales cuanto pesas para loar una martingala. Ha, ha, ha. Ahora sí que puedo decir que el devaneo ha manifestado tu modorra ó locura. Dala tú el nombre que se te antojare, que la comparación—dejando aparte la sangre de la señora—ha sido cierto extremada.

CORNELIO

Luego los caballeros dan en la sangre, sin mirar que es la peor cosa que las mujeres tienen, pues las hace inútiles los seis días del mes.

DAMASIO

Ha, ha, ha, ha. Mala pascua te venga, bellaco desvariado, que me haces reir sin gana. No más, que ya es tiempo de ir á saber lo que mi señora habrá hecho con Aries, que no veo la hora de salir de este preñado.

CORNELIO

Antes de entrar en él.

DAMASIO

El diablo te lo dijo.

## ESCENA VII

Salen RAMIRO y VIOLANTE

RAMIRO

¿No ve Vm. al señor Damasio que nos sale al camino?

VIOLANTE

Ya le he visto. Y bien, ¿adónde vas ahora, pan perdido?

DAMASIO

Vengo á acompañar y servir á Vm. Pues, señora, ¿podemos esperar algo de bueno?

VIOLANTE

Creo que sí, porque este caballero, habiéndole parecido bien, me ha prometido de tratarlo con Cervino su yerno, y hacer de manera que haya efeto.

DAMASIO

Es tan extraño el humor de aquel hombre, que lo pongo en duda.

## VIOLANTE

No hay razón para desconfiar, y muchas para darlo por hecho; y así con esta buena esperanza, anima á Macías, que te creará más que á mí; haz de manera que coma y se alegre. (*Vanse Violante y Ramiro.*)

## DAMASIO

Oyes, Cornelio, torna presto.

## CORNELIO

Déjeme Vm. ir primero, que si no voy no podré volver en un año.

## DAMASIO

Digo que eres un Senequilla; sea así. Ni presto ni tarde, mas vuelve á tiempo, por que no se nos pase la ocasión.

## CORNELIO

No hará, si yo la asgo una vez del copete.

## DAMASIO

Temo que con esas chanchas se te ha de olvidar á lo que te envió.

## CORNELIO

Corría peligro, á no llevar la memoria en la mano; deténgome aposta porque me parece que no es hora de hallarla en casa, por ser á la que siempre anda á caza de bobas.

DAMASIO

Vete por donde sospechas que puede acudir y mira que la ofrezcas grandes cosas.

CORNELIO

Desde ahora la ofrezco al León del Moro y la encomiendo á los mochachos de la plazuela Vieja, á quien toca canonizarla, que no la podrá faltar según sus buenos pasos.

DAMASIO

Haz lo que te digo, camina. (*Vase Cornelio.*)

Sale RAMIRO

DAMASIO

Ramiro amigo, mañana os espero, y no se os olvide el agua de olor que me habéis prometido, que no la quiero perder.

RAMIRO

Lo que parece Vm. al señor Curuca su padre, que nunca olvidó cosa que le prometiesen.

DAMASIO

Ya os entiendo: el que trae la cuerda arrastrando no está libre; hagamos ambos nuestro deber, que yo me acuerdo, como veréis.

RAMIRO

De mi parte no habrá falta. Beso las manos á Vm. Así se han de tratar estos aprendices:

¡cómo le he dado en los cascós! Mejor se los rompan que él me saque el agua, si no viene el vino. A Policena con eso.

## ESCENA VIII

RAMIRO, luego CERVINO

RAMIRO

Bien dicen que los barberos todos parece que comen carne de lechuza, porque no pueden guardar secreto; ni yo veo la hora de topar al señor Cervino, para vomitar el del casamiento de su hija, que ya estoy reventando; allí viene.

Sale CERVINO

CERVINO

¿Qué hay por acá, Ramiro?

RAMIRO

Vengo de acompañar á mi señora Violante de Cabrera, que ha estado en casa del señor Aries.

CERVINO

¿En casa de mi suegro la señora Violante?

RAMIRO

La mesma en casa del mesmo; y si supiese Vm. la causa, podría ser que le fuese de mucho contento.

## CERVINO

Cosa del diablo es la libertad que se toman estas viudas, que so color de no tener quien les haga las cosas, están siempre con los mantos acuestas; no me quitarán de la cabeza que no es agua limpia.

## RAMIRO

¿Es posible que una persona tan prudente haga ese juicio temerario, habiéndole dicho que si supiese á lo que ha ido, por ventura le daría contento?

## CERVINO

Y hasta que sepa otra cosa me estaré en mis trece. Pues ¿qué hay?

## RAMIRO

No me han dado tanta licencia.

## CERVINO

Ya sabéis mi humor; decí presto lo que sabéis, no me hagáis entrar en alguna mala sospecha.

## RAMIRO

No podrá ser peor, á mi parecer, aunque me tarde; no es razón que yo me atreva á decir lo que toca al señor Aries; mas si se contenta de entender el caso, sin las personas, yo lo diré.

## CERVINO

Decímelo como quisiéredes y sea luego.

## RAMIRO

Que me place. Tratarán á Vm. antes de mucho tiempo de un cierto matrimonio.

## CERVINO

Mira con qué me sale; después de muy regateado, ¿todo eso era? Ojalá fuese de deshacer el mío.

## RAMIRO

Si creyese que Vm. lo entiende así, me atrevería á decirle que no tiene razón, porque es muy envidiado de la ventura que ha tenido en topar con una señora tan principal de sangre, hermosura y virtudes. Pues ¡qué labores salen de sus manos!

## CERVINO

Podríaos yo responder lo que el caballero romano á uno de sus familiares, que le dijo otro tanto, mostrándole un pie: Vos, amigo, solamente veis que este zapato es nuevo y bien hecho, pero no podéis saber por dónde me lastima. Mas ¿quién os ha dicho lo que Marcia sabe hacer de sus manos? No pensé que sabíades tanto de su hacienda como decís.

## RAMIRO

Sólo por haber servido la casa de su padre veinte años, y haber traído á su merced más veces en estos brazos que pelos tengo en la barba.

## CERVINO

¿Qué grande sería entonces Marcia, á vuestro parecer?

## RAMIRO

¿Por qué lo pregunta Vm.?

CERVINO

Por saber la edad que tiene ahora, que sobre ella andamos siempre en pleito.

RAMIRO

Será—si bien me acuerdo—de veintitrés á veinticuatro años. Mas volviendo al casamiento, mire Vm. que quiero mis albricias si se hace.

CERVINO

Si las queréis ganar, habéisme de decir de quién ha de ser.

RAMIRO

Yo lo diré, pero con condición que no lo ha de saber otro ninguno.

CERVINO

No hayáis miedo.

RAMIRO

De la señora Casandra, con un caballero que pierde el seso por ella.

CERVINO

Pues ¿de dónde le viene? ¿Cómo ó por qué la quiere?

RAMIRO

No sé, señor. Yo tengo quehacer; no quiero nada de Vm.

CERVINO

Esperá, esperá, ¿qué priesa tenéis? ¿Hay alguna muela que sacar?

RAMIRO

A una señora que está rabiando, y ya me tarde.

CERVINO

Rabia mala la mate; sácaselas todas á mi cuenta. Mas decíme, ¿cómo es posible que haya quien esté enamorado de mi hija, no la pudiendo ver persona viva?

RAMIRO

No, sino el día que Vm. se casó.

CERVINO

¿En una hora?

RAMIRO

En un volver de ojos se pega aquel mal; que es como el arcabuzazo, que antes hiere que se oya.

CERVINO

¿Y quién es—Dios nos defienda dél—el galán de tan seco corazón, que tan presto se encendió?

RAMIRO

Vuestra merced lo imagine, que yo no sé otra cosa. (*Vase.*)

CERVINO

Vais en buena hora. Bien dijo Alejándridas que el día de las bodas es el principio de muchos males. Quien trata con lobos traiga el perro al lado. Deberían los que gobiernan sus casas con tanto descuido ser puestos en un palo. A dicho de este buen hombre, yo estoy cual digan due-



los: él ha servido á mi suegro veinte años: dice que Marcia tiene cuatro más; que la ha tenido en los brazos tantas veces, y esto sería por lo menos á los nueve ó diez. El doctor Cornejo dice que halla en sus libros haberse empuñado algunas mujeres de aquella edad. Mirá—por amor de mí—qué aliño para que no le pasen al hombre por la imaginación mil sombras y fantasmas espantosas. Desdichado de quien tiene su honra en tan roedora carcoma, que no le da un momento de reposo. Mas ¿quién puede ser este enamorado? No entiendo cómo ha sido: la doncella de suyo no es maliciosa; está bien guardada; Marcia es su madrastra; y no la incitará el amor que la tiene á sacarla de donde está para que nadie la vea. Pero con todo esto, no se han movido sin causa estos tratos que dice Ramiro. No sé qué me pueda hacer más, ni qué me traigo en esta cabeza, que terriblemente me inquieta. *Fortis imaginatio generat casum*. No querría que me sucediese lo que al otro, que por haberse hallado á un juego de toros soñó aquella noche que tenía cuernos, y amaneció con ellos en la frente. Si el destino no se puede vencer y mi cuidado no basta, deme quien es poderoso, para rimediar mi pena, paciencia.

## ESCENA IX

CERVINO, llamando

Ta, ta, ta.

INOCENCIO (*dentro*)

¿Quién llama?

CERVINO

Yo soy, llama á Becerrica.

Sale BECERRICA

BECERRICA

Aquí estoy, señor.

CERVINO

¿Adónde has estado dende que yo salí de casa?

BECERRICA

Donde Vm. me manda que esté.

CERVINO

Di la verdad, bellaquillo.

BECERRICA

Allí he estado, por vida de mi madre.

INOCENCIO (*saliendo*)

Dice lo que es cierto, por esta ánima pecadora.

CERVINO

¿Quién os pregunta nada? Entraos allá.

INOCENCIO

*Lingvam fallax non amat veritatem.*

CERVINO

¿No te has quitado de aquí?

BECERRICA

Nunca, sino cuando mi señora me llamó para limpiar el estrado.

CERVINO

¿Y mientras tú lo hacías, bajó ella abajo?

BECERRICA

No, señor.

CERVINO

¿Y el bachiller subió arriba?

BECERRICA

Tampoco.

CERVINO

¿Quién ha hablado con él?

BECERRICA

Ninguno, que yo haya visto.

CERVINO

¿Y oído?

BECERRICA

Ni oído, sino al mismo cantando sus latines.

CERVINO

¿Qué vestidos traía aquel que estuvo aquí?

BECERRICA

¿Quién, señor?

CERVINO

El que vino á visitar á tu ama.

BECERRICA

Yo no he visto sino aquel gatazo negro que viene siempre á visitar la cocina.

CERVINO

Donoso os me hacéis, y aun eso es lo que yo he menester; entrá, entrá en casa, que vos sois una mala pieza.





## ACTO SEGUNDO

---

### ESCENA I

LENA, luego INOCENCIO

LENA

Cornelio ha venido á sacarme de casa con un par de ducados. Mal año para cuantos abogados hay en Chancillería, y una higa para mí, si les fuere á consultar la causa del señor Damasio, en la cual sé más que presidente y oidores, y aun estoy por decir que todos los alcaldes cuando más están en su Acuerdo. Si aun no estando el horno caliente se muestra tan liberal, ¿qué puedo esperar cuando los favores de la dama anden en su punto? Sus, Lena, manos á la labor; válgate ahora tú ciencia y habilidad; haz como quien eres. Mas tantas veces va la cabra á las coles, que deja el pellejo. Animo, que las mercancías de mucho provecho no se adquieren sino con gran peligro: ¿es esta la primera de tus hazañas? Sí, que tan mercader queda quien pierde como

el que gana. Mas ¿qué digo? Veisme aquí libre y escusada de ir á casa del caballero del unicornio, pues viene allí mi doctor, con tantas letras sobre el bonete, que le haré creer que las anguillas no son peces. *Benedictus, benedicta, et in secula, sed* libranos de mal, amén... (*Sale Inocencio.*) En hora buena vea yo á mi buen señor. Sin duda que vendrá de visitar algunas santas casas. Al fin, no vale otra cosa de esta vida sino el haberse empleado con caridad en buenas obras; que el bien hacer nunca se pierde. Dichosa madre que tal hijo parió, que yo apenas he tenido tiempo para pasar mi corona, por haberme ocupado en remendar unas camisas á ciertos romeros que van á Cerveros.

## INOCENCIO

Dígoos verdad, que estando en casa—con sobrarme tiempo—no puedo recorrer mis estudios, y así me voy al cimiterio de la Magdalena á decir mis devociones; por eso ved lo que me mandáis.

## LENA

Bueno sería mandar á quien deseo servir de ojos. ¿Hase Vm. acordado de lo que me prometió?

## INOCENCIO

Aunque no lo he olvidado, no he podido hacer nada con mi señora, por ser su marido muy sospechoso; mas no perderé la ocasión.

## LENA

Mayor caridad que esa podría hacer si quisiese.

## INOCENCIO

*Cupio rem gratam facere.* Y así decime en qué, que siendo como decís, me emplearé—como veréis—*ex toto corde.*

## LENA

Es obra tal, que si en acabándola muriese, granizaría el cielo ángeles para llevarla al Paraíso.

## INOCENCIO

Yo no deseo sino hacer bien.

## LENA

¡Y tal bien como éste! ¿Qué cosa hay de más merecimiento que escusar los escándalos que puede haber entre dos grandes linajes? ¿Qué digo dos linajes? En dos ciudades, donde podrían nacer tantas enemistades, que muriesen personas sabe Dios cuántas.

## INOCENCIO

Decime, pues, lo que es presto, que se me hace tarde.

## LENA

Es una de las grandes cosas que habrá oído en su vida; pero por el padre que le engendró, que cuando por evitar estos escándalos no lo quiera hacer, ni emplearse en tan santa obra, no diga palabra á persona del mundo: que si yo no supiese con quién hablo y cuánto pueda ayudar á remediarlo, antes me dejara coser la boca.

INOCENCIO

*Quis est quem tibi fidum prestare possis?*  
Seguramente lo podéis decir. ¿Cómo os llamáis?

LENA

Tengo—con reverencia—más nombres que un menudo de puerco. Lena Corcuera de Cienfuegos, natural de Valverde, á su mandado.

INOCENCIO

He conocido yo de esos apellidos personas muy honradas y en grandes puestos. ¿Era por ventura vuestro pariente Corcuera, maestresala del conde de la Gomera, que vino á ser tesorero del de Oñate y murió contador del marqués de Falces?

LENA

Al fin, como hombre de letras, ha sacado en limpio un parentesco que no le hallará una fanega de trigo. No fué menos que hermano de mi padre, que fué casado tres veces, y á mí me hubo en la segunda, llamada Calidonia de Cienfuegos.

INOCENCIO

*Copia flores propinquorum.* Mucho me huelgo de tratar con persona de tan buena casta, y así, señora Llena de Cienfuegos, tornemos *ad rem nostram*, que aquí quedará todo seguramente enterrado.

LENA

Ha de saber, pues, que una gran doncella... mire que va en secreto.

INOCENCIO

Así lo tomo yo. *Tacitum relinquam.*

LENA

Prima hermana de la señora Marcia, instigada del enemigo malo, se huyó de su casa con un caballero.

INOCENCIO

¿Prima hermana de mi señora? *Credibile non est.* Mirá lo que decís.

LENA

Primísima digo.

INOCENCIO

¿Y que se ha huído?

LENA

Huído, y aportado á esta ciudad, que ni su padre ni deudos no saben de ella, ni menos de quien la sacó, aunque los andan buscando por mil partes, haciendo grandes diligencias y promesas para hacer crudo estrago en cuantos hallaren culpados; mire qué derramamiento de sangre se verá y cuántos rencores, para nunca cesar las enemistades. Ahora la pobre doncella está, conociendo su error, arrepentida; desea meterse en algún monasterio, por medio de la señora su prima, y que aquel caballero se vuelva á su casa á dar muestra de sí, para que no se entienda haberla él sacado. Y esto no se podría venir á saber sino por boca de Vm.

INOCENCIO

Ya os he dicho que no os dé pena eso, porque yo hago las cosas debajo de las faldas.

LENA

Tanto que mejor. Podráse decir que ella, por huir de las vanidades del mundo, se vino de su motivo al olor de santidad de las monjas de esta ciudad.

INOCENCIO

*Recte profecto. Consilium mihi tuum probatur.*

LENA

¿Probado? Si Vm. le viese, tendría más lástima de ella, porque es una rosa de diez y seis años, aunque ahora está tan marchita y afligida, que parece una santica.

INOCENCIO

Pues ¿qué es lo que yo podré hacer por ella á vuestro parecer?

LENA

¿Qué? No menos que darla la vida.

INOCENCIO

Luego ¿es muerta?

LENA

Poco menos.

## INCCENCIO

De esa manera, poco haré yo en resucitar los vivos; mas vengamos al modo.

## LENA

A eso voy. La cuitadita, informada de algunas personas espirituales, que—por su virtud—la han dicho ser yo la que debería, ha hecho confianza de mis tocas, rogándome que lleve ó envíe á la señora Marcia una carta en la cual se la descubre y cuenta b por b y c por c el caso, pidiéndola consejo y socorro en su tribulación. Y pues Vm. dice que yo no la puedo hablar, si quisiese encargarse de hacerla esta buena obra, aquí la traigo.

## INOCENCIO

*Pietatem exerce.* Dádmela, hermana mía, que yo lo haré de muy buena gana, que cierto la obra es santísima.

## LENA

No querría que nos hubiese visto aquel enemigo de su amo.

## INOCENCIO

No tengáis miedo, que nunca sale de casa si yo no quedo en ella.

## LENA

Si la señora, después de haberla contado el caso estuviese dura, diciendo no tener parienta fuera de aquí—porque como son personas de calidad no quieren á las veces, por su honra, ace-

tar lo que les parece vergonzoso—, díjala que bien se puede fiar de nosotros; y acuérdesese de que la primera cosa que la ha de decir sea que la dueña á quien su marido trató tan mal le ha dicho todo esto y dado esa carta, que creo bastará por su mucha bondad.

INOCENCIO

*Præstabo quod a te mandatum est libentissime.* Y uso del superlativo para daros á entender con cuántas veras haré lo que me encomendáis; y porque, á mi parecer, *in hoc tota res agitur*, quiero volverme á casa, á ver si lo podré poner luego en ejecución.

LENA

Los truenos y demoniaciones le acompañen.

INOCENCIO

Ellos vayan en vuestra guardia. (*Vase.*)

LENA

¿Es posible que haga la Natura los hombres y que no se acuerde más de ellos? No verá este pedazo de carne con ojos un cuerno en una barraña de leche. Bien haya la burra que acá le trajo, y qué bueno es el hombre; ya no podía sufrir más la risa. Gentil centinela para un antecuco como su amo; bueno se le va poniendo el cimero. Lena, Lena, tú sí que te puedes sola llamar nata y flor de las mujeres del arte y aun de los doctores de Valladolid, pues has sabido inventar de repente tan extremada conseja, y tan

á punto y bien colorarla; mas tengo una lengua que corta y cose; pero contra un celoso que no sale á cuento. Al fin los maestros hacen bien las cosas. Quiero con tan buen pie volverme á mi casa, que tengo el mal del lobo en el cuerpo, y después iré á buscar al señor Damasio, que no serán de hoy más pasos perdidos. Amén. (*Vase.*)

## ESCENA II

Sale ARIES; luego RAMIRO

## ARIES

Paréceme que ya es tiempo de ir á hablar á mi yerno: holgarme yá mucho de acertar á dar gusto á la señora Violante, que cierto no he visto mujer que más me hinche el ojo, ni que con tanta gracia diga su razón... (*Sale Ramiro.*) Cómo me venís, Ramiro—en buena fe—, á propósito.

## RAMIRO

Tendría á buena dicha que se ofreciese en qué poder servir á Vm. Si soy bueno para alguna cosa, aquí estoy como de cera.

## ARIES

Sois bonísimo para todo. Ahora voy á tratar con Cervino lo que mi señora Violante me mandó.

## RAMIRO

Vuestra merced hace como quien es.

ARIES

Todos somos obligados á servir á semejantes personas.

RAMIRO

¿Y piensa Vm. hacer algo?

ARIES

Espero que sí. Mas decime—por vida mía—, ¿cómo tenéis tanta amistad con ella? A fe que os tengo envidia.

RAMIRO

He sido todo de su marido y lo mesmo soy ahora de sus hijos, que puedo decir haberlos criado; y así tengo aquella casa siempre abierta para cuanto de ella he menester.

ARIES

Cierto que la dama es digna de ser amada de todo el mundo, y si yo por nuestro medio pudiese entrar en su gracia y alcanzar algún favor, sé de cuánto provecho os sería.

RAMIRO

¿Cómo favor? No se piense tal cosa, que se le hace muy gran agravio. Si me dijese Vm. que se casaría con ella, entonces sería otra cosa, y por ahí llevármela. Mas, ¿cómo, señor, es posible olvidar tan presto la defunta? Bien dicen que el dolor de mujer muerta dura hasta la puerta.

ARIES

No sabéis lo que dijo Hipponacte, que de un

casamiento no se pueden esperar sino dos días buenos: el de las bodas y el de la muerte de la mujer.

RAMIRO

También dicen ellas que no hay día malo sin marido.

ARIES

Dejemos eso, comoquiera que sea; dalde un tiento: ¿qué sabemos? ¿Podéis perder más que las palabras?

RAMIRO

Una palabra inquieta toda una vida; y así no sería pequeño daño si—como me podría suceder—las perdiese con el pellejo para siempre: pues viniendo á oídos de sus hijos, me enviarían á poner tienda al otro mundo, donde nunca he podido saber la ganancia que tienen los barberos, que entiendo andan todos chamuscados.

ARIES

Bien lo podéis hacer diestramente, que para todo tenéis habilidad.

RAMIRO

Aquí sale á punto el señor Cervino.

ARIES

Andá en buena hora, y mirá que no me olvidéis.

RAMIRO

No haré otra cosa. (*Vase.*)

## ESCENA III

Sale CERVINO

CERVINO

Señor, ¿adónde en hora buena tan temprano?

ARIES

A tratar con Vm. un negocio que nos importa mucho.

CERVINO

Mandárame Vm. llamar, que yo le hubiera escusado este trabajo.

ARIES

Deseaba también ver á mi hija; pero luego iremos, que lo hemos de haber á solas.

CERVINO

Como Vm. mandare.

ARIES

Dicen, señor Cervino—y es así—, que el que nos quiere por parientes nos honra, porque no queriendo decir otra cosa emparentar que hacerse pares, quien procura ser par nuestro presume que nosotros somos mejores que él; porque, naturalmente, cada uno apetece y pretende su aumento, ó verdadero ó aparente. La señora Violante de Cabrera, mujer que fué de Satyrón

Curuca, ha venido á mi casa á rogarme que proponga á Vm. matrimonio entre Macías—que es el menor de dos hijos que tiene—y la señora Casandra. Ya sabemos que los Curucas y Cabrerías son de las casas más antiguas de España, y que su calidad y hacienda son de las mejores de esta ciudad. El—á más de desearlo mucho, por estar en extremo enamorado de las buenas partes de la doncella—tiene una mejora de su padre de mucha importancia; es bien dicitplinado y virtuoso—que no importa menos que el ser bien nascido—, y así soy de parecer que se debe abrazar el partido.

## CERVINO

No se puede negar lo que Vm. dice—aunque seso, dinero y bondad no es siempre verdad—. Pero dos cosas no me agradan: la una, que diciéndose que se la he dado—si se la diese—, sabiendo que estaba enamorado de ella—que antes de ahora me ha zurriado en las orejas—, sería dar á entender que mi hija hubiese hecho alguna liviandad por la cual me fuese forzoso casarla con él; que á mi parecer es negocio de gran consideración. Y la otra es, que yo—por hablar claro—no querría que su hermano, con esta ocasión, entrando en mi casa, intentase qué sé yo de Marcia; que es muy propio de los que viven á costa de la comunidad.

## ARIES

Esas son dos frivolísimas razones; antes muy viles excusas. Cuanto á la primera, la verdad tiene siempre su lugar, y cuanto á la segunda, digo que es gran bajeza pensar tal cosa, que

debe de proceder de tener poco crédito de una mujer tan principal y virtuosa como mi hija, cuya bondad es bien conocida en esta ciudad, y crea que me pesará mucho si persevera en sus extremos.

CERVINO

Está bien, señor, yo pensaré en ello y responderé á Vm. con brevedad.

ARIES

Déjese de buscar el pelo en el huevo; yo soy de parecer que se acete el partido y que tratemos cuanto antes de las capitulaciones. Entrémonos á ver á Marcia.

CERVINO

Malas lanzadas.

(*Vanse.*)

#### ESCENA IV

Salen CORNELIO y MACÍAS

CORNELIO

Crea Vm. que perdemos tiempo, porque estoy informado de uno que ha servido en casa más de un año, que no la deja ver ventana sino por Jubileos, y si sale de casa, de manera que apenas se le pueden ver los ojos. Lo demás del tiempo está tan presa como si hubiese hecho algún maleficio.

MACÍAS

Vamos, que con todo eso, quiero imitar al

elefante, que no pudiendo nadar se contenta con pasearse á la orilla del río; porque ver las paredes que guardan mi precioso tesoro me será como refrescarme en la ardiente sed que por verla padezco, y consuelo para los ojos corporales—envidiosos de los del entendimiento—, que con mi gran daño la ven siempre.

CORNELIO

No puede, señor, uno ser buen criado y adulador; ¿quiere Vm. que le diga lo que entiendo?

MACÍAS

Di lo que quisieres.

CORNELIO

Con esa licencia me atreveré á decir lo que el filósofo Panecio respondió á un mozo que le preguntó si sería bien que un sabio fuese enamorado. Dejemos estar al sabio, mas tú y yo, que no lo somos, no nos empeñemos en cosa tan combatida y violenta, que hace á los hombres esclavos de otros y menospreciados de sí mismos.

MACÍAS

Es muy de sabios predicar las cosas más como sirven que como ellas son.

CORNELIO

Sea como fuere: yo no persuadí á Vm. á salir á espaciarse para andarnos por aquí, calle arriba y calle abajo, papando viento, que es un despropositado devaneo; el suspirar, ramo de locura; el

llorar, locura expresa, y el demasiado deseo, archilocura.

MACÍAS

Si amor ¡oh Cornelio! fuese acto voluntario, tendrías razón de reprenderme; mas siendo forzoso, la reprensión es tan indiscreta como sería decir á un enfermo que hace necedad en morirse. Así que, si quieres ser el buen criado que dices, debes atender antes á servirme dándome ayuda que consejo.

CORNELIO

Vuestra merced tome de buena parte cuanto le digo, pues sabe que arriscaré mil vidas por su servicio.

MACÍAS

Procura, pues, buscarme quien sepa curar de mal de amores, aunque sea—como se sacan los espíritus—á fuerza de conjuros; y si no tiene cura, déjame morir del mal que mi estrella me ha destinado. ¿Piensas tú que desde aquel para mí triste día de las bodas de Cervino—donde mi hermano me llevó como por fuerza—no anteví todo esto? Cree que se me representó tan claramente como lo pruebo ahora; pues viendo entonces las gracias de mi señora Casandra, iba cuanto podía deteniendo la vista y escusando el mago acento de su dulcísima voz. Mas ¡ay, ay de mí que mal se puede el hombre esconder de un rayo cuando Dios quiere herirle. Es su habla tan melodiosa y de tan gran eficacia, que sujetaría la más rebelde y contraria resistencia de amor; adularía la áspera amargura; atraería la terca rusticidad; depravaría la santidad; encarcelaría

la libertad, y ablandaría un corazón de diamante. No se mostró Psiquis tan bella al dios Cupido su amigo, ni la diosa Venus al hermoso pastor Paris cuando ganó la manzana. De una sola vez que acaso me miró, vi salir vivamente de sus divinos ojos un espíritu de fuego, acompañado de tan gran potencia, que al punto se apoderó de mi corazón y me sujetó á esta terrible servitud de amor en que me veo; tanto, que los sentidos exteriores, dejando lengua y pulsos sin vida, se retiraron adentro á darle socorro; mas no pudiendo en aquel punto y por la mesma vía, enviaron al alma por embajadora á aquellos celestiales ojos; y no imaginando qué poder esperar, me partí de allí, creyendo que el alma me seguiría, mas en su lugar traje conmigo este tirano espíritu, y dende entonces no tengo nueva ninguna de ella. Mira tú ahora lo que será de mí.

CORNELIO

Por menos he yo visto otros en la casa de los orates.

MACÍAS

¿Qué dices, hermano Cornelio?

CORNELIO

Digo, señor, que bien dicen que grande amor es gran dolor. En mí pruebo ahora que las penas ajenas también duelen á quien las oye. Nunca creí hasta este punto que esta pasión amorosa tiene la virtud de las nóminas que cuentan del otro negromante, que hacía andar en pie cuerpos sin almas. Pero no se han de comprar lutos á cada canto de mochuelo que se oye en el

tejado. Más estimado es lo que con más trabajo se alcanza. Veamos en qué para el casamiento, y cuando por el camino que lleva no hagamos nada, pareceme que debemos fundar toda nuestra empresa en Lena y en el señor Damasio; porque si la madrastra continúa el amor que le muestra, el negocio está en la mano, pues sin duda gustará de que haya quien tenga contenta á la señora Casandra, que sabe ya lo que pasa y debe estar con más ansias que Ero; porque en el imperio de Cupido los deseos, penas y deleites son iguales.

MACÍAS

Tras las grandes esperanzas está el desesperar. Al buen consolador, amigo, no le duele la cabeza; ruega á Dios que se efectúe el casamiento, que cualquiera otra cosa es hacer torres en el viento.

CORNELIO

¿Por qué, señor?

MACÍAS

Porque tengo por imposible que aquella señora, siendo quien es y recién casada, comience tan presto á agraviar al marido. Ni cuando—dejando esto aparte—quisiese, no sé si podría hacerlo.

CORNELIO

¿No ha oído decir Vm. que donde hay mujeres hay modo? Quiera ella, que fácilmente le hallará; porque todas en esta materia son doctas, y ella—á buen seguro—no alcanza menos que otra cuanto es menester. ¿Piensa Vm. que se le hará muy dificultoso engañar al marido? ¿Es—por ventura—Cervino más que un hombre?

MACÍAS

¿Y parécete poco si lo es?

CORNELIO

Poquísimo, porque las mujeres son de la piel del diablo, y la más simple de ellas engañará á un colegio de Catones. Y en un siglo tan sabio, ¿qué comodidad no es suficiente? Cuanto más, teniendo dentro de casa la mejor tercera que podríamos desear.

MACÍAS

¡Tercera en casa! ¿Cómo nunca me has dicho tal cosa? ¿Podémosos fiar de ella?

CORNELIO

Sin ninguna duda.

MACÍAS

Dime presto quién es, que me has vuelto el alma del cuerpo.

CORNELIO

Luego no estaba tan lejos como pensaba.

MACÍAS

Basta que reside más donde ama.

CORNELIO

También tengo yo mi rato de melancolía; pero siempre me estoy entero como mi madre me parió, y si pensase que por amar me había de faltar un pelo, desde ahora tocaría caja contra amor y sus secuaces.

MACÍAS

No me quiebres la cabeza; di, si quieres, quién es aquella persona.

CORNELIO

Es la desconfianza, que es el todo en aquella casa.

MACÍAS

¿La desconfianza? Según eso, ¿quieres que desconfiando me desespere?

CORNELIO

No me pasa por pensamiento.

MACÍAS

Declárate, pues, que no te entendería Séneca.

CORNELIO

¿No sabe Vm. que no hay leona ni tigre á quien hayan quitado los hijos, como es una mujer ofendida de desconfianza? No hay cosa por que más presto se haga enemiga del marido; y esta señora me dicen que lo está en gran manera, y así debe de tener más deseo de vengarse que quien la busca.

MACÍAS

Cuando las áncoras están firmes, no falta consuelo presente, ni esperanza de lo que está por venir. Volvámonos á casa, que esas son consideraciones á la ventura.

CORNELIO

No hay día sin noche. No nos quejemos tan presto del amor, que por ventura será más be-

nigno de lo que pensamos; y sus frutos, cuanto en su flor son más amargos, tanto son más dulces cuando maduros, y en teniendo sazón, de fuerza han de caer. Paciencia, señor, que el tiempo es enemigo de los que sin él se apresuran: él, como buen consejero, lo dirá, y mientras no se puede galoppear, trotemos.

(*Vanse.*)

### ESCENA V

Sale INOCENCIO, luego LENA

#### INOCENCIO

*Gravem curam suscepi.* ¿Dónde hallaría yo ahora aquella buena mujer? que sin duda lo es por sus caritativos pasos. Gran descuido ha sido no preguntarla adónde mora. *Auceps valde sum.* Habré de buscarla por esos hospitales de donde nunca sale, aunque más acude, según me dijo, á la Concepción, allí pienso hallarla.

Sale LENA

#### LENA

Ce, ce, ce, señor licenciado, algún buen espíritu le trae siempre adonde es deseado. En este punto, estando cogiendo unos paños, que por mi devoción he lavado, del hospital de Es-gueva, me vino un mensaje de aquella señora diciendo que desea mucho saber el recado que he dado á su carta, y si puede esperar buen suceso de su negocio. Y así, diciendo quien deja

caridad por caridad no peca, lo dejé todo y salí á buscar á Vm.

INOCENCIO

Fué mi ventura echar por esta calle, viéndome perplejo por no saber adónde os podría hallar; que soy tan corto, que aún no sé vuestra casa.

LENA

No me corro yo poco de eso, y así quiero que la sepa en todo caso; que para personas tales la tengo siempre abierta. ¿Sabe, hijo mío, la casa de los locos, que llaman orates?

INOCENCIO

No sé otra cosa.

LENA

Pues pared en medio de un oficial de tinteros, peines, calzadores, mangos, lanternas, peonzas y macetas de sellos es mi pobre habitación, á su mandado.

INOCENCIO

Con tantas y tan buenas señas, no podré errar ya; huelgo mucho de saberla.

LENA

¿Tenemos algo con qué poder consolar los tristes?

INOCENCIO

Ya he dado la carta á mi señora; leyóla delante de mí, y según lo que pude colegir, entiendo haberla pesado mucho del mal suceso de la prima.

LENA

¿De manera que entendió Vm. lo que decía la carta?

INOCENCIO

Las palabras no, porque leía para sí; dígolo por haber visto que mudó de color suspirando, aunque lo quería disimular.

LENA

¿Qué piensa que es el amor de la sangre? Decía mi buen marido—que era una persona entendida—que la sangre se muda fácilmente en agua.

INOCENCIO

¡Oh, qué escogida sentencia! Vuélvemela á decir—por amor de mí—, que la quiero encomendar á la memoria para no menester.

LENA

Que el agua se muda presto en sangre.

INOCENCIO

Y como que es ello así; y de ahí proceden las alteraciones y desmayos, que llaman mal de corazón. ¿Nunca os ha tocado algo de esto?

LENA

No ha habido mujer que más presto se alterase que yo; mayormente en mis preñados, que he sido en extremo antojadiza.

INOCENCIO

Al fin el entendimiento del hombre se sus-

tenta aprendiendo. Compra la buena doctrina, y no la vendas, porque no tiene precio. Preguntóme quién me había dado la carta. Díjeselo puntualmente—como me advertistes—, y luego, medio turbada, me mandó salir diciendo: «Yo responderé, que no puedo ahora porque vendrá mi marido.»

LENA

¿Y halo hecho?

INOCENCIO

De otras empresas más arduas he yo salido con honra. *Jacta sunt a nobis fundamenta rei.* Veis aquí la respuesta.

LENA

El rey le dé, así como me la da Vm., una presidencia, que más de cuatro presidentes hay que no saben tantos latines.

INOCENCIO

No perderíades vos nada en ello; pero *Bonæ artes honore vacant.* Mandóme mi señora que os rogase que consoléis y deis ánimo á aquella persona de su parte, diciéndola que su merced lo remediará todo muy presto.

LENA

Viva mil años tan buena criatura, perfecta y noble señora.

INOCENCIO

Yo me voy, que es ya tiempo; si fuere menester otra cosa, avísamelo, que no os faltaré; y el Señor os dé salud para que por vuestro medio

se hagan muchas obras semejantes, que cierto  
*Hoc tuo facto laudabuntur omnes. (Vase.)*

LENA

Nunca él le falta. Sin duda que me debe de tener éste por la segunda Puta vieja latín sabéis, pues me jerigonza la mayor parte de lo que habla. A buen seguro que habrá la maestra escrito en esta carta mil petrarquerías; porque —según me ha dicho el ama que la crió— sabe cuanto hay en Amadís, que no hay más que decir. Pues el señor Damasio, que ha poco que vino del estudio con las botas llenas de latín, responderá á las mil maravillas, y habrá entre ellos un pasatiempo del otro mundo; y á mí no me faltará contento, pues he de ser repagada del entonar estos órganos. (*Vase.*)

## ESCENA VI

Salen ARIES y VIGAMÓN, luego RAMIRO

ARIES

¡Vigamón!

VIGAMÓN

Señor.

ARIES

¿Qué hora es?

VIGAMÓN

Las nueve darán, si no han dado.

ARIES

Mas pensé que le habían de olvidar al reloj en la faltriguera. Veme á llamar á Ramiro presto; dile que venga á hablarme, que tengo con él un negocio de importancia.

VIGAMÓN

¿Iré á su casa ó á la plaza?

ARIES

Más cierto será hallarle en la tienda, mas por sí ó por no, vete por la plaza, que podría ser hallarle en la acera de San Francisco recogiendo nuevas que contar á sus descansalenguas. ¿No es el que allí va?

VIGAMÓN

El mismo; ¡Ramiro, ah, Ramiro! ¿No oís? Ramiro, esperá con la maldición.

Salte RAMIRO

RAMIRO

Esa te llueva á cuestras; ¡qué gentil crianza de patán!

ARIES

Esperá, hermano Ramiro: parece que no queréis oír; ¿dónde vais tan negociado?

RAMIRO

Ando por mudar de casa, y así voy depriesa á buscar al dueño de una que me vendrá á propósito, y quiero acudir con tiempo, antes que otro

me gane por la mano, que andan muchos golosos por ella; Vm. me perdone si no me detengo.

ARIES

Esperá un poco, por amor de mí. ¿Habéis visto más á mi señora Violante?

RAMIRO

Señor, no.

ARIES

Ya he tratado con mi yerno de aquel negocio que sabéis.

RAMIRO

Sea muy enhorabuena. Vuestra merced me dé licencia, que no me puedo rascar la cabeza.

ARIES

Veámonos. (*Vanse Aries y Vigamón.*)

RAMIRO

Como me desocupe. Renegá de viejo que no adevina; en efeto, á éste se le ha entrado de rondón la sensualidad en el cuerpo. Mirá, por amor de mí, qué seca llamada: querría él ahora que yo tomase el pulso al gato; mejor le arrastren; no haría semejante bajeza si me diese cuanto tiene. Es aquella señora una bendita, y cuando no lo fuese, menos lo haría; porque, fuera de ser oficio de ruines hombres, está de por medio aquel desenvainador de Damasio, su hijo, que trae el seso—como los cangrejos—en la escarcela; no querría darle ocasión para que me matase, y que después, entendiendo el por qué, dijese toda la ciudad entonces: benditas sean manos que tal

hicieron. Si quisiere hacerse la barba, lavársela he con mil aguas de olores; si sangrarse, hasta que no le quede gota en el cuerpo me emplearé en su servicio de mil amores; pero alcahuete yo, no es cosa. Es lo bueno, que cuando yo pudiese ponerlos á brazo partido, le tendría por la misma castidad; porque cuando más un viejo presume hacer del valiente, es para perder antes con antes el pellejo. Mas dejado esto aparte, ¿qué cosa es ver un venerable anciano que pone en punto de aguja seso, honra, hacienda y vida á discreción de una flaca mujer? ¿Qué pensamientos le acompañarán, cuando después de haber sido marido treinta años, se ve á pique de andar su honra por los cantones, mostrado con el dedo, hecho pasatiempo y fábula del pueblo, sin poderse librar del mercado que se hace en nuestras tiendas? Mas ¿quién no mofaría de ver derramar lo que con tanta tenacidad se ha escaseado toda la vida, conociendo su impotencia, con quien presume que le puede renovar y hacer un Samsón —sin copete—á fuerza de sus envaimientos y filtros amorosos, de los cuales nos libre Dios, y á estos casquivanos, tocados de la misma hierba?

(Vase.)

## ESCENA VII

Salen CORNELIO y MACÍAS, luego DAMASIO

CORNELIO

¡Quién pudiese adivinar en qué casa habrá entrado á sembrar cuernos la astutísima Lena! Debe de estar emboscada, pues no la podemos descubrir en tantas horas.

MACÍAS

Va en mi poca ventura, para que acabe de abrasarme sin ningún remedio.

CORNELIO

No se acongoje Vm., que ella se nos pondrá presto delante; y cuando no se cate, le hará ver la luna en el pozo.

MACÍAS

En ventura el cuidado duerme y reposa; mas triste del que no sabe en cuántas brazas de agua se halla, teniendo el alma colgada de un hilo, sin ver donde está asido. A lo menos, supiésemos de otra que me pudiese dar algún remedio, para que mi fantasía, preñada de vano deseo, muriese ó abortase.

CORNELIO

Resistir las pasiones viene de varonil esfuerzo, y á los corazones flacos les falta en las aflicciones mayores.

MACÍAS

Dichoso se puede llamar en esta vida el que tiene dolor que se puede resistir.

CORNELIO

El enojo mata quien no le estima. En una noche nasce un hongo: haga Vm. ánimo de león, que con ser el mío de oveja, me basta para hacer que su fantasía haga presto trece hijos varones.

MACÍAS

Está bien; yo veré lo que haces.

CORNELIO

Verá que soy como la higuera, que da fruto y no hace flor.

MACÍAS

Con todo eso, temo no seas antes como la lechuga, que tiene mucha pluma y poca carne.

CORNELIO

Esta carne nos destruye.

MACÍAS

¿Estaría en casa Lena cuando dijo aquél que había salido?

CORNELIO

Si hubiera ido solo algún pobreto como yo, no fuera mucho negarla; mas viendo esa presencia de emperador—considerando el provecho—, se la quitara de los brazos para dársela: que estos rufianes siempre hacen de semejantes viejas mulas de alquiler; y por que no se pierda viaje, cuando ellos caminan los dejan—como tablilla—en casa para entretener con palabras á los que vinieren. (*Sale Damasio.*) Allí veo al señor Damasio, y á mi parecer alegre; debe de traernos algo de bueno.

DAMASIO

¿De dónde vienen los vagabundos?

MACÍAS

De buscar á Lena, que nos trae perdidos.

DAMASIO

No sois buenos podencos.

MACÍAS

Vos, hermano, tenéis tanta ventura, que si intentásedes volar saldríades con ello.

DAMASIO

En este punto se acaba de ir, habiéndome recreado el corazón con agua de ángeles.

MACÍAS

Para vos es el mundo; dadnos alguna buena nueva.

DAMASIO

Y tal como la que yo os traigo. Veis aquí la respuesta de mi carta.

MACÍAS

¿Es posible? Mostrá, por vida de quien la envía; déjame leer, que me habéis resucitado.

DAMASIO

No se dan semejantes cosas en otras manos.

MACÍAS

A mí, que soy vuestro hermano y secretario, no se me ha de esconder nada.

DAMASIO

Hay pocos renglones.

MACÍAS

Pocos ó muchos, leedlos ya, si me queréis bien.

DAMASIO

No puede alargarse, porque está con mucho recelo de su marido.

MACÍAS

¿Al fin ha escrito?

DAMASIO

Cuatro renglones.

CORNELIO

Mucho se puede decir en pocos; y si esta vez ha tenido tiempo para escribir cuatro, la segunda será de ocho, la tercera de diez y seis, y la cuarta, ya de vencida—estando más asegurada—será viniendo á los pactos, porque debe—á lo que sospecho—de andar bien cerca de rendirse.

MACÍAS

Ea, acabemos ya, que yo os prometo que debe de ser bonísima, según la vendéis cara.

DAMASIO

Ahora quitaos los sombreros, hincaos de rodillas, y sin pestañear, estad atentos. ¿Dónde vas tú, desalumbrado? (*Hace que se va Cornelio.*)

CORNELIO

Voy por un par de candelas, para que se lea la epístola con todas sus ceremonias.

DAMASIO

Escucha, loco:

*Carta*

«No tengo—esperanza mía—ingenio ni tiempo para agradecer con palabras dignas el amor que Vm., en su dulcísima carta, significa tenerme, ni el contento y satisfacción con que quedo de mi dichosa suerte, por tenerme este enemigo con tanta tiranía y recato, que es una maravilla haber podido tomar la pluma; y así—deseadísimo bien mío—diré cortamente, que la afición con que le correspondo es tan grande cuan pequeña la comodidad para podérsela mostrar con las obras y brevedad que deseo. A que me esforzaré por todos los medios posibles. Entretanto, note bien alguna persona de confianza lo que saliere cantando mi pajecillo: que de esta manera iré dando aviso de mis pensamientos á quien será siempre el único sujeto de ellos; en cuya memoria me encomiendo.»

¿No te parece, Cornelio, que es carta digna de una reverencial atención?

CORNELIO

Y aun por lo que sospechaba, y estar más devotamente, queria yo encender candelas á Pie de grulla.

MACÍAS

Ahora conozco ser verdad lo que las mujeres dicen: que no es amor el que presto no corresponde, y así el de esta dama es—sin duda—pluscuamperfecto.

DAMASIO

Todas las deudas reciben recompensa de di-

versas maneras, sino ésta, que no se puede pagar sino con el mismo amor.

CORNELIO

Vuestra merced será pagado, á lo menos, en gentil moneda. ¿Qué le parece á Vm., señor Macías? ¿No me concederá ahora que quien sabe escribir esto sabrá también ponerlo por obra, y contentar á quien teme ahogarse en un palmo de agua?

MACÍAS

No cantemos triunfo antes de la victoria.

DAMASIO

Bien has entendido, Cornelio, el aviso; á ti te toca ahora estar alerta, para que cuando el paje saliere de casa, entiendas bien sin perder un acento lo que cantare. Lleva contigo un librito de memoria y alguna niñería que darle, por que te lo diga y deje escribir.

CORNELIO

No perderé punto.

DAMASIO

Más contentos podemos ir ahora á saber la respuesta que habrá dado vuestro suegro á su suegro.

MACÍAS

Buena ó mala, á lo menos vuestro negocio va en popa.

DAMASIO

Decí nuestro, pues es camino infalible para

llegar á lo que tanto deseáis. Fuera melancolía, la libertad se nos restituye, y no habrá historia que haga mención de más dichosos amantes.

CORNELIO

Ojalá, y después á la mañana con cien moros pelease. La priesa que se dan las mujeres al mal.

(*Vanse.*)

### ESCENA VIII

Salen ARIES y VIGAMÓN, luego POLICENA y RAMIRO

ARIES

¡Vigamón, Vigamón, á Villanchón! ¿dónde está este animalazo?

VIGAMÓN

Aquí estoy, señor.

ARIES

No oyes, porque duermes más que un lirón; ¿no tienes vergüenza?

VIGAMÓN

Por Dios, señor, poca cuando estoy traspuesto. Vergüenza es andar salteando caminos, mas el dormir no daña á otros y aprovecha al que duerme.

ARIES

Razón de tu aljaba; basta que te haces donoso entremanos, vente conmigo. Llama allí.

VIGAMÓN

Ta, ta, ta.

POLICENA

¿Quién está ahí?

VIGAMÓN (*á Aries*)

¿Quién manda Vm. que diga?

ARIES

Pregunta si está en casa Ramiro.

VIGAMÓN

¿Está en casa el señor Ramiro?

POLICENA

¿Quién le busca?

ARIES

Yo le quiero hablar.

POLICENA

En este punto acaba de salir: no puede estar un tiro de piedra.

ARIES

Corre, dile que le estoy esperando. No pensé que tenía Ramiro hija tan hermosa.

POLICENA

No lo soy poco para quien bien me quiere.

ARIES

¿Queda sola en casa?

POLICENA

Más de lo que yo querría. ¿Por qué lo pregunta Vm.?

ARIES

Por entrar á hablarla de más cerca. Abra, mi alma, la puerta.

POLICENA

¿Hay gracia como ésta? Ya no hay viejos en el mundo. Espere un poco, que mi padre le meterá en casa, allí viene. (*Apártase Vigamón.*)

ARIES

Vengáis en buen hora, amigo Ramiro; estaba preguntando á vuestra hija si es cómoda esta casa, que me parece bueno el puesto.

POLICENA

(*Ap.*) ¿Hay embustero como éste? (*En alta voz.*) No lo crea, padre, que ha querido entrar, requiebrándome como si fuera de veinticinco años.

RAMIRO

Calla, picotera, que eres una chorlita sin juicio.

ARIES

Quería entrar á esperaros en casa; ¿fuera mal hecho?

RAMIRO

Vuestra merced es señor de cuanto yo tengo, y como tal puede entrar y salir cuando fuere servido.

## POLICENA

¿Quién oye á mi padre? y después le espanta su mesma sombra, y el menor viento que se mueve en casa. Mal lograda me coma la tierra si por sólo eso negare de hoy más la entrada, venga quien quisiere.

## RAMIRO

No lo digo por tanto, bachillera; no suba yo allá. ¿Ha visto Vm. la cólera de la rapaza? Es pintiparada la madre que la parió; pero tras eso, la honestidad del mundo.

## ARIES

Bien se le parece. Vámonos paseando un poco, que tengo que deciros...

## RAMIRO

¿Puedo servir en algo á Vm.?

## ARIES

Ya vos sabéis en qué me podríades hacer amistad, y no habéis querido; mas quiero que queráis en todo caso.

## RAMIRO

¿Todavía está Vm. en aquel propósito?

## ARIES

Y no puedo hacer menos. Ya sabéis, Ramiro, cuánto desea mi señora Violante contentar á Macías su hijo, que está perdido de amores por Casandra, hija de mi yerno; y está en mi mano

darle la doncella en las suyas, ó desahuciarle. Y así tengo por cierto que si la dais á entender esto, se resolverá de favorecerme como deseo.

RAMIRO

¿Es posible que Ramiro Corvato haya oído de la boca de Catón semejante cosa? No quisiera por cuanto tengo que hubiera llegado á mi noticia. Aunque creo que es por probarme, ó no conocer bien á aquella señora.

ARIES

Querría conocerla mejor.

RAMIRO

Pues si deja de saber algo, yo se lo diré á Vm. de pe á pa: es bisnieta de don Alvar, nieta de don Beltrán é hija de Rodrigo de Cabrera el bueno. De parte de madre, es...

ARIES

No me sé dar á entender: digo que la querría conocer de más cerca.

RAMIRO

Y yo respondo á eso que no soy bueno para tal efeto, porque nunca ha habido traidores ni alcahuetes en mi linaje.

ARIES

A fe que os tenía por más amigo.

RAMIRO

No tiene Vm. mayor servidor para cualquiera

otra cosa. Dé un tiento á Cornelio, criado de sus hijos, que me parece á propósito para semejantes embajadas, y podría ser que acetase la empresa; mas por descargo de mi conciencia digo que tampoco él no hará nada.

ARIES

Ahora bien, paciencia. Con todo eso, quiero ir á referirla lo que con Cervino he tratado.

RAMIRO

¿Anda Vm. en contratos con ella y busca otros medios tan flacos?

ARIES

Y aun por eso he menester tercero que nos concierte.

RAMIRO

Vuestra merced con su mucha prudencia y auctoridad lo podrá guiar todo, de manera que llegue al puerto deseado.

ARIES

Pues habiéndome fiado de vos, no me queréis dar este contento, muera esto aquí. Y mirá bien que no hagáis lo que suelen los de vuestro oficio; que son todos orejas y lenguas, porque nos pesaría á ambos de ello.

RAMIRO

Ya Vm. me conoce. (*Vase.*)

ARIES

¡Vigamón!

## VIGAMÓN

Señor.

## ARIES

Ve á casa de mi señora Violante de Cabrera, sabe si la podré besar las manos. (*Vase Vigamón.*) No soñaba el que pintó niño á Cupido, porque propriamente el amar es de los mozos. Ahora acabo de entender que la prudencia y el amor no pueden estar juntos, porque contra este tirano no vale edad, seso ni gravedad, pues donde hace pie no deja su furor, sino con el azadón y la pala, cuyo placer se acaba en un punto, y la vergüenza acompañada de un frío arrepentimiento dura para siempre. Vanas esperanzas, daños más que ciertos, cortas alegrías, pesares perpetuos, dulzores contrahechos, confitados en penosa amargura; liga donde caen los desdichados, cruel y desesperada enfermedad, afistolada llaga, eterno daño, pasión que enloda al mozo y anega al viejo, y fin que devora y consume todo bien, con suspiros que importunan lo poco que nos queda de tan miserable vida. Conociendo yo esto, he intentado hacer conmigo como los médicos, que cuando pierden la esperanza de la salud del enfermo, estudian solamente en dar alivio á su pena, al mal de dentro y apostema escondida; aplicando epitimas y fomentos con que el dolor menos le fatigue. Mas es ¡oh gran vergüenza de mis años! echar leña al fuego en que me abra-so, pues en lugar de disminuir mi penoso cuidado, va por momentos creciendo. Pero qué maravilla, pues Sócrates, hablando de un sujeto amoroso, dice que estando viendo un libro con una doncella, espalda con espalda, llegando su cabeza á la de ella, sintió en aquel punto una

puntada en un lado, como picada de araña, que cinco días después, hormigueando, le llegó al corazón una comezón continua. Mas á mí diré yo haberme mordido el ardiente apetito, que, sin sentir, se ha apoderado de mis entrañas, ó la sangre femenil que sin defensa, con el dulce movimiento de su vista, me asaltó; tirando invisible sangre, que al punto se me entró, por los ojos, en las venas, y no consintiéndome tocarla, queriéndose volver por donde vino, me hace seguir por fuerza á quien podría sacarme de pena. Mas por ser mi sangre tan espesa y fría, no puede penetrar por aquellos divinos ojos á mezclarse con la suya, purísima, sutil y dulce: de donde á más no poder nasce el deseo que me deseca y consumé, de transformarme en ella. *Heu patior telis vulnera facta meis...* (Vuelve Vigamón.)  
¿Está en casa?

VIGAMÓN

Sí, señor, y esperando á Vm.

(Vanse.)





## ACTO TERCERO

---

### ESCENA I

Sale CORNELIO, luego POLICENA y BECERRICA

#### CORNELIO

Gran contento es servir á estos mancebilletes barbiponientes; porque fuera de que siempre me dan que reir, son afables y de provecho, pues caen liberalmente con lo que tienen. Acuérdate-me ahora—y es verdad—de lo que dijo un cierto poeta ó filósofo á un amo mío, estando en buena conversación, tratando de amores: que era de opinión ser el amor un ramo de profecía; porque cuando vienen aquellas frenesías ó fantasías al enamorado, acierta á decir cosas que si no lo estuviese no las alcanzaría. Como Macías, mi amo, que teniendo la cabeza como cuando su madre le parió, cuando le toma la tirria ó le asalta el accidente del amor, le oyo algunas sentencias que después de pasado creo que no las entiende mas que su caballo. (*Policena á la ventana.*) Allí veo á mi linda Policena: quiérola re-

crear con un poco de viento de *Laus laudis*, que es el que más contenta á las mozas, que siempre quieren más al que mejor las sabe engañar. Será bien hacer como que no la he visto.

POLICENA

¡Ah, buena pieza! ¡Ah, gentil hombre! Dios me perdone el testimonio que te levanto.

CORNELIO

Perdóname tú, amores, á mí, que no te había visto, por vida de esos ojos, garfios de corazones.

POLICENA

Bien creo yo que no me has visto, y aunque es lo que menos deseas, porque hay otra que te hace ir traspuesto, pensando en ella, sin acordarte de mí.

CORNELIO

¿Cómo podré acordarme de otra si desde el punto que te vi, mi alma, dejando sus propios pensamientos, colocó en su lugar los de tu persona? la cual no me deja acordar ni aun de la mía, tanto, que aun durmiendo, la imaginación para én ti, como aconteció la noche pasada, que soñándome contigo y queriendo abrazarte, me hallé burlado, y así creo sin duda que ahora despierto lo soy de ti.

POLICENA

No es tiempo de burlas, embustero. Tos, amor y fuego no pueden estar secretos. ¿Piensas que no sé lo que pasa con Florina, la hija de Mastre Machín el sastre? ¡Ay, buena pieza, cuál eres!

CORNELIO

¿Quién te ha echado esa pulga en la oreja, mi alma? ¿Qué Machín? ¿Qué sastre? ¿Qué Florina? ¿Qué me dices?

POLICENA

Tal provecho te haga como el aceite á las sardinas, que si hará, por ser castaña que de fuera engaña, y tú buitre, pues dejando lo bueno te abates á lo corruto y hediondo; mas el mal francés me vengará de ti y de la señora Coja.

CORNELIO

¿Eso tiene más la pieza? Quien no conoce Coja, de Venus no goza.

POLICENA

¿Qué dices entre dientes?

CORNELIO

Acuérdome ahora de que estando un malhechor en la escalera, le presentaron una moza perdida coja, para librarle si se quisiese casar con ella; y al punto que la vió, volviéndose al verdugo dijo: «Hacé presto, hermano, vuestro oficio, que renquea.» ¿Qué hará un hombre libre como yo? No me vuelques el estómago con esos merdosos celos, pues podría estar antes la mar sin peces que yo sin amarte un hora; y cualquiera palabra que enojada me dices es un perro rabioso que me arranca las entrañas. Los árboles, amores, que tienen profundas las raíces, no se pueden trasplantar como quiera. No me aparto de ti el espacio de una uña. Dime, por amor de mí, ¿dónde está tu padre?

POLICENA

¿Y para qué lo quieres tú saber?

CORNELIO

Para si no ha de volver tan presto entrarme un rato á desenojarte.

POLICENA

Quiérome reir sin gana. ¡Ha, ha, ha! ¿Entrar ó qué? No se hizo la gragea para los puercos: ¡ya, ya! antes te vea yo hacer cuartos.

CORNELIO

Mejor sería reales, pues soy todo tuyo.

POLICENA

Ay, cara de salteador de caminos; no sé por qué no te tiro algo á esa cabeza de Hurdemalas.

CORNELIO

Perro hambriento, vida, no hace caso del palo. Quien se quema, se sople. Yo sé que de las injurias que me dices te quedará la pena.

POLICENA

Tú, traidor, falso enemigo, sabes que las mereces peores.

CORNELIO

A fe de hidalgo que no tienes razón, y que te haces agravio en pensar que hay en esta tierra otra ninguna por quien yo diese un paso, ni el menor pelo que traigo á cuestras. Cuanto más que

no conozco—por los anales de Roma—tal hombre, ni mujer; y si hallares lo contrario, toma esta daga y sácame la lengua con ella.

## POLICENA

Bien lo sabes fingir; mas si primero no atas, como dicen, el asno á la puerta, jurando de casarte conmigo, no te creeré si me dijases el credo, ni atravesarás más estos lumbrales. No por el siglo de mi madre.

## CORNELIO

¡Pues tras qué ando yo? Para luego es tarde: dame acá esa mano. Mas escucha, amores, que oyo cantar.

BECERRICA (*dentro*)

No desmaye el amante porque vea cerrada su esperanza en fuerte muro; sea constante y fiel, que si desea del reciproco amor estar seguro, piense que tanto más dulce el bien sea cuanto el camino por do viene es duro: que al ánimo resuelto, impedimento no puede haber que sea de momento.

## Sale BECERRICA

## CORNELIO

¡Paje, ah, paje!

## BECERRICA

¿Decís á mí?

## CORNELIO

Sí, hermano.

## BECERRICA

¿Hermano? ¿y de cuando acá? Debéis de ser

de aquellos por quien me envían á mí sin herre-  
ruelo á estas horas.

CORNELIO

Capeador querrás decir.

BECERRICA

Maldita otra cosa.

CORNELIO

Dios me guarde; ahora veo que no me co-  
noces.

BECERRICA

Ni vos á mí.

CORNELIO

¿Mas que sí?

BECERRICA

¿Mas que no? ¿Quién soy yo?

CORNELIO

Eres el paje de la señora mujer del señor  
Cervino.

BECERRICA

Es verdad; mas yo no cayo en vos; alzá el  
sombrero.

CORNELIO

No puedo, que estoy con un chichón en la  
frente.

BECERRICA

Pues no os conozco.

CORNELIO

¿No? Poco dulce se debe de comer en tu casa.

BECERRICA

¿Poco? No debéis vos tampoco de conocer á mis amas.

CORNELIO

Pues ¿cómo es posible que no se te acuerde del hijo del confitero flamenco, como entras en la Especiería, á mano izquierda?

BECERRICA

¿Confitero sois?

CORNELIO

Sí, amigo, á tu mandado. ¿Quién te ha enseñado tan lindo cantar?

BECERRICA

Lindo, sí, por cierto. Harto mejor es la seguidilla que sé yo, mas no quiere mi señor que la cante en casa, so pena de media docena de otra colación que la vuestra, porque dice que es deshonesta.

CORNELIO

Y esa, ¿hátela oído tu amo?

BECERRICA

Yo me guardaré de eso como de comer solimán; mi señora sí, que me la ha enseñado y hecho decir mil veces.

CORNELIO

¿Quieres me la dejar escribir y te daré una muy linda pelota?

BECERRICA

Venga.

CORNELIO

Vesla aquí.

BECERRICA

Dádmela.

CORNELIO

Di primero, que te me huirás con ella.

BECERRICA

No haré, por vida de mi madre; tenéme vos de la faldilla.

CORNELIO

Toma; di, pues, presto:

BECERRICA

¡Oh, qué linda pelota!; házeme olvidado.

CORNELIO

No querría yo más, para que fueses á casa en cuerpo.

BECERRICA

Tras eso andáis: ya os entiendo. Escribí, escribí á priesa. (*Escribe Cornelio.*)

CORNELIO

No desmaye el amante porque vea, etc.

BECERRICA

Déjame ahora.

CORNELIO

Que me place; si nos encontramos otra vez, yo sé lo que te daré, y más si vas á mi tienda.

BECERRICA

Tómoos la palabra.

CORNELIO

Dacá la mano. Pues somos ya amigos, bien es que nos sepamos los nombres; ¿cómo te llamas?

BECERRICA

Becerrica, á vuestro servicio; ¿y vos?

CORNELIO

Yo, Manso, á tu mandado; no te detengas, amigo.

BECERRICA

Adiós, Manso. (*Vase.*)

CORNELIO

Adiós, Becerrica. Este mochacho y yo vendremos presto á hacer un buey perfecto, porque no le faltan á su amo sino los cuernos, que ya me parece se los veo apuntar.

POLICENA

Agora que tienes la canción, la harás cantar á la puerta de tu Florina.

CORNELIO

Hallado has el musiquero; acaba ya, no seas boba, ablándate, que fuego no se mata con fuego.

POLICENA

Pues ¿para qué la has escrito?

CORNELIO

Para mis amos, que como son músicos, tienen el seso con ventanas y quieren haber cuanto se canta, y así me envían á media noche á caza de sonetos.

POLICENA

Dime lo que has escrito.

CORNELIO

¿Cantando?

POLICENA

No, porque no lo oyan los vecinos.

CORNELIO

El que os viese y no cegase,  
ciego, señora, sería;  
quien perdido no quedase,  
más perdido quedaría.

Para poder escapar  
de cegar ó se perder,  
es el remedio no os ver  
ó no saberos mirar.

Mas quien así se librase,  
preso afligido sería;  
y si os viese y no cegase,  
mal, Policena, vería.

POLICENA

Tú me das la raposa por marta y me haces creer cuanto quieres.

CORNELIO

Pues ¿por qué no crees cuanto te quiero?

POLICENA

Esas son otras quinientas.

CORNELIO

Oye, amores, por vida mía, mas yo volveré á la hora que suelo, si gustas de ello.

POLICENA

¿Si gusto? ¿En condición me lo pones? Hazme rabiar esperándote, como sueles.

CORNELIO

Ya sabes que no soy mío.

POLICENA

Pues ¿cúyo eres?

CORNELIO

De mis amos y tuyo.

POLICENA

¿Mío?

CORNELIO

Así fueses mía, que no puedo llamar así un cuerpo privado de afición.

POLICENA

Troquemos.

CORNELIO

Eso no, mi alma; bésote las manos. *(Solo.)*  
Mirá hasta dónde encaja los celos el demonio.  
Como si no tuviese que hacer con los casados.  
¡Lo que remedia y daña una copla á tiempo! Cosa

extraña es lo que me quiere esta moza; mas tal burla la hago, por vida del marqués de la Cornia, que no la trocase por la más repicada de la ciudad. Es cosa de burla, sino andarse el hombre tras esas ovejitas de prima tonsura. Más estimo aquel cuello que me dió el otro día, que cuanto mis gallipavos esperan de sus emparedadas. Andense ellos á coplas, que yo me estaré entretanto las manos en la cinta. Quiérolos llevar esta profecía y allá se avengan. (*Vase.*)

## ESCENA II

Sale LENA, luego VIOLANTE, DAMASIO y CORNELIO

LENA

No veo persona en esta calle. El señor Damasio me dijo que me dejase ver, que me quería dar un regalo para mi enamorado. El diablo le ha dicho que le tengo. Al fin, no hay cosa secreta, por más que la persona mire por su honra; á fe que tengo de abrir los ojos de aquí adelante, que por menos se suelen perder buenos casamientos. Sin duda lo habrá sacado el casquivano por discreción, entendiendo que aunque se le corta la cola al perro, siempre queda perro: que de otra manera sería imposible saberlo él ni nadie, porque no entra en mi casa sino secretamente—á medio día—cuando no parece persona viva, por evitar el escándalo de la vecindad. A lo menos, si no soy casta, tengo esto bueno, que de cauta me hepreciado siempre, porque el mal es siempre mal, más peor cuando con mal ejemplo se comete. Si todas se gobernasen con el recato que

yo, no andarían hoy tantas honras por los tableros. Piense lo que se le antojare, que tampoco él anda ahora para hacerse hermitaño: que yo no me emendaré mientras pudiere comer mi pan con corteza, y aun después veremos. Echá la natural inclinación á palos, que no por eso dejará de volver. No sé con todo esto si le espere aquí ó si llegue á su casa. Si le aguardo, podrá ser que como mozo descuidado se esté entreteniendo en otra parte, y que me deje plantada hasta la noche oscura, y que no puedo perder tiempo teniendo tantos negociantes, que me esperan como agua de Mayo; aunque las más veces soy la de San Juan, que quita el vino y no da pan. Si voy á su casa podrá la madre preguntarme lo que quiero, y no sabiendo qué responder, sin duda me enviará jabonada. Pues no es nada soberbia la señora: dícenme que cuando la pica la mosca no hay quien pueda esperar sus reciuras. Pero ¿cómo soy necia ahora, estando más llena de cautelas que un huevo de clara y yema? ¿No sabré darla el pan por hogaza? ¡No, que soy una boba! Ea, pues, cabeza mía, Dios te me guarde de pan de ventana; hela aquí á las mil maravillas; al fin no se hizo la silla para el asno. En aquella casa hay tres que me conocen: Cornelio y sus amos; será desgracia si en llamando no responde alguno de ellos; si fuere otra persona, ó la misma madre, diré que traigo á vender alguna cosa, la primera que me viniere á la boca; está que no hay más que pedir; con buen pie vamos. Ta, ta, ta.

VOLANTE (*dentro de la ventana*).

Perdóneos Dios, amiga, ese llamar tan recio; que toda me habéis turbado.

LENA

¡Ay, qué ligera de sangre es la señora!

VIOLANTE

¿Qué es lo que buscáis?

LENA

Ayúdame, lengua, si no, mira que te corto. Cuitada de mí, no debe ser ésta la casa que busco. El otro día me encomendó una señora que la trajese un poco de estoraque y benfuy, para hacer unas pastillas, y no acordándome de la casa, lo pregunté á tienta á una mujer que acertó á pasar por aquí y me encaminó á ésta, diciendo que sin duda sería Vm., porque—dijo—es la más curiosa señora de la ciudad. ¡Qué lamedor!

VIOLANTE

¡Ay, amarga de mí, cómo se engañó en todo! Ya pasó ese tiempo; mas aunque no soy la que buscáis, yo tomaré un poco si es bueno.

LENA

Es bonísimo cuanto puede ser. El diablo me trajo á la memoria esta mercancía.

VIOLANTE

Subí arriba, hermana, ó esperáme ahí.

LENA

Espérete un toro. No lo traigo aquí.

VIOLANTE

¿Pues si no lo traéis con vos, para qué llamáis?

LENA

Para saber la casa, avisar que lo tengo ya y volver por ello á la mía. ¿Tan gran pecado ha sido? Perdóneme Vm.

VIOLANTE

Andá en buen hora, que no debe de ser eso lo que buscáis. (*Entrase.*)

LENA

No ha sido malo el encuentro y deshecha para de balde; ¿qué haré ahora? Dar de la sartén en las brasas.

Salen CORNELIO y DAMASIO

CORNELIO

Allá va la bienhadada.

DAMASIO

¿Es ella?

CORNELIO

La misma. Darános ahora sin duda tres ovejas negras por una blanca; ya nos ha visto.

DAMASIO

Dejáme con ella. Loada sea la hora en que habéis parecido á cabo de haberos buscado tres horas. Más tenéis que hacer que pastelero en Carnestolendas; bien se debe correr el oficio.

LENA

Tan bien, que estoy por llamarle—sino por lo que por servir á Vm. traigo entre manos—peor que mecánico. Pobre de mí, que para poderme sustentar y mantener en la gracia de los que bien me hacen he de cumplir con todos y ser como el sol, que así alumbrá á los buenos como á los malos; aunque deben de pensar algunos—no lo digo por quien tanto se acuerda como Vm. de hacerme—que vino como camaleón.

DAMASIO

Huelgo de no entrar en esa cuenta.

CORNELIO

¿No? La primera partida de su Manual.

LENA

Aun hasta ahora no puedo decir de qué color es la ingratitud.

CORNELIO

Ha hecho como el tirador de arco, que para llegar al punto va tomando la mira gran espacio sobre el blanco; y ahora vende la salsa.

DAMASIO

¿Queréis ir á hacer lo que os dije?

LENA

A Vm. toca mandar y á mí obedecer.

DAMASIO

Tomá este par de escudos, y si volvéis con algo de bueno, yo sé lo que haré.

CORNELIO

¿No digo yo que nunca cantó en vano? Y con todo eso, hace siempre como la gata, que sin quitar los ojos de las manos come y gruñe.

LENA

Bástame la gracia de tan buen caballero.

CORNELIO

Es á punto el médico, que diciendo no es menester hacer eso conmigo, abre la mano y aprieta más que una tenaza; pero tienen ambos esto de bueno—como el lobo—: que nunca toman por cuenta.

DAMASIO

Esta carta y anillos habéis de dar al bachiller, diciéndole lo que más al propósito os pareciere, para que llegue á buen puerto.

LENA

Pierda Vm. cuidado.

DAMASIO

Todo lo remito á vuestra discreción.

LENA

Beso las manos á Vm.

DAMASIO

Con bien volváis.

LENA

Quedá en buen hora, Cornelio hijo.

(*Vase Damasio.*)

CORNELIO

Lena, madre, todos los cuclillos os acompañen; como hayáis concluído este negocio, haremos los dos otro aparte.

LENA

¡Ay, loco, loco! Ya no me quiere ninguno, sino para lo que traigo entre manos; pues siempre me dejan á la luna, como tablilla de mesón. Mas con todo eso, ya hablaremos más largo y tendido; que aunque se acabó el vino, el barril es el mismo.

CORNELIO

Créolo, porque la zorra muere en su pelleja si no la desuella.

LENA

Pulla es esa; basta. Lo demás para otra vez; adiós mi... no lo quiero decir. (*Vase.*)

CORNELIO

Pues dirélo yo: fa, sol, la mayor puta vieja que ha estudiado en Valladolid. Burlaos y veréis lo que pasa; tenderse quiere la niña. Con todo eso, he de procurar pescarla algunos realejos, contentándola, cuando más no pueda, á ojos cerrados; acabando de comer mi pan con la salsa de más agradable imaginación.

(*Vuelve Damasio.*)

DAMASIO

Cuán de asiento lo tomas.

CORNELIO

También, señor, ando yo casi enamorado, y

quiero tenerla contenta; que es aparejadísima para sacarla cuanto alcanza.

DAMASIO

¿La razón?

CORNELIO

Porque como estas calloncas tienen la carne tan mal acostumbrada, dan liberalmente lo que les queda al que tiene paciencia para ensillarlas.

DAMASIO

Sacaráte el vientre de mal año.

CORNELIO

¿Por qué piensa Vm. que se dijo: Bueno está Chillón, si la vieja le dura?

DAMASIO

Por lo que guarda su quiñón la vieja madura; y así vendrá á salir tu desiño (1) el sueño del perro.

CORNELIO

Todo será aventurar dos idas y venidas; y cuando la suerte salga en blanco, á lo menos no tendremos que reñir sobre el partir de la cadenilla, porque la damos á comer por onzas, y así quedaremos amigos como de antes.

DAMASIO

Gran hablador eres.

---

(1) Designio.—*Nota de los Editores.*

CORNELIO

¡Lo que escuecen las verdades!

DAMASIO

A la fe, sospecho que debes de ser á la parte.

CORNELIO

Nunca me pasó por pensamiento, porque ya murió Calisto, y nuestra Melibea se da tanta priesa á sacarnos de pena, que la mercancía vendrá á salir poco más que de balde.

DAMASIO

¿Poco precio te parece el corazón con que la he dado?

CORNELIO

Es de los que se pesan en las carnicerías de amor, que se hallan á cada paso.

DAMASIO

No es para ti esta materia; puedo cantar con verdad:

Quisiera yo tener diez corazones,  
y que llevara uno en cada dedo.

CORNELIO

Y porque no tenemos más de uno le conservamos cuanto podemos.

DAMASIO

Ya ves lo que dice la estanza.



CORNELIO

Véolo, pero como soy tan grosero, no lo entiendo.

DAMASIO

Buen principio es para salir de tu necesidad el conocerte. Dice que no desconfie por verla tan encerrada: que sea constante en la comenzada empresa: fiel, entiéndese secreto, que es la mejor parte en un enamorado y que más satisface á las damas. Asegúrame del recíproco amor; y poniéndome delante que las victorias más trabajadas hacen el triunfo mayor, concluye con esta verdadera sentencia: que el amor rompe y allana todas las dificultades á quien con pecho valeroso se resuelve para llegar al fin que pretende. ¿Qué te parece?

CORNELIO

Que lo ha Vm. interpretado muy á su propósito; pero quisiera yo que todo eso lo dijera la copla.

DAMASIO

Mucho más da á entender, que para ti sería algarabía.

CORNELIO

Pues ¿qué concluye?

DAMASIO

En que está determinada de poner en ejecución lo que le pide el deseo.

CORNELIO

¿Cuándo?

DAMASIO

Más tarde que yo querría. Eso estudiará ahora, y sin pensar nos lo cantará el ruiñeñor.

CORNELIO

¡Cómo gusta la fortuna de casos tales! Y para hacer bien no se hallará agua en Tajo. Bien ha hecho Vm. en no decir nada del cantar á esta buena mujer.

DAMASIO

De semejantes no se ha de fiar sino lo forzoso, y eso con gran escaseza y recato. Vámonos á casa á consolar á Macías con esta buena nueva, que no la creerá según es el viento favorable.

CORNELIO

Yo tengo que hacer en la plaza. ¿Mándame Vm. algo?

DAMASIO

Que no te descuides de acudir al pajecillo, que ya ves lo que nos importa. (*Vase.*)

CORNELIO

No perderé punto.

## ESCENA III

CORNELIO, luego VIGAMÓN

CORNELIO

Si una es buena, es por ventura,  
y si mala, de natura.

En dos palabras ha dicho la señora cuanto es menester, más claro que el sol; y yo hago del aturdido, por dejar saborear y dar más que devanear á mi amo. Allí veo á Vigamón, mi amigo viejo; quiero desentrañarle, para tomar un rato de placer.

Sale VIGAMÓN

VIGAMÓN

Vienes más á punto que la gracia á un condenado cuando está en la escalera, porque iba derecho á buscarte.

CORNELIO

Ya era tiempo de que nos viésemos; ¿hay algo en que te pueda ser de provecho?

VIGAMÓN

Mi amo me envía á llamarte.

CORNELIO

¿El señor don Galcerán á mí?

VIGAMÓN

¡Cuánto ha que mudé dueño!

CORNELIO

¿Pues con quién estás ahora?

VIGAMÓN

Con el señor Aries de... par Dios, no sé de dónde.

CORNELIO

¿Es un caballero padre de una señora que se casó poco ha con un Cervino de tal, que vive á las Tenerías?

VIGAMÓN

El mismo.

CORNELIO

¿Pues de dónde me conoce él á mí?

VIGAMÓN

No te lo sé decir.

CORNELIO

Mira no le hayas entendido mal.

VIGAMÓN

¿No eres tú Cornelio, criado de aquella señora viuda hermosa, que tiene dos hijos y una hija?

CORNELIO

¿Qué me podrá querer?

VIGAMÓN

Menos lo sé: él te lo dirá; ¿de qué te congojas?

CORNELIO

¿Sabes qué cosa es ser llamado sin pensar un pobre mozo de personas tales? Hace revolver en un punto cuanto el hombre ha hecho y pensado en toda su vida; la vergüenza me empacha y hace decir esto; pero con todo eso, vamos. ¿Cómo lo pasas, Vigamón hermano, estáis bien acomodado?

VIGAMÓN

Casi bien, como vela á medio árbol.

CORNELIO

¿Cuánto haces de daño?

VIGAMÓN

Doce grullejas pagadas, que no hay más que pedir.

CORNELIO

¿La cama?

VIGAMÓN

De la fábrica de unas perrillas, no la trocaría por la del guardián del Abrojo; mas no sé qué tiene, que aun durmiendo me bambaneo, sin poder hallar remedio—aunque he probado ciento—para hacerla estar queda.

CORNELIO

Será sin duda algún duende.

## VIGAMÓN

Ojalá, si fuese como el de la otra, que se quejaba que uno no la dejaba reposar de noche, con que tenía amedrentada á su madre; hasta que se vino á descubrir que secretamente metía en casa un familiar encarnado, que hacía sobre ella la pesadilla.

## CORNELIO

Ha, ha. ¿No hay en casa alguna dueña que quiera hacer contigo de la duenda?

## VIGAMÓN

Si eso tuviera, medio mal, mas no hay sino una viejezuela, trasparente como lanterna, que gobierna la casa.

## CORNELIO

¿Es tan sin dientes que no se la puedan sacar un par de muelas?

## VIGAMÓN

No hay vieja para ese menester; mas llégate á herrarla: es un Barrabás con tocas; no ha nacido—según lo que muestra en el sacudimiento y aspereza—mula más mala de ensillar.

## CORNELIO

Habrá sido cosquillosa en su juventud: mas si yo la dijese al oído unas palabras que me enseñó un albéitar, verías maravillas.

## VIGAMÓN

Como de esas sé yo. ¿Pero tal qué aprovecha? No queda por eso.

CORNELIO

¿De manera que ya la has tentado las corazas?

VIGAMÓN

Una vez sola, que haciendo del cortés, la pregunté cómo estaba, y al punto muy escandalizada se lo fué á decir á mi amo, añadiendo que la había tocado el devantal; y él—que es más severo que Sócrates—diciendo: «Dura cosa es, hermano, andar á discreción de un garrote», me puso perpetuo silencio. Y así paso una vida tan colérica y melancólica, que—de puro ahondar horizontes—temo al cabo de venir á dar en poeta; porque me sirvo demasadamente de la cabeza. De manera, hermano, que soy medio vivo, sin más conversación que la de un negro bozal que cura al caballo; con quien paso mis ratos, hartándonos ambos de zinguerrear en una guitarra más destemplada que discante de ramera.

CORNELIO

Vamos á la gula.

VIGAMÓN

Eso no falta quien me mantenga flaco, con poco gasto, fabricando siempre en seco, tanto que á cada bocado me veo en pasamiento.

CORNELIO

¿Quién compra?

VIGAMÓN

Yo, por mi más negra ventura que la pez.

CORNELIO

¿No sabes la cuenta del siete y tres son trece?  
¡Ya me entiendes!

VIGAMÓN

Demasiado, pero todo lo que se come es casi de su cosecha, y andan tan de espacio los banquetes, que se puede hacer poca hacienda.

CORNELIO

Arrima la navaja y rapa donde pudieres: ¿no ves cuánto han encarecido las cosas, que todas han crecido sino nuestros salarios, que no bastan para zapatos? ¿No tienes algunos percances?

VIGAMÓN

¿Qué cosa buena puede haber en casa donde no se juega? Así me tengo por casi enterado.

CORNELIO

Tú que eres amigo de placer, habías de estar con mis amos—dos puros locos de atar—, que siempre me traen de acá para allá, haciendo el amor, dando músicas, en saraos, en comedias, en banquetes y en otros mil pasatiempos. No ha Dios amanecido cuando asidos de mí comienzan á luchar conmigo, arrastrándome por aquellos suelos y haciéndome pedazos cuanto traigo á cuestras.

VIGAMÓN

No me parece esa buena conversación.

CORNELIO

¿Qué importa, si cuanto traigo es suyo y

cuanto ellos mío? El uno, toma tal jubón, y el otro, ponte aquellos calzones: vengan los torreznos, la fruta, el beber fresco, y todo con unas entrañas, que me tendrían los que no nos conociesen por su hermano mayor.

## VIGAMÓN

No son esos caballeros como los malaventurados que dicen que para ser bien servidos conviene tener los criados pobres.

## CORNELIO

Tras esa hoja hay otra: que no sirvamos tanto que de pufo obligados los amos no sepan con qué pagarnos; y así he visto criados que no lo pueden ser del rey, envejecidos y rotos, esperando los montes de oro, que nunca corren, con que los entretienen.

## VIGAMÓN

Dejaríame yo echar un virote de semejantes amos como los que tú tienes. Llégate á ciertos confesos revestidos con cuatro reales que les dejaron sus padres—ganados como Dios sabe—, que les parece matar á sus madres si dejan al pobre mozo un momento en reposo, como si los hubiese comprado por esclavos; no lo puedo llevar en paciencia. O si—como lo he deseado mil veces—me tocase, por suerte mía, ser amo de alguno de estos pelones, verías cómo me servía de él, haciéndole correr, trotar, saltar, sudar y trabajar tanto, que no le parase mosca encima; cada día—por ahorrar el salario—levantaría cosas nunca soñadas para descontar del salario, y por quítame aquella paja: hermano, otro poco á otro

cabo. Mas es el diablo que para esto es menester argent, y yo no lo puedo esperar en los años de Matusalén: porque no hay en todo el Mapamundi tanta tierra como ocupa una hormiga que sea mía. Al fin no viene á ser puerro sino el que se trasplanta. ¿Habría lugar para otro criado en casa de esos señores?

CORNELIO

Es su madre tan avarienta, que antes mira á despedir que á recibir de nuevo.

VIGAMÓN

Buena ventura fué la tuya en topar con tales amos: daría cuanto tengo por servirlos.

CORNELIO

¿Con cuántos ducaditos caerías si yo te metiese en mi lugar? que deseo ya asentar y dejarme de tantas mocedades.

VIGAMÓN

Para eso un amo.

CORNELIO

Pues troquemos.

VIGAMÓN

¡Ojalá! mas ¿cómo?

CORNELIO

Concertémonos, que después yo lo encaminaré.

VIGAMÓN

¿Búrlaste ó díceslo de veras?

CORNELIO

Respóndeme al cuanto y déjame el cargo.

VIGAMÓN

No me hallo con más de cuatro, y el mes que va corriendo—aunque no tanto que no me parezca un año—; daréte los tres, que lo demás es para cambalachar unos calzones con éstos, que andan por dejarme.

CORNELIO

¡Oh, eso es poco! Porque te valdrán más de cinco al mes los provechos; mas por lo que te quiero me contento con cuatro.

VIGAMÓN

Sea así.

CORNELIO

Déjame concluir un negozuelo en que ando, que será presto; yo te avisaré, y entonces haremos de esta manera. Yo me despediré—resuelto—de mis amos en buena paz, fingiendo alguna ocasión, y les diré que en mi lugar les quiero dejar un criado á toda broza, tal como bueno, que serás tú; y sin duda holgarán de ello; y al mesmo tiempo harás otro tanto con tu amo, diciéndole que soy un mozo diligente, virtuoso, que nunca dejó el rosario de la mano, y tan amigo de quietud, que pienso meterme fraile.

VIGAMÓN

No anda él tras otro, doylo por hecho; ¿cuándo quieres el dinero?

CORNELIO

Eso, amigo, cuanto antes será lo mejor, porque no nos podamos arrepentir.

VIGAMÓN

Veslo aquí, toca la mano.

CORNELIO

*Fiat.*

VIGAMÓN

No nos detengamos, que te espera mi amo con más deseo que las coles de Agosto el agua. Voy á decirle que estás aquí. (*Vase.*)

CORNELIO

En buen hora. No ha sido mala esta jornada; tendré con qué probar la mano. Si ganare, volvérselos he, y si no, trampear y á ello.

VIGAMÓN (*que vuelve*)

Subí arriba.

(*Vanse.*)

## ESCENA IV

Sale INOCENCIO, luego LENA

INOCENCIO

*Omnes in omnem culpam pro la buntur.* Gran pecado comete mi señor—de que ha de dar estrecha cuenta—en tener tan encerrada y descontenta á una mujer ejemplo de virtud como la suya; tengo por cierto que, si por él no fuese, no dejaría pobre desconsolado y que daría cuanto tiene á quien se lo pidiese, ocupándose siempre en hacer caridad. Mirá qué bondad de señora: ha entendido el desastre de la prima, con que otra se hubiera escandalizado y dicho que si ha hecho mal con su pan se lo coma, y en hallándose sola—con una angustia grande—da cien suspiros de pena, por no poderla ver y ayudar como querría. Pues con qué gracia me rogó que vaya á dar un recado de su parte á aquella buena mujer con estos tres ducados, por el menoscabo de su ropa, con que voy á consolarla contentísimo, porque quien esto la envía no dejará de socorrerla adelante. Paréceme la que allí está; sí, ella es. El Señor os tenga de su mano, hermana Lena; ¿pensábades que no os había de venir á ver algún día?

LENA

¿Y por qué había yo de cometer tan gran pecado, pensando tal cosa de quien tiene por oficio las obras de misericordia, y principalmente la mayor de todas, que es consolar los tristes? Así se alegre conmigo quien mal me quiere, como yo

con su gentil presencia; sin duda que mi ventura le ha traído aquí, porque en este punto pensaba ir á buscarle para lo que oirá. Mas antes quiero saber á qué ha sido la buena venida; porque deseo mucho que me emplee en su servicio.

#### INOCENCIO

Cierto que debéis esa voluntad á la afición que yo os tengo. *Mutuo amamus inter nos*. Mi señora está tan afligida por la desgracia de aquella señora, que desde aquel punto que la di su carta anda como fuera de sí; fantaseando tan trocada, que me trae lastimado; y así me envía á saber cómo está la buena doncella, y á rogaros que la vais luego á visitar de su parte, y digáis que tenga ánimo, porque con mucho calor va tratando de remediar su pena; y también os da estos tres ducados por la que tomáis en ser medianera entre ellas, y dice que la disculpéis de no la escribir, que no lo hace por evitar sospechas.

#### LENA

Bendita sea tal señora; al fin donde está la nobleza hay largueza; en más tengo esta memoria de su mano que un tesoro de otra. ¡Ay, hijo mío, cuánto se consoló aquella criatura con la carta que la llevé! no pareció sino que veía el cielo abierto. Díjome que fuese otro día á verla, como lo hice ayer; recibíome con mil caricias, besándome estas pecadoras manos; y después de mil demandas y respuestas, me dió esta carta, con estos dos anillos, para la señora Marcia, con los cuales dice que su merced se enternecerá, porque son los que la envió con el padre cuando vino á sus bodas. Por caridad, que Vm. se los dé,

encareciéndola mucho la memoria que ha tenido de esta su devota y humilde criada.

INOCENCIO

Yo lo haré muy de veras.

LENA

Si tiene, mi alma, algunas camisas que aderezar, mire que me las traiga, si no quiere que me enoje.

INOCENCIO

*Istam tuam voluntatem semper in ore, animoque habeo.* El Señor quede con vos.

LENA

El vaya contigo, que te sobra la bondad, como la cresta al gallo.

(*Vanse.*)

## ESCENA V

Salen DAMASIO y CORNELIO, luego LENA

DAMASIO

No se me cuece el pan por saber lo que ha hecho Lena de la carta y anillos, y el modo que habrá tenido: ¿quieres, Cornelio, que nos vayamos paseando hacia su casa?

CORNELIO

Si Vm. lo desea mucho, yo muero por ello; y me parece cada hora más estrecha y larga que el

mal año: aunque estoy casi cierto de que habrá hallado camino á propósito; porque no son tres ases peores que ella, ni tiene el Infierno más astuto demonio.

DAMASIO

Su oficio lo requiere. Llama, que aquí te espero.

CORNELIO

Llegue Vm. conmigo—pecador de mí—, por si acaso está allí su rufián.

DAMASIO

Ya te entiendo; perro cobarde no quiere ver lobo. Pareces de los soldados de Trencha, que eran treinta y seis á arrancar un nabo.

CORNELIO

Mucho me pesa de oír esas palabras; mal conoce Vm. al segundo Fierabrás. Dígolo porque nos la negará, no viendo persona de respecto.

DAMASIO

No es mala deshecha.

CORNELIO

El diablo me ha metido entre el martillo y la bigornia.

DAMASIO

Miedo ha Payo, que reza; ¿no lo digo yo? ¿Qué estás murmurando?

CORNELIO

Que estoy por dar al bellacón, en abriendo la

puerta, una cuchillada que le derribe ambas orejas, aunque sea otro Orlando.

DAMASIO

A lo menos, burlando. Quien león mata en ausencia, del topo teme en presencia. No más, Fierabrás; yo te marco por un deceno de la cama; aunque sospecho que tomarás tú ahora unas paredes Iaco, porque todo Milán no armaría tu miedo.

CORNELIO

Ya eso pasa de burla; no haga Vm. que se me suelte alguna mala palabra.

DAMASIO

Antes creo que se te ha soltado otra cosa peor; no me espantaría, porque perro escaldado después tiene mucho miedo del agua fría.

CORNELIO

A fe de pobre mozo, que si no fuese por cierto respecto que yo me sé... basta; mejor es callar. Sepa Vm. que hasta ahora nadie me ha quebrado nueces sobre la cabeza. Bien dicen que la familiaridad del señor es capirote de loco para el criado.

DAMASIO

La rana hace del león.

CORNELIO

Dejémonos de motecicos y chufetes, que por menos que eso he visto yo venir á buenas cuchilladas. ¿Llamaré ó no?

DAMASIO

¿Pues á qué venimos? ¿De qué hablamos? Animo, vesme aquí para morir á tu lado; aunque como te muestras tan fiero, temo no hagas, en el furor de la cólera, de la ballesta gallega, que tira á enemigos y á amigos.

CORNELIO (*llamando*)

Ta, ta, ta.

LENA

Quien llama tan recio, algo nos trae.

CORNELIO

¡Con qué nos recibe la maldita!

LENA

Señor mío, ¿es posible que los caballeros se humanan tanto? ¿Qué buena ventura ha traído este bien á mi pobre cabaña?

DAMASIO

La mía, si hallo lo que me he prometido siempre de vuestra discreción y diligencia.

LENA

No puede faltar á persona dotada de tantas gracias. Mire Vm. lo que pasa. Estando tomando el manto para ir á dar aquel recado, entró por mi puerta el buen bachiller—que está vestido y calzado con todas sus letras en el Limbo—con tres ducados que me envió la reina de las mujeres, mandándome que fuese luego de su parte á con-

solar á Vm. y á asegurarle de que á breve concluirá el negocio muy á su gusto; con otras mil palabras buenas, y ceremonias de nunca acabar. Jurándome el cuitado que desde el punto que leyó la carta no parece más la que antes era. Y como lo creo yo, que cuando, por mis pecados, navegaba por los accidentes de amor, no reposaba hasta dar fondo. Téngase lo demás por dicho, y pues que está ya hecho el pico al tordo, aparéjeme esas manos.

CORNELIO

¡Cómo se encaja la puta vieja!

LENA

¡Ay, ojos encantadores, qué tiempo se os va llegando! ¡Cómo se le cae al oso la pera madura en la boca! Ya me entiende.

CORNELIO

Harto claro lo pide; pero mi Durandarte hace orejas de mercader y vuélvese á su negocio.

DAMASIO

¿Haos dado alguna carta?

LENA

No, señor.

DAMASIO

¿Qué recado distes á la mía y anillos?

LENA

El mejor del mundo, á mi parecer. Diciéndole que su prima se los envía, fingiendo ser unos

que la señora Marcia la envió con el tío cuando volvió de sus bodas.

DAMASIO

Bueno, á fe de quien soy: no hay mas que hacer sino esperar lo que Dios hará.

CORNELIO

Ha, ha, ha.

DAMASIO

¿De qué te ríes, insensato?

CORNELIO

Ríome de que quiere Vm. esperar de Dios lo que suele hacer el diablo.

DAMASIO

Tienes razón: por necio que uno sea, acierta á decir algo bueno; ya podrás ser mi predicador y hacerme dar con los amores en un convento.

LENA

Lo que más ahora hemos menester son las bragas de un motilón, que quitan los malos deseos como con la mano.

CORNELIO

No lo digo por tanto, yo enmudeceré por quince días.

DAMASIO

Acaba ya, majadero, que no son los donaires para todos tiempos.

CORNELIO

Antes en este que esperamos de tanta alegría y consuelo, no ha de haber otra cosa.

DAMASIO

Está bien. Amiga Lena, comete al sabio y déjale hacer; en vuestras manos me he puesto, dadme buena cuenta de mí.

LENA

Viva Vm., que todo se hará bien. (*Vase.*)

CORNELIO

O mal; otro nudico á la bolsa.

## ESCENA VI

Sale MACÍAS, luego BECERRICA y DAMASIO

MACÍAS

Ea, Cornelio, aunque creo que estás cansado, por haber ido á cien partes, vamos, que cuando el amo tiene trabajo no debe reposar el buen criado.

CORNELIO

Por mí, vamos donde y cuando Vm. mandare.

MACÍAS

¿Es burla lo que leía anoche mi hermano en aquel libro? pues dice que el alma del amor es la esperanza, y que en faltándole muere, como la criatura careciendo de leche.

## CORNELIO

Quien lo escribió debía de hablar por experiencia. Porque viene á propósito, diré á Vm. una estanza que cierto caballero muy sabio envió á un amo mío—y por contentarme la tomé de coro—, que conforma con lo que dice el libro. Nótela Vm., que vale más que el Cancionero General.

## MACÍAS

No querría que fuese de las que sueles cantar.

## CORNELIO

Esta es contemplativa.

Nasce de ociosidá el Ciego Flechero,  
que vive alimentado de esperanza:  
quien le da leche es el deseo primero  
y vanos pensamientos la crianza;  
ser y vigor—si bien no verdadero—,  
el contento—que está siempre en balanza—,  
es muy escaso en dar; promete largo,  
presenta dulce, y da después amargo.

## MACÍAS

A fe que es buena; mas volviendo al propósito, digo que pruebo en mí lo contrario: pues sin alimento de esperanza ha crecido, y con más fuerzas que de gigante me atormenta y va privando de la vida.

## CORNELIO

La causa es Vm., pues le ha criado á los pechos de sus pensamientos, que le han servido en lugar de leche de esperanza, deteniéndose en ellos, sin acordarse de otra cosa.

## MACÍAS

Dices bien, porque la afición me la pintó tan hermosa desde el punto que la vi, que siendo defendido á los ojos el exterior refrigerio, la mente se retira dentro; y viendo impresos en sí mesma los rayos de aquella sobrenatural belleza, hace de ella el manjar que dices, de que se sustenta.

## CORNELIO

Eso debe aquietar más á Vm.

## MACÍAS

Antes al contrario, porque la figura que señorea y gobierna mis sentidos, enamorada de sí mesma, me fuerza á ir donde naturalmente reside, y no pudiendo, con los dientes de amor me roe el corazón, ahogándome los espíritus.

## CORNELIO

Paso, que oyo cantar al pajecillo; apártese Vm.

## BECERRICA

Vístase mi esperanza como viere  
que el bien del que más ama va vestido;  
siga el camino al punto por do fuere,  
y al fin se junte con quien ha seguido;  
después—si la Fortuna no impidiere,  
envidiando de Amor tan buen partido—  
llevará su consuelo mano á mano,  
y el contento que pide el caro hermano.

## CORNELIO

Becerrica amigo, ya era tiempo de que nos viésemos: ¿qué es de la pelota que te di el otro día?

BECERRICA

Veisla aquí, no os la daría por un real; mirá cómo salta.

CORNELIO

¿No jugaremos un poco?

BECERRICA

No tengo dineros.

CORNELIO

Yo te prestaré, no quede por eso.

BECERRICA

¡Oh, cuántos reales! ¿Son todos vuestros?

CORNELIO

¿Pues cuáles habían de ser? Toma, toma uno. Si tú fueses á mi casa, yo te daría tantas de las cosas que tengo.

BECERRICA

¿Qué tenéis?

CORNELIO

¿Qué? Eso es largo de contar. Confitura de todas suertes: mazapanes, rosquillas, mermeladas, turrone, pasas, dátiles.

BECERRICA

¿Dátiles tenéis? ¿Traéis ahí algunos?

CORNELIO

Sí, amigo.

BECERRICA

¿Y confites?

CORNELIO

¿Quieres que traiga aquí toda mi tienda? Si yo supiera que te había de encontrar, no viniera sin muchas cosas que darte; mas otra vez yo te pondré como un trompo. Abre la faltriquera; no te los vea tu amo.

BECERRICA

¿Ver ó qué? Mal año; ni aunque fueran otros tantos, yo me los iré engullendo de dos en dos. ¡Oh, si usasen los dátiles sin cuexcos!

CORNELIO

¿Luego no los has visto?

BECERRICA

Nunca.

CORNELIO

Pues yo te daré una libra, que te comerás las manos tras ellos. Mas déjame escribir lo que has cantado, que perdí la canción del otro día.

BECERRICA

Que me place; aunque voy de priesa á llamar á un criado del padre de mi señora para que vaya con nuestro bachiller á acompañarla, que va fuera con la hija de mi amo, y él se quedará en casa, porque el otro día escalaron una junto á la nuestra.

CORNELIO

Di, pues, presto, que yo escribiré en un momento.

BECERRICA (*lee.*)

Vístase mi esperanza como viere, etc.

Quedá con Dios (*Vase.*)

CORNELIO

El te guíe. Esta es una jeringonza de palabras sofisticas, que no las entenderá un cate-drático.

MACÍAS

Déjamelas leer, que por ventura me pondrá delante Amor lo que el rudo ingenio no alcan-zare. (*Lee.*)

Vístase mi esperanza como viere, etc.

¡Cuán presto halla camino lo que ha de ser!

CORNELIO

Loado sea la del Villar; ¿tráenos ese enigma alguna buena nueva?

MACÍAS

Rebuena á lo que entiendo.

CORNELIO

¿No lo decía yo? Al fin las más duras se ma-duran, como las serbas, con tiempo y paja. Aquí viene el señor Damasio, que contrapunteará so-bre el canto llano maravillosamente, porque en-tiende de achaque de tramas más que cuatro abo-gados. ¡Oh, cómo llega Vm. á buen tiempo!

Sale DAMASIO

DAMASIO

¿Qué hay?

MACÍAS

Esto que ha cantado el mochacho poco ha.

DAMASIO (*lee*)

Vístase mi esperanza como viere, etc.

Este es canto verdadero de las sirenas, que hará dormir á Ulises. ¡Sus á ellas! No hay tal como perseverar con paciencia, que con ella todo se alcanza; ni castillo hay tan fuerte que al cabo no se venga á perder—por vigilante que sea el que está á la defensa—si solo ha de combatir contra muchos. ¿Quién hiciera creer esto á Macías?

MACÍAS

No os espantéis, hermano, que lo debe causar la falta que tengo de experiencia; fuera de que cuanto más uno desea, tanto más anda envuelto y atado en temores y dificultades; porque siempre de lo que se pretende es menor la esperanza que el miedo de no poderlo alcanzar.

DAMASIO

Ea, pues, Cornelio, ya que hasta aquí se ha navegado prósperamente, no nos perdamos á la entrada del puerto; cuenta con el timón, ándame listo, échate una anguilla en el cuerpo.

CORNELIO

No me faltaba sino tratarme—tras asno—de

lerdo; más á propósito sería echársela á quien yo digo.

DAMASIO

Pierde cuidado. Aquí dice que tengamos cuenta cómo sale vestida la señora Casandra, que es vuestro bien, y vos, hermano, el que yo más amo, que me vista de aquella manera y las sigamos; que en llegando adonde van, me junte con ellas y allí nos trocaremos, quedándome yo con mi dama en lugar de la vuestra, á quien llevaréis á nuestra casa á ensartar aljófar; y la mía á mí donde ella fuere servida; si ya alguna desgracia no lo impidiere. Mirá qué suerte; sin duda habrá hallado el modo para que podamos seguramente pagar el diezmo al celoso. Ea, Cornelio, haz ojos de lince. No las pierdas de vista por descuido; mira que no hay cosa de más ligeras alas que la ocasión: que mientras el lobo caga, la oveja se salva. Ven en un salto á avisarnos; mira dónde paran, que es lo que más importa para trocarnos. Entretanto, vamos nosotros á rogar á Lobata que nos preste el vestido que fuere menester, fingiendo querer hacer una burla á un amigo muy enamorado, haciendo como que su dama le va á buscar á su casa.

MACÍAS

Embuste de Lena: buen discípulo ha sacado; al fin quien trata con malos se hace malo. No nos viene poco á propósito ahora tener mi señora aún todas sus galas; no sé qué es su intención.

DAMASIO

No me espantaría si de treinta y cuatro años que puede tener—á su cuenta—, viéndose parada

como molino sin agua, y á nosotros derretidos de amor—siendo del mismo humor—, se le antojase algo; ya lo veremos.

CORNELIO

Yo me voy á poner en una saetera, cerca de su casa, que descubre media legua.

DAMASIO

Ya habías de ser ido y vuelto, según mi deseo.

(*Vanse Damasio y Macías.*)

#### ESCENA VII

CORNELIO (*solo*)

En conclusión, este Cervino no merece la mujer que tiene; semejantes hombres habrían de arar con aquellas simplonas que los plantan de azul ultramarino y oro, que á tiro de arcabuz se parecen. No como la señora Marcia, que se los engerirá de verde oscuro, que son ciertos cuernecitos que no salen un pelo fuera de los cascos, más ligeros que el mal francés moderno; que no hace aquél los espantajos que el antiguo—dándos una *leva ejus* por las narices—y es más dulce que la sarna—casi gentileza tenerle—y tan poco temido, que hasta las damas sin miedo le acometen, y ninguno por él con ellas vale menos, como bullan las arenicas del rubio Tajo. No puede dejar de ser ésta de las más solemnes burlas que se hallan escritas en el Boccaccio. En fin, cualquiera debe enseñar á leer, escribir y

hacer coplas á sus hijas; porque son de tanta virtud como las alcachofas, y—según dicen las comadres—de gran utilidad contra la pudicia, que es una trabajosa enfermedad. Lo que haría al caso es que ninguna tuviese ojos ni orejas, que son las ventanas del corazón. Dicen mil groseros que poder escribir los pensamientos es comodidad para saber ser malas. A la que canta por natura—si gusta de las cosas del mundo—tanto la importa saber leer y lo demás como no saberlo. No echan los necios de ver que las ignorantes, fiando los secretos de los criados, se hacen sus esclavas; y que se hallan algunos tan atrevidos, que presumen también ir á la parte, con amenazas de que descubrirán sus faltas—ó sobras—, y si no lo alcanzan—ellas se lo saben—mudando hoy de un amo y mañana de otro, van publicando las desgracias de las tontas inocentes. Mas estas Sibilas, estas doctas, saben gobernarse de manera que apenas ellas mismas entienden lo que hacen. Veis aquí ahora el ejemplo, que por tener esta señora tantas letras, ha sabido engañar á un hombre tan sabio como el bachiller Inocencio—que le podrían poner (como dicen) *inter oves et boves et reliqua pecora campi*—, pues siendo el principal ministro de la transformación que esta noche se hará, piensa ayunar á pan y agua. Mal haya el diablo, que no me ha de tocar sino el escribir simplemente los avisos; porque los criados somos como la campana, que suena para otros, y no le quedan sino los golpes del badajo. Allí salen las salidas damas: de morado va la de Macías; juráralo yo sin verla, porque tengo por menos pesado un cosoleta á prueba que un virgo. Quiero darme prisa para avisar á mis amos, que están espiritados. (*Vase.*)

## ESCENA VIII

Salen CERVINO, MARCIA, CASANDRA & INOCENCIO

CERVINO

Marcia, amores, ya veis que me dejáis solo; por amor de mí que os vengáis en acabando las Vísperas.

MARCIA

Yo os lo prometo, que no me querría quedar tan presto en la iglesia.

CERVINO

¿Oíslo, Inocencio? No os apartéis de ellas; mirá no los pisen, que habrá mucha gente.

MARCIA

Por cierto que parecería tan bien el bachiller entre las mujeres como nosotras en el coro.

CERVINO

¡Oh, qué donosa razón! Hací, hermano, lo que yo os digo. No me contenta nada, Casandra, ese tu manto; bajo les está mejor á las doncellas.

CASANDRA

¿Y la pragmática?

CERVINO

Yo pagaré la pena.

MARCIA

Así habrá ello de ser. ¿No queréis que vea dónde pone los pies?

CERVINO

Dejalda caer, que Inocencio la levantará.

CASANDRA

El corazón me dice que será ello así antes que vuelva á casa.

CERVINO

Marcia, mirá que os pongáis en parte oscura; apartaos cuanto más pudiéredes, que andarán cien insolentes que os quitarán la devoción que lleváis.

MARCIA

No hayáis miedo; en nombre de Dios vamos. (*Vase Cervino.*) ¿Qué os parece, Inocencio, de la mala condición de este mi hombre? Por vuestra vida, ¿no me tenéis lástima?

INOCENCIO

¡Y cómo, señora! *Summa est hominum perversitas*. Mil veces he dicho entre mí que es Vm. mártir con él; en verdad que no tiene razón. Habría de tener otra mujer que le hiciese padecer del mal que tanto teme; mas no lo permita Dios. Es más que verdad lo que decía mi maestro: que de todo cuanto la tierra produce, con alma vegetativa y sensible, no hay cosa á quien la mujer no pase en miseria, pues sola ella ha menester comprar con sus bienes á quien ha de ser señor de su persona.

MARCIA

Paciencia.

INOCENCIO

Sí, señora, por amor del Señor. Ahora que tengo tiempo, quiero encomendar á Vm. aquella pobre señora, que es una obra meritoria.

MARCIA

Yo os prometo que por eso he salido de casa, que no me siento con el ánimo reposado ni nada buena. (Vamos poco á poco). No sé qué me tengo desde que entendí su desgracia. Ahora pienso hablar á una grande amiga mía, prima de la abadesa del monasterio donde pienso ponerla —que vendrá á encontrarnos sola por no dar nota—, y espero que todo se hará bien.

CASANDRA

Ya no puedo más, que se ha alargado una cinta del chapín y se me sale del pie. Entremos, si Vm. es servida, en esta casa á apretarla.

MARCIA

Norabuena.

*(Aquí se truecan.)*

## ESCENA IX

Sale RAMIRO y luego POLICENA á la ventana

RAMIRO

Si me vendiese por esclavo en una galera, tengo de comprar una casa, para no andar en

estos alquileres. (*Se asoma Policena.*) ¿Siempre has de estar á la ventana, rapaza? ¿Mirando los vencejos se junta el ajuar? No lo has aprendido, cierto, de tu madre.

## POLICENA

Estaba mirando, padre, si venía, para saber si se ha de hacer la cena en esta ó en la otra casa.

## RAMIRO

Confundido me has con la respuesta. ¿De manera, taravilla, que por estar á la ventana vendré más presto y se hará de cenar con lo que aún está en la plaza? Policena, Policena, mira que no se me antoje jugar de petrina, que si comienzo me comeré las manos tras ello.

## POLICENA

Eso sería de pesar de haberme castigado sin culpa.

## RAMIRO

Antes me daría contento; no más, picotera; límpiame luego esos bacines y aguamaniles como un oro, y mételos con los paños y estuches en el arca grande; y sea presto, no me pagues hecho y por hacer. (*Entrase Policena.*) Huela la casa á hombre; no la tocaría á un pelo de la ropa más que á las niñas de mis ojos, porque es la misma bondad. Mas es menester aparejar la medicina antes que venga la dolencia, y así—por que no se me estrague—quiero procurar de sacudir la pesadumbre que traigo—por su causa—á cuestras; no quiero que me suceda alguna desgracia; que no puedo tener oficial que me ayude sin sospecha, y

sólo gano tres veces menos de lo que solía. ¿Qué se puede esperar de mercancía que—como cañafistola—baja ciento por ciento de precio, y que á duras penas—aun dando dineros con ella—halláis quien os la quiera sacar de casa? Sino lo que de la otra Policena, hija del rey Príamo; pues cuanto más hermosas, tanto mayor es la desventura del que ha de lidiar con ellas. Quiero resolverme de tomar mujer que mire por mí y por ella; mas—pobre de mí—¿quién sufrirá el infierno de daca la madrastra, toma la hijastra, si ya el diablo no las concierta? No sé qué me haga; cierto la vida que paso no es para llegar á nietos. ¿Qué tentación tomó á mi madre cuando, quitándome de sastre—por ser, como dicen, oficio de ladrones—, me puso á barbero? Debió sin duda de topar con alguno que la acertó á poner la madre en su lugar—que padecía mucho de ella—, pues si esto no fuera, ¿qué me faltaba á mí, dejándome libre, para venir á ser alguacil ó mercader? Al fin, es mucho: todo anda errado, pues poseen en él las cosas aquellos para quien no se hicieron. Como yo ahora, que con más altos pensamientos que un príncipe de Salerno, soy un pobre barbero. ¿No acabas Policena?

POLICENA (*á la ventana*)

No me falta sino un aguamanil.

RAMIRO

Cuando quieres todo lo haces en un pensamiento; pero es el diablo que eres antojadiza.

POLICENA

Y más ahora, que me muero por unos botines.

RAMIRO

No te faltarán.

POLICENA

¿Y de cena no dice nada? Yo bajo allá.

RAMIRO

No, que voy por recado y quiero cenar en la otra casa.

POLICENA

Vuelva pronto, padre, que tengo miedo si no estoy á la ventana.

RAMIRO

Pues ¿de cuándo acá ha la niña temor del Coco? A buen seguro que tú le pierdas presto. Paréceme que oyo á la madre, que no podía estar un momento sin compañía.

*(Entrase Policena.)*

## ESCENA X

Sale CERVINO, luego MARCIA é INOCENCIO

RAMIRO

Beso las manos de Vm.

CERVINO

Dios os guarde, Ramiro; ¿que buscáis tan tarde por estos barrios?

RAMIRO

Soy ya más vecino de Vm.

CERVINO

¿Cómo así?

RAMIRO

He alquilado aquella casita de la esquina.

CERVINO

Sea enhorabuena; mucho me huelgo de teneros por vecino.

RAMIRO

Estaré más cerca para servir á Vm. Ya me parece que se va haciendo hora de cenar.

CERVINO

Por eso espero aquí á mi mujer y á mi hija, que han ido á Vísperas y habrán topado con algunas comadres, que las tendrán parlando cuanto han soñado desde que nascieron.

RAMIRO

Ya no podrán tardar, aunque si están en las Huelgas acaban muy tarde. La pobreza, señor, escusa un criado: con licencia de Vm. me voy á comprar de cenar, que por ser recién mudado no hay nada en casa.

CERVINO

Vais norabuena. ¡Cómo lo entendió bien el que oyendo predicar ser necesario para salvarse

que cada uno lleve su cruz, se fué á gran priesa á tomar á su mujer á cuestras, teniéndola por tal!

¡Mal entendido lazo de la gente!  
 que las más veces junta  
 dos contrarios humores,  
 con sola una pregunta  
 y un sí—sencillamente  
 dado—que en mil cuidados y temores  
 tiene siempre después al más valiente.

(*Vase Ramiro.*)

Si no fuera por el negro respecto del mundo —que dice que buena mujer y buen casamiento se entiende, no de serlo, sino del que no se habla—me fuera ahora á traer á la mía arrastrando por aquellos cabellos, dándola mil puntillazos. Huélguense, pues hacen hoy Carnestolendas. Quiero que mi suegro se ría de mí, si puede otro día, tanto conmigo que las deje oír otras Vísperas este año; es verdad que me quitará que no enclave la ventana, que por amor de él dejé abierta. Allí vienen; delas Dios tanta gota que nunca más se levanten, amén, amén, amén. Sin duda que habéis ayudado á coger las sobrepellices.

MARCIA

Maravilla fuera si no me saliérades á recibir con nuestros pudrimientos; veis aquí al bachiller y á Vigamón, que os dirán si son acabadas las Completas.

CERVINO

Preguntá á mi compañón si yo soy ladrón.

INOCENCIO

Es cierto—por esta ánima pecadora—que se levantaron al *Nunc dimittis*.

## CERVINO

De aquí adelante serán las Vísperas rezadas en casa, que no las quiero tan largas fuera.

*(Sálese á la calle.)*

## MARCIA

Yo sufriré cuanto pudiere; subíos arriba, Cassandra.

## INOCENCIO

Ya está en su cámara. Señora, no sea parte el marido para que Vm. pierda lo que hoy con tanta devoción ha ganado; que siempre el insidiador anda más solícito cuando nos ve ir por el camino de nuestro verdadero descanso y contento.

## MARCIA

Dios se lo perdone á quien tan bien me empleó.





## ACTO CUARTO

---

### ESCENA I

Salen VIOLANTE y CORNELIO

Cornelio. VIOLANTE

Señora. CORNELIO

VIOLANTE

¿Dónde está Damasio, que no ha dormido en casa esta noche?

CORNELIO

Lleváronle unos amigos suyos que han venido de Salamanca, y por ser tarde se quedó con ellos; no le dé pena á Vm., que en buena parte está. Y no le habrá faltado regalo y contento.

VIOLANTE

Pues ¿cómo no me has dicho nada?

## CORNELIO

Mandóme que no lo hiciese. La juventud, señora, ha de pasar su carrera, porque cuando el mozo es viejo, es viejo mozo, y lo que ahora disculpa la edad, en la madura da que reir á las gentes.

## VIOLANTE

¡Ay, Cornelio, Cornelio! ¿Qué retoricadas excusas de traidor descarado son esas? En mal punto pusiste los pies en mi casa; tú, bellaco, eres el inventor y maestro de los vicios de mis hijos; tú se los tramas, y me los has de dos palomas sin hiel vuelto milanos.

## CORNELIO

Nuestra Señora de Prado me valga con Vm. Déme licencia, pues tan mal parezco ante sus ojos, y con esto saldremos ambos de pena. Parece que me ha visto Vm. el juego, porque no deseaba sino semejante ocasión para irme con Dios, porque á un mozo le sobra un amo; por eso Vm. mande hacer cuenta conmigo, y también yo la haré de haber perdido el tiempo en parte de donde pensaba salir con otro pelo.

## VIOLANTE

Eso es lo que yo he más menester; yo voy á misa: en volviendo lo haré de muy buena gana; porque la muerte del lobo es la vida de los corderos.

(*Vase.*)

## ESCENA II

Sale MACÍAS

MACÍAS

Bien me puedo—oh Amor, grande y benigno señor—dar de hoy más por bien pagado de cuanto por amar he padecido; y si culpándote—con impaciencia vanamente—he pronunciado algunas palabras contra ti, ahora—arrepentido de todo corazón—confieso que la mayor de tus penas es pequeña y muy fácil de llevar en comparación de tan grandes premios; pues de la tempestad de los suspiros y del infierno de los afanes llevas á la luz y gozo de todos los deleites de esta vida. En este punto oí hablar á Cornelio y no parece; bueno es que se descuide cuando más es menester; ¿dónde habrá ido? No sé cómo podremos sacar á mi hermano y volver á mi alma á su casa. Mal haya el diablo; á fe que se pudiera Cervino dar con un canto en los pechos antes que me sacara la presa de las manos, á no tener tal prenda en su casa. ¡Oh, qué terrible cosa es haber por fuerza de refrenar el apetito y gusto, y privarse de su contento! Mas quien siembra ha de compensar la esterilidad con la abundancia. Pero lo que más me lastima es ver que esta pobre señora—como tiene en tanto la honra—no ve la hora de volverse á su casa, asegurada ya de tenerme por suyo.

CORNELIO

No estaría más un solo día en esta casa si me dorasen.

MACÍAS

¡Cuitado de mí! ¿Qué oyo?

CORNELIO

¿Es este el galardón de mis servicios?

MACÍAS

Parece que se está quejando Cornelio. Hermano Cornelio.

CORNELIO

Ya es la hermandad acabada.

MACÍAS

Vienes con un gesto como si te hubiese mordido una víbora.

CORNELIO

Hame mordido otra peor que víbora; yo me voy, señor, á sacar mi hato, que estoy resuelto de no sufrir más insolencias de mujeres.

MACÍAS

Este veneno me faltaba, para hacer amargas todas mis dulzuras: bien dicen que el A B C que hace comedia, hace tragedia. ¿Cómo, Cornelio, es posible que en tan gran necesidad nos quieres desamparar?

CORNELIO

Yo no soy bueno para necesidades, sino para hacer malos á Vms., como acabo de oír de boca de mi señora, con palabras que no se podrían decir á un capeador; y por esto me quiero alargar sin ninguna réplica.

MACÍAS

Extraño eres en mirar á sus palabras conociéndola; ¿no sabes ya cuán terrible es con nosotros cuando se enoja?

CORNELIO

Si ellos se quieren estar como pollos en cesta, yo no; porque estimo mi honra—aunque pobre mozo—como el más estirado.

MACÍAS

Por vida de Damasio—que sé que la quieres más que á mí—, que—dejando aparte la cólera—veas cómo nos debemos gobernar para que salgamos bien de este negocio.

CORNELIO

Yo no me quiero empachar más en cosa de vuestras mercedes, pues soy—según dice mi señora—quien los distrae, antes irme con Dios, en haciendo mi cuenta.

MACÍAS

No esperaba yo cierto esa respuesta de ti, ni menos mi hermano: pues me dijo ayer que como volviese á casa te quería dar un vestido y diez ducados. De mí no digo nada.

CORNELIO

¿Y dónde los tiene él para dármelos?

MACÍAS

¿No tiene la renta de Toro y la de Boecillo,

que es herencia de un tío nuestro y ha cuatro años que goza de ella?

CORNELIO

¿Y tiene cierto los diez ducados?

MACÍAS

Y aún más de ciento y cincuenta.

CORNELIO

Pequeña lluvia gran viento aplaza: del amor del señor nasce la obediencia del criado, y el que es fiel nunca se mueve á hacer bien por la esperanza del premio; y así no lo haré, ni por diez, ni por mil, sino por mi buena ley y porque no se diga de mí; cuando el malo ayuda, os deja el peso á cuestras, y aún oso decir por dar desgusto á mi señora; perdoneme Vm. si le pesa de ello.

MACÍAS

Nosotros queremos más para ti que para cuantas madres hay en el mundo. ¿Qué te parece que hagamos?

CORNELIO

Yo lo remediaré todo; déjeme el cargo. He pensado esta noche, mas no perdamos tiempo, que la experiencia es maestra en los casos que ocurren. Una cosa quiero de Vms., y es que si acaso yo diere en manos de la Justicia, me ayuden á diestro y á siniestro.

MACÍAS

¿Por qué temes de ella?

## CORNELIO

Porque no querría dar del humo en el fuego, y que el verdugo me hiciese las lechuguillas con los pies. Si Vms. han esta noche estado en el placer de Niquea, yo no he llorado mis pecados, antes gozado de mi Policena como un paladín: la cual me ha dado la llave de la casa donde ha morado hasta ahora, y otra contrahecha, además de la que tiene su padre, de un arca grande que dejaron de mudar ayer por ser tarde; para que en remuneración de mi trabajo tome lo que hallare dentro—efetos de amor, que hace á los hijos ladrones y enemigos de sus padres—. No quiera vuestra merced saber más: mi señora es ida á la iglesia, y la casa está sola; lleve Vm. á la señora Casandra á la casa que he dicho de Ramiro.

## MACÍAS

¿Y si acaso él estuviese allí?

## CORNELIO

Quien mucho mira al viento, ni siembra ni planta á tiempo; haga Vm. lo que le digo, que cosa hecha cabeza tiene. No hay otra llave de la puerta sino ésta, y Policena está prevenida para que si el padre se la pidiere le entretenga con aquí estaba, allí la puse, acullá os la di, hasta que yo vuelva y se la dé á ella; y estamos seguros, porque no hallará quien se la mude sino después de misa mayor.

## MACÍAS

¡Ay, ay!

CORNELIO

No hacen al caso los suspiros cuando se trata del remedio.

MACÍAS

Suspiro por lo que pierdo y podría suceder.

CORNELIO

Conforme á lo que viniere nos gobernaremos, que en el camino se endereza la carga; haga Vm. lo que digo presto, pues no hay tiempo para más consideraciones. Dios da hilo á tela urdida.

MACÍAS

Yo voy por ella.

CORNELIO

Vaya Vm., que el pelo torcido se endereza torciéndole al revés; yo me adelanto á tener abierta la puerta. (*Solo.*) Terrible simpleza es la de los que servimos: que ponemos la vida á cada paso en mil peligros por nuestros amos, no esperando de ellos otro galardón sino al primero descuido un: «Hermano, otro poco á otro cabo, que no os he menester en mi casa.» Mas gran necio sería yo si por las palabras de la madre dejase los —mientras dura el granillo— que me son tan compañeros y liberales. Quien no soba, buen pan no coma; quiero cogerme ahora estos diez ducaditos—vengan de do vinieren—, que con ellos y el vestido me pondré como un Palmerín de Oliva. A fe de pobre mozo, que se podrá dar á este—si se nos logra—el precio de los tiros. Andaos á ser celoso, y enviaros han adonde ni el Papa ni el

Emperador no tienen Embajador; quiero decir —con perdón de quien me oye—á la maldita y descomulgada región de Cornovalla. Yo prometo, si me caso, que tengo de llevar á beber mis patos cuando llueva, que la violencia de no dejar hacer su curso á la Natura trae semejantes accidentes. Mas ¿qué no acomete una persona cuando siente que no se fían de ella? Cuanto á mí, yo confieso que todo lo echaría á doce, y por ventura que han pasado las agraviadas de trece, porque los gallipavos no se habrán dormido—yo los fio—con las purgas. (*Júntanse en casa de Ramiro.*) Esta cerradura, señora mía, es de golpe y se abre por de dentro, tirando así el pestillo; pruebe Vm.; esté diestra para que no se embarace al salir, y esto ha de ser en oyendo toser. Súbase presto á su aposento: baje al punto el señor Damasio y métase en el arca, que con el mesmo ardid le sacarán y será llevado á casa de Ramiro.

## MACÍAS

Mucho me cuadra, mas temo no se desmaye de congoja.

## CORNELIO

No tenga miedo, que los ratones de esta casa son enamorados y como tales nos han ayudado con agujeros que han hecho, para que pueda respirar, y ya yo lo he probado más de cuatro veces; cuanto más que ha de durar poco. Ahora sálgase vuestra merced, déjeme cerrar la puerta; esté á la mira; yo llevaré las llaves á Policena y me encerraré con ella en yendo el padre con el arca; que vale ahora tanto como la de Noé, cuando buscando nuevo mundo andaba rellena de todas las reliquias de la tierra.

MACÍAS

La de Marsella te guíe.

*(Vanse.)*

## ESCENA III

Sale CERVINO, luego RAMIRO é INOCENCIO

CERVINO

La casa de César no solamente ha de estar sin mácula, mas sin sospecha della. Digan mi suegro y cuantos me tienen por extremado celoso lo que quisieren: que lo he sido, lo soy y lo seré; dando siempre gracias á quien me da conocimiento para serlo; en que me tengo por Rey de los hombres, pues sé tener á mis mujeres de manera que no me puedan hacer de los juegos de pasa pasa, que suelen las que tienen algunos Juanes por maridos. Aténgome al cantarico portugués que dice:

*O homen que a molter naon guarda  
Merece de trazer albarda.*

Presto se engaña quien mal no piensa: tú que tienes que hacer en tu casa, no te alejes de ella. Dicen que andan en un predicamento el celoso y el cornudo: porque *actu vel potentia*, el que no lo es lo puede ser. Y si esto es así—como lo es—, no sé yo qué razón hay para que un hombre que tiene mujer moza y hermosa, como yo, no guarde su cabeza de tan extraña metamorfosis. Es verdad que os toca una enfermedad comunicable: sino para haceros vergonzosa conseja del vulgo. Mejor están los cuernos en el pecho que en la

frente. *Fors etiam nostris, invidit quæstibus aures.* Porque ¿á qué amigo osaréis quejaros que, si no se ríe de vos, no se aproveche de la ocasión, instruído y encaminado, para tomar su parte de la visceración? Esta mañana, en la plaza, me dijo uno en secreto que cierta doncella principal se salió anoche de casa de su padre, y que se está á placer con su enamorado. ¿Qué atrevimiento del demonio? A no haber contado mis ovejas, descuidaos y veréis lo que pasa. Perro viejo no ladra en vano.

(*Ramiro llama á su puerta con el arca.*)

RAMIRO

Ta, ta, ta. Habráse la rapaza subido á los desvanes. Tata, tata, tata. Por mi fe, que la tengo de dar en abriendo dos repelones. Tatata, tatata, tatata.

CERVINO

Ramiro, ¿queréis sin para qué dar con la puerta en tierra? Si hubiese alguno en casa, ya os habría oído aunque estuviese sordo.

RAMIRO

A mi hija dejé aquí poco ha; no sé cómo no responde. Habrá salido fuera, la loca, á buscarme. Suplico á Vm. mande que estos hombres descarguen en su casa mientras vuelvo, que la quiero ir á buscar.

CERVINO

(Lo que más he yo menester.) Norabuena. Amigos, aliviaos, que no sabéis cuánto ha de durar la fiesta.

RAMIRO

¡Os á beber y volvé luego á mi puerta, que yo os pagaré vuestro trabajo. Mande Vm. que se mire por esa arca, que tengo dentro un gran tesoro.

CERVINO

Yo voy fuera. Bachiller, dad buena cuenta de ella.

INOCENCIO

Ya lo guardaré como el día del domingo.

CERVINO

No me viene poco á propósito la vecindad de Ramiro, porque con una mira apuntará á dos cosas. Quiero encomendarle que tenga cuenta con quien entrare y saliere en la mía, y estoy cierto de que me será fiel espía. Mas como dice el judío: De quien me fío me guarde el Dío; de quien no me fío, me guardaré yo.

(*Vase.*)

## ESCENA IV

Salen MACÍAS y LENA, luego INOCENCIO

MACÍAS

Lo peor de desollar, Lena, es la cola; todo cuanto os he visto no vale nada, si no hacéis de manera que Inocencio salga á la calle; que con esto la cosa sucederá como deseamos. Mirá que en teniéndola fuera de casa, habéis de toser; que es la seña que tiene para salir al punto.

## LENA

Hasta aquí la mar está sosegada, pues no se oye rumor de marineros. No se muestre Vm.; apártese y déjeme hacer mi oficio. *Santo Viceto, in secula, amen.* Señor licenciado, ¿cómo está vuestra merced? que me parecen años los días que no tengo ventura de verle.

## INOCENCIO

No creo yo menos, Lena, de vuestra bondad; estoy bueno para lo que os cumpliere, gracias sean dadas al Señor. Huélgome de haberos encontrado; porque os sé decir que ayer tarde, volviendo á casa, me dijo mi señora que había concertado el negocio de su prima, y que se había puesto en manos de quien lo hará muy á su gusto, de que venía alegrísima; y después acá no he sabido otra cosa, porque no la he visto, á causa de haber reñido con nuestro amo anoche sobre cena.

## LENA

¿Qué me cuenta? Llégueseme acá por amor de mí, no nos oya algún espíritu malino de allá dentro.

## INOCENCIO

Aún no había yo mirado en tanto; tenéis más que razón.

## LENA

Dígame, por amor de mí, ¿qué fué la causa? Hem, hem, hem.

## INOCENCIO

Vinieron á tratar del bienaventurado San Juan, y diciendo ella que San Juan Evangelista

es digno de gran veneración, respondió él: «Es así; mas el de hoy no es él, sino Baptista.» A que replicó mi señora que sabía bien ser el Evangelista; y aunque yo la hacía señas que se engañaba, con todo esto porfió tanto, diciendo que no ignoraba el Calendario, que él—ya amostazado de haber vuelto casi de noche á casa—se levantó enojado, profiriendo: «Bien dijo el sabio rey don Alonso, que para ser uno buen matrimonio había de ser el marido sordo y la mujer ciega. *Beatus vir qui habitat cum muliere sensata*»; y entendiéndola que la llamaba insensata, comenzó más alterada á injuriarle. Y él entonces, vuelto á mí, dijo: «¿No os parece, bachiller, ocasión esta para renegar de mujeres?» Y dióla un bofetoncillo que no matara una mosca. Con que ella se entró gritando en la cámara de la señora Casandra y se encerró con ella, donde aún se están juntas, sin haber querido salir un paso. Mas yo sospecho que andaba—como los médicos—buscando el mal, y así cuando yo estuviera en lugar de su marido, quizá que hiciera más con ella.

## LENA

Hem, hem, hem. Por eso dicen que es más fuerte el vinagre de vino dulce; pues Vm., que parece un silo de paciencia, la hubiera meneado los huesos, á fe que lo debía de merecer. Hem, hem, hem. Vuestra merced la ponga en razón, que no la estará bien si su marido la comienza á perder el respecto: yo sé bien la tempestad que se levanta cuando el enemigo de nuestra frágil natura se mete entre marido y mujer. Hem, hem, hem. Mas espero que esta riña de San Juan será la paz de todo el año, porque pasada la furia, la

señora se aplacará, procediendo adelante cómo quien es, que al fin se ha de servir al marido como á señor, y guardarse dél como de un traidor. Hem, hem, hem. Estoy muy resfriada.

INOCENCIO

Bien se os parece.

LENA

¿No me sabría dar algún remedio?

INOCENCIO

Y tal como bueno. Tomaréis esta noche una escudilla la más caliente que pudiéredes y muy arropada; dormí sobre ello, que amaneceréis como una manzana.

LENA

Pues ¿qué tengo que tomar caliente?

INOCENCIO

¿Ya no os lo he dicho?

LENA

No, por cierto.

INOCENCIO

No os espantéis, porque voy enucleando algunas arduas cuestiones que *nuperrime* se me han movido en la especulativa, las cuales me traen desvelado y como fuera de mí.

LENA

Mucho me pesa de su desasosiego. ¿Y con quién han sido las quistiones?

INOCENCIO

No es eso, hermana. Cuestión viene de *quero*, que es buscar, disputas, dudar, *et similia*.

LENA

Quistión de cuero se apacigua con sueño. Otra gracia querría que me hiciese.

INOCENCIO

Ya sabéis lo que tenéis en mí. *Omnia pro-rsus officia debeo*.

LENA

Deseo mucho saber en qué mes cae la Epifanía este año.

INOCENCIO

Ya es pasada, mas viene en Enero.

LENA

¡Oh, pecadora de mí! quise decir la Ascensión.

INOCENCIO

Mucho va de uno á otro: es menester verlo en el Calendario ó *Tabella temporaria Festorum mobilium*, y no oso estar más aquí; la primera vez que nos veamos os lo sabré decir.

LENA

A lo menos dígame cuando hace la Luna.

INOCENCIO

Cierto que sois curiosa, esperá. Aureo número seis; Epacta 26, miércoles á las siete de la tarde;

y esta noche pasada ha habido eclipse, que comenzó á las diez y duró hasta las cuatro de la mañana.

LENA

Grandes dolores de cabeza habrá causado. ¿No me haría merced de darme alguna oración de su mano contra los duendes que en la casa adonde vivo andan?

INOCENCIO

Acabá por amor de mí, no os detengáis más, que aun no estando mi amo en casa le temo.

LENA

El Señor le acompañe. (*Vase.*)

INOCENCIO

Y vaya con vos. ¿Hay sinceridad como la de esta buena mujer en el mundo? (*Vase.*)

## ESCENA V

Salen RAMIRO y POLICENA; luego CERVINO, INOCENCIO  
BECERRICA y DAMASIO

RAMIRO

¿Adónde has estado hasta ahora, chorlita? No me vería ya sin ti.

POLICENA

Antes de digan, digas; y el padre dónde anda que no ha tenido lástima de dejarme sola en una casa donde anda una fantasma, que de espanto me ha tenido tendida, desmayada más de una

hora, y como volví en mí, le fuí luego á buscar á la otra casa; y no osara tornar á ésta si no me hubiera encontrado Cornelio, el criado de aquellos caballeros, que me ha enseñado una oración, la cual se ha de decir en los temores, por el alma del postrero ahorcado.

RAMIRO

¿Y cómo era la fantasma?

POLICENA

E...e...era una cosa la...la...larga, que me pareció abrazarme, y me cubrió el co...co...corazón, tanto que me caí de mi estado como muerta.

RAMIRO

Ta...ta...tartamuda te ha dejado el espanto; fué, necia, de tu sombra; baja, baja acá, abre la puerta, que voy á pasar el arca de casa del señor Cervino, donde la puse hasta que parecieses ó muerta ó viva. Servidor, señor doctor.

INOCENCIO

En buen hora sea mentado.

RAMIRO

Vengo por mi arca.

INOCENCIO

Señor. .

CERVINO

¿Qué hay?

INOCENCIO

Viene Ramiro por su arca.

CERVINO

¿Pareció ya vuestra hija?

RAMIRO

Sí, señor, tuvo no sé qué miedo de verse sola,  
y fué á buscarme á la otra casa.

BECERRICA

¡Oh, qué espada dorada tan linda que está en  
esta arca!

CERVINO

¿Qué espada? ¿Qué sabes tú?

BECERRICA

Tiénela un señor que está dentro.

CERVINO

¿Señor que está dentro? ¿Qué dices?

BECERRICA

Sí, señor, yo le he visto.

CERVINO

¿Qué es esto, Ramiro?

RAMIRO

¡Mira Vm. á las palabras de los mentirosos  
niños?

CERVINO

Pues ellos suelen decir las verdades, y mu-  
chas se descubren con la mentira. A buena cuen-  
ta yo quiero ver lo que hay.

BECERRICA

Sí, señor, dentro está.

RAMIRO

Son mis estuches dorados y recado de la tienda; ¿estás borracho, merdoso?

CERVINO

Digo que abráis, si no queréis que nos oyan los vecinos.

RAMIRO

Que me place. (*Abre el arca.*)

CERVINO

Así, mal hombre, traidor, infame, cornudo.

RAMIRO

¿Qué insolencia es esta? ¿De esta manera se tratan los hombres honrados en esta casa, tras haberme robado mi hacienda? Justicia hay en la corte.  
(*Sale Damasio del arca.*)

CERVINO

¿Y á vos qué os parece? ¿Es buena gentileza meteros de esta manera en casa ajena?

DAMASIO

Hablá con quien me metió. Mas ¿qué tenéis vos que ver en que yo me haga llevar como me diere gusto por toda la ciudad?

CERVINO

Lleven os á casa del diablo, pero no á la mía.

DAMASIO

¿Hay más, si os pesa tanto, que pagaros el alquiler del tiempo que ha estado el arca en vuestro portal?

*(Sale empuñando y váse.)*

RAMIRO

Señor Cervino, haga Vm. que parezca mi hacienda, pues me ha faltado en su casa; dejémos de cuentos: no seamos tras cornudos apaleados.

CERVINO

Ambos me lo pagaréis con las setenas, á pena de ruin hombre. Al fin, la mujer y el vino engañan al más fino.

ESCENA VI

CERVINO

¡Inocencio!

INOCENCIO

Señor.

CERVINO

¿No os he yo dejado en guarda de mi casa?

INOCENCIO

Sí, señor.

CERVINO

¿Habéis estado siempre aquí?

INOCENCIO

Sin apartarme un minuto.

CERVINO

Pues ¿cómo se ha hecho esta maldad?

INOCENCIO

¿Qué maldad puede cometer un hombre cerrado en un arca? Tuviésemos así todos los malos y podríamos dormir á sueño suelto, sin temor de ladrones. Cuanto más que son cosas de mozos y habrán querido hacer alguna burla al barbero y á su hija. ¿Nunca Vm. siendo estudiante hizo el ánima pecadora? ¡Cómo de esas le podría yo contar!

CERVINO

Mirá á quién he yo encomendado mi honra.

INOCENCIO

No está mal guardada cuando el que la podría quitar viene debajo de llave.

CERVINO

Quitáosme de delante, insensato, no me hagáis...

INOCENCIO

Mire Vm. que se debe tener respecto á un hombre graduado como yo, porque de este palo nascen los Oidores y Presidentes que mandan el mundo. Sí, que yo no soy zahorí, para ver lo que está en las arcas cerradas: ¿por qué no lo adevinó Vm. cuando la hizo descargar en casa? *Auctor horum malorum præter te nemo fuit.*

CERVINO

¡Oh, Ramiro traidor! Ven acá, Becerrica: ¿bajó abajo Marcia?

BECERRICA

No, señor.

CERVINO

¡Hombre en arca en mi casa! Inocencio, id luego á llamar á mi suegro—que nunca él lo fuera—; decidle que se llegue luego aquí, que me importa mucho. Dime, mochacho, ¿cómo viste aquel hombre?

BECERRICA

Desde la ventana de la despensa.

CERVINO

Dilo todo, no tengas miedo.

BECERRICA

Abriéndose aquella arca, salió de ella la señora Casandra.

CERVINO

¿Y quién abrió á Casandra?

BECERRICA

No sé, señor; ella creo que venía abierta.

CERVINO

¿Y qué hacía entonces el bachiller?

BECERRICA

Estábase á la puerta de la calle hablando con un fraile.

CERVINO

¿Y después qué hizo Casandra?

BECERRICA

Subióse arriba.

CERVINO

¿Y subida ella?

BECERRICA

Bajó aquel señor con no sé qué ropa en el brazo, la espada dorada en la mano, y metióse en el arca.

CERVINO

Esta ha sido una de las mayores maldades que se han visto en el mundo. Sus, manos á la sangre. Quiero matar primero al traidor enarcado, y después daré tras estas malvadas, que no se me irán sin castigo. ¡Estos eran los casamientos del señor Aries! Becerrica, si viniese mi suegro, dile que me espere, que luego vuelvo.

*( Vanse. )*

## ESCENA VII

Salen DAMASIO, MACÍAS y CORNELIO, luego ARIES

DAMASIO

En un punto están dicha y desdicha, y las desgracias siempre aparejadas. No hay contento en esta vida que no traiga consigo el desgusto, ni alegría sin mezcla de llanto. Es tan cierto esto como seguir la sombra al que al sol camina. Al fin lo que menos se teme es más de temer. Mas ya que nuestra mala suerte ha querido que aquel rapaz haya descubierto el más gracioso caso que de amores ha sucedido, habemos, hermano, de procurar que aquellas señoras no padezcan, por-

que su pena nos sería de perpetua infamia. Es menester prevenirnos y comenzar á reparar el daño, porque las desdichas son como los peces, que por maravilla vienen solos en la redada.

MACÍAS

Cortá de mí por donde quisiéredes: tengo por mejor obrar antes con peligro que padecer después con vergüenza. El daño que hace la mala suerte se ha de remediar con valerosa mano. Haz tu deber y venga lo que viniere. Vamos luego á sacarlas de su casa.

DAMASIO

Gentil emendar de avieso: bien dicen que naturalmente la juventud—como poco experta—no mide ni considera los peligros, y así no me maravillo de que vuestra resolución sea más gallarda que prudente.

CORNELIO

Si hubieran considerado lo que pudiera suceder, á buen seguro que aún se estuvieran en los jardines de Tántalo.

DAMASIO

¿Qué dices, Cornelio?

CORNELIO

Digo, señor, que corriendo inconsideradamente en negocio tan arduo, sería vestir antes el jubón que la camisa.

DAMASIO

Es como dices: *Velocitatem sedendo tempera.*

## MACÍAS

Eso se entiende cuando el tiempo da lugar, y porque falta, diré antes yo: *Tarditatem surgendo tempera*; que no se ha de perder momento en consultas cuando la necesidad constriñe á menear las manos.

## DAMASIO

Estemos á la mira para socorrerlas, si fuere menester, y así cumpliremos con ambas cosas. ¿Qué te parece, Cornelio?

## CORNELIO

Que Vm. habla como un Séneca y el señor Macías como caballero de la Tabla Redonda, cuyo parecer se ha de ejecutar cuando no haya otro remedio. Mas yo espero ponerle, por vía del señor Aries; y por ventura la Fortuna no nos será tan enemiga, ni pasará la cosa tan mal como tememos. Mas entretanto, un ojo en la sartén y otro en el gato; ténganme buen ánimo, que en el templo de Júpiter dicen había dos cubas de vino, una de bueno y otra de malo. No nasce rosa sin espina: ya es hecho; busquemos unguento que poner en la llaga, antes que venga á encance-rarse. Yo quiero que Vms. vean ahora quién es Cornelio Cervantes de Pisuerga; que un hombre á las veces vale por ciento, y que muchas, ciento no valen por uno.

## DAMASIO

Pues ¿qué medio tienes tú con Aries?

## CORNELIO

Por lo menos el de la señora Lujuria, que á la vejez le hace jugar de lomo.

DAMASIO

¿Es posible?

CORNELIO

Eslo tanto, que me ha prometido unas Indias por que le sirva de tercero.

DAMASIO

Sepamos con quién.

CORNELIO

No, que se enojarán Vms. si se lo digo.

MACÍAS

No podrás tú decir ni hacer cosa de que nos pese: dilo libremente.

CORNELIO

Con mi señora—cuando menos—, por quien bebe los aires dende el día que le habló sobre el casamiento.

DAMASIO

¡Ha, ha, ha! ¿Y tú, qué le has dicho?

CORNELIO

No le quise dejar sin esperanza, adivinando que los pasos en que andamos nos llevarían á haberle menester, que por eso también tengo ya hecho con Vigamón, su criado, un cambalache de dueños, con que se tiene más por Vms. que de su amo. Allí viene, debe de ir á reñir nuestra pendencia; déjemne con él.

MACÍAS

No hay negocio tan perdido que poniéndole en manos de un prudente no se pueda esperar algún remedio. (*Vase.*)

CORNELIO

Beso las manos á Vm. ¿Qué alteración es esa?

ARIES

Es por ir de priesa á casa de mi yerno.

CORNELIO

Tengo que decir á Vm. sobre el negocio que me encomendó.

ARIES

Vení á hablarme á la tarde.

CORNELIO

No será posible, porque tengo mucho que hacer á causa de que mañana, en amaneciendo, me parto para Cerveros, adonde voy en romería.

ARIES

Esperá un poco. Bachiller, váyase delante, diga á mi yerno que luego seré con él. Pues, amigo, ¿qué tenemos?

CORNELIO

Tratéla—señor—del negocio en bonísima coyuntura, con tan grata audiencia, que quisiera—á lo que sospecho—que durara mi plática hasta ahora.

ARIES

¿Al fin?

CORNELIO

¿Podré creer—me dijo, poniéndose de mil colores—que hay en el mundo quién se acuerde de mí? Y, aunque no me dió el sí, ni me dijo de no, eché de ver que tiene perdida la mala voluntad á vuestra merced; pero como mujer prudente no quiere descubrir su corazón tan presto.

ARIES

Mucho contento recibo de oír eso; volvé, os ruego, á darla otro tiento.

CORNELIO

No será posible, porque está muy enojada ahora contra su hijo el mayor.

ARIES

¿La causa?

CORNELIO

A Vm. todo se le puede decir. Estando el señor Damasio enamorado de la hija de Ramiro el barbero, por orden de la moza—para lo que Vm. se puede pensar—se metió en una arca que de la casa donde han vivido se había de mudar ayer á otra que ha tomado, y por ser tarde la dejó hasta esta mañana, y llevándola halló la puerta cerrada por haber salido la hija no sé á qué, y mientras volvía, la descargaron los ganapanes en casa de aquel caballero yerno de Vm.—con su buena licencia—, por no dejarla en la calle, y queriendo después sacarla, no sé cómo se vino á echar de ver lo que había dentro. De que mi señora está

muy congojada, temiendo no hayan sospechado que haya sido por hacer algún mal en aquella casa; mas la pura verdad es esta.

ARIES

¿Es cierto lo que me habéis dicho?

CORNELIO

Ciertísimo; así yo tenga buen viaje ó nunca de él vuelva.

ARIES

¿Luego de la hija de Ramiro andaba enamorado el Damasio? Y aún por eso me dijo Vigamón un día que era toda vuestra.

CORNELIO

En el cúa se engañó. Es como lo he dicho; yo sé bien lo que hay entre ellos.

ARIES

Al fin la inocencia es seguro escudo; y creer muy presto, ligereza. Vos me habéis dado dos nuevas, una mejor que otra, con que me he alegrado mucho. Tomá este doblón para guantes.

CORNELIO

No, suplico á Vm.

ARIES

¿Qué cosa es no? Tomá, os digo.

CORNELIO

Vuestra merced me quiere echar una argolla

al cuello, y yo me doy por su perpetuo esclavo; beso las manos á Vm. Yo le aseguro de que si aprieta, vendrá presto el fin de su intento.

ARIES

¿Y vos no ayudaréis á ello?

CORNELIO

Estos—señor—son dos mozos muy libres—como todos los hijos de viudas—y quiérenme mal de muerte, porque les digo lo que les conviene; y así no quiero estar con ellos por ninguna cosa, aunque mi señora no me quiere dar licencia.

ARIES

¿Pues cómo, eso tengo en vos? Tampoco yo quiero que os salgáis de su casa, y me obligo á daros más al doble en ella de lo que ganáis; ¿queréis otra cosa?

CORNELIO

No he servido tanta merced como recibo de vuestra merced. Mas no es posible dejar de partirme, por la obligación de cumplir el voto que hice ya ha muchos días; y como soy mortal, no es justo perder la buena ocasión que se me ofrece ahora de un caballero, que me quiere bien y va á lo mesmo, que me hará la costa ida y vuelta por que le acompañe.

ARIES

Digo que no os habéis de ir en ninguna manera; sufrí con discreción, pues la tenéis, sus mocedades; que cualquiera palabra mala que os

dijeren la pondré á mi cuenta, y la romería se hará otro año, y podría ser conmigo, porque también pienso ir, si me caso, á Cerveros.

CORNELIO

Si Vm. me mandase ir á Roma descalzo, lo haré mejor que por el rey.

ARIES

Yo os lo agradezco. Con esto quiero ir á sacar á mi yerno de la opinión que debe tener.

CORNELIO

Es tanto el odio que tengo contra el Damasio, que me holgaría—en alguna manera—de que aquel caballero creyese que se había hecho llevar así por amor de su hija, para que le hiciese matar.

ARIES

No suceda tal, que iría la honra de la mía de por medio.

CORNELIO

Encargo á Vm.—por quien es—la de Police-na, que es una doncella honesta y muy recogida.

ARIES

No os dé pena, que basta ser mujer para escusar lo que la pueda hacer daño, y mirá que no me olvidéis.

CORNELIO

Yo lo deseo como Vm.



## ACTO QUINTO

---

### ESCENA I

Sale VIOLANTE, luego CORNELIO y RAMIRO

#### VIOLANTE

Salí acá, Lobata, dadme un manto y veníos conmigo, desdichada de mí. No sé qué he oído á unos que á mi puerta estaban tratando de una pendencia que han tenido mis hijos. Bien me dijistes vos que habían salido de casa de mala manera. Estos son los embustes de aquel embahidor de Cornelio, que de los más modestos y obedientes me los ha hecho los más libres viciosos de esta ciudad. Estoy resuelta ó acabar de echarle de mi casa, ó dejarlos con él y meterme en un monasterio. No sé adónde pueden estar, cuitada de mí. (*Entran Ramiro y Cornelio alborotados.*) ¿Qué ruido es este? Desuellacaras, traidor, enemigo, ¿qué has hecho de mis hijos?

#### CORNELIO

Ellos quedan sanos y en salvo, y yo por defenderlos traigo mi pago.



RAMIRO

Es como dice Cornelio, y lo que él tiene no será nada.

VIOLANTE

Decime—amarga de mí—¿adónde los dejastes?

RAMIRO

En la plazuela de San Llorente.

VIOLANTE

Veníos conmigo, Ramiro; dejá á ese mal hombre.

CORNELIO

¿No lo digo yo?

(*Vanse.*)

## ESCENA II

Salen ARIES y MORUECO, luego CORNELIO

ARIES

En efeto, este mi yerno es un mal hombre; bien dicen las obras con el bestial nombre que tiene.

MORUECO

Ya Vm. lo ve.

ARIES

Vámonos, por amor de mí, á saber cómo está el herido; que por ser criado de aquella casa lo siento mucho más. Allí nos sale al encuentro, de que no me huelgo poco. (*Sale Cornelio.*) ¿Cómo

estáis, amigo? ¿Qué ha sido esto? Creed que me ha dado tanta pena vuestra desgracia, cuanto contento recibo ahora de veros en pie.

CORNELIO

No esperaba yo menos de Vm. Ibanse, señor, mis amos á pasear al Espolón, y sin por qué, Cervino, acompañado de diez ó doce escapados de las horcas, nos asaltó en aquel paso estrecho que va de la Boheriza al río, entre las casas del duque de Béjar y la Rondilla. Viendo esto, hecimos los tres una hilera, y cargando los más sobre el señor Damasio, trayéndole acosado, y viéndole yo en mal término, arrebaté del carro de un serrano un tozuelo—que me deparó mi ventura—y dime con él tan buena maña, que los hice retirar más que de paso, tanto, que habiéndome cebado en ellos, me hallé á Cervino al lado, el cual á traición me dió un revés de que me ha mancado esta mano. Sobrevino luego el teniente y prendióle; los demás ladrones, de alguaciles y porquerones seguidos, se encomendaron á sus pies; no sé lo que después ha sucedido.

ARIES

¿Qué le parece á Vm., señor Morueco, de la temeridad de este atronado? Que se haya ido sin más verificación á poner mano á las armas, deshonrándose con tanto escándalo del pueblo.

MORUECO

Mucho ha que le tengo yo pronosticado este desatino.

ARIES

Anda, hijo, gobernaos bien, y avísame lo que

fuere menester, que yo tendré cuidado de saber de vos.

CORNELIO

Beso las manos de Vm. (*Vase.*)

ARIES

Quiero en todo caso proveer á lo que á mi hija conviene, que la sangre y su mucha virtud—en que imita bien á su madre—me obligan á mirar por ella y á sacarla de tan angustiada vida como este loco le hace pasar. Y descubriré ahora á vuestra merced un secreto, de donde conocerá la mucha virtud de Marcia. Hame jurado que se está tan virgen como el día en que nació, porque Cervino no es hombre, escusándose con que una amiga que ha tenido de viudo le ha ligado.

MORUECO

Yo lo creo por mi fe; téngalo Vm. por ciertísimo, porque ha muchos días que le veo andar tras Sánchez, el boticario de la rinconada, y nunca me ha querido decir lo que con él tiene, aunque se lo he preguntado.

ARIES

Pues para con Vm. yo quiero escribir luego á monsiñor Cornaro, que es todo mío, que me avise si la podré casar con otro, atento la impotencia de este malaventurado.

MORUECO

Haga Vm. que conste, que yo se la daré libre en quince días; sin enviar tan lejos.

## ARIES

Tanto que mejor.

## MORUECO

Pues Vm. pretende anular el matrimonio, será bueno que yo también le apriete para que case á mi sobrina, pues se ofrece tan buena ocasión, y que entretanto la meta en un monasterio ó casa donde esté tratada como quien ella es: que no querría verla caer por desesperación en algún inconveniente de los que cada día acontecen. Tengo por gran desatino é imprudencia no dar cuanto antes dueño á las doncellas que quedan sin madre que mire por ellas; cuanto más con las partes de mi sobrina, y la que tiene de nuestro abuelo en el monte de Torozos.

## ARIES

Si le parece á Vm. vamos juntos á hablar al licenciado Cervera, mi letrado, sobre ambas cosas, y según su consejo nos gobernaremos.

## MORUECO

Por mejor tengo al doctor Vaca, que trata ante el Provisor de muchos casos matrimoniales.

## ARIES

Vamos á ambos, que no dañarán dos consultas y pareceres; no perdamos tiempo.

(*Vanse.*)

## ESCENA III

Salen DAMASIO, VIOLANTE y RAMIRO; luego MACÍAS

DAMASIO

¿No es, señora, gran indignidad venir una persona como Vm. á semejante cosa?

VIOLANTE

¿No es mucho peor que vosotros me deis ocasión para ello?

*(Vase Damasio.)*

RAMIRO

Señora, esté Vm. muy contenta, pues la ha dado Dios dos hijos como leones; porque lo han hecho tan valerosamente, que han ganado hoy mil voluntades.

VIOLANTE

Querría yo—triste de mí—que ese valor se mostrase siendo más virtuosos que otros, y que se echase de ver en el buen gobierno de sus personas y de tanta hacienda como su padre les dejó y yo les he conservado y aumentado. Madre desconsolada, viuda de veinte años, que he consumido la flor de mi juventud criándolos con perpetuo cuidado, sin haberme—por su causa—quererme volver á casar, con salirme muchos buenos partidos, y últimamente el de un caballero que está á pique de heredar el Estado de Monteagudo.

RAMIRO

No lo ha querido Dios, porque Vm. criase con más afición á estos caballeros y á mi señora Valentina; él se los guarde, que si prosiguen como han comenzado, por todo el mundo se hablará dellos.

VIOLANTE

Pobre de mí; si estas pependencias suceden una vez bien, á la segunda ó tercera salen mal de ellas.

RAMIRO

Esta no ha sido por su culpa; yo me hallé casi presente, pues vi ir á aquel desatinado con una manada de rufianes—que robarían la peste á San Roque—, y metiendo todos mano contra ellos, ¿qué habían de hacer?

VIOLANTE

El enojo que yo tengo es con aquel malino de Cornelio.

RAMIRO

¿Contra Cornelio, señora? Ahora digo que el hacer bien no aprovecha todas veces; por vida de mi Policena que merece ser bien querido de todo el mundo, cuanto más de Vm., porque lo ha hecho como leal y valiente criado. Arriesgar la vida el mozo por el amo ya ha mucho que no se usa en Valladolid.

*(Vuelve á salir Damasio.)*

DAMASIO

¿Sabe Vm. cómo ha de ser aquí adelante?

## VIOLANTE

Peor que peor si no hay enmienda.

## DAMASIO

Digo que, si nos quiere bien á mi hermano y á mí, ha de hacer cuenta de que tiene tres hijos, poniendo en este número á Cornelio, á quien tenemos más obligación que á ninguno de nuestro linaje. Porque al tiempo de las necesidades los parientes son poco fieles, los amigos se desaparecen, y éste entonces se muestra más desentrañadamente, en cuanto nos toca.

## RAMIRO

Cierto que lo merece.

## VIOLANTE

Tenedle vosotros en el lugar que quisiéredes, que yo os dejaré en su tutela, apartándome—yo sé bien de qué manera—de ver y oír tantas desvergüenzas. (*Vase.*)

## RAMIRO

Enojada se ha entrado mi señora; Vm. es mal sufrido y ella impaciente, porque como tan buena madre, le duelen estas cosas que oye.

## DAMASIO

El sufrimiento y la obediencia es muy justa y debida cosa, mas no hemos de dormir—como dicen—hasta los treinta años con nuestra madre; ni ella ha de tirar tanto la cuerda, que se rompa; porque ya no somos niños y según las edades han de ser los castigos.

## RAMIRO

Es así, señor, que los niños, porque no entienden ni temen otra cosa, se castigan con el azote; mas los hombres con las reprehensiones, las cuales se deben oír de los padres con humildad y respecto, teniéndolas siempre en la memoria, para guardarse de allí adelante de darles ocasiones de pena: porque todas sus asperezas van enderezadas al bien de sus hijos, y al fin, la cura del riguroso cirujano es más segura que la del blando y piadoso médico.

## DAMASIO

Habláis como un Cantón (1); cierto que no he oído sacamuelas que tan apuntadamente diga lo que alcanza: ¡quién pensara que de la boca de Ramiro podían salir razones tan acicaladas, que bastan á convertir los más descaminados y perdidos! Salí acá, Macías, oiréis maravillas.

Sale MACÍAS

## MACÍAS

¿Qué hay? ¿Estamos seguros?

## DAMASIO

Hame predicado Ramiro la obediencia y humildad, despabilándose tanto el senescacho, que con gran admiración he dicho: Bendito seas tú, Señor, que así como Balaam oyó la voz del que le llevaba, me has hecho sentir la del mentecato Ramiro.

---

(1) Por Catón.—*N. de los E.*

MACÍAS

¿Y vos qué decís á esto? ¿No habrá para mí algo?

RAMIRO

Vuestras mercedes andan de torneo; no me espanto de verlos aturridos: dejémonos de donaires; acuérdense de que quien debe de resto no está libre, que es lo que hace al caso; hagamos de manera que se cobre mi ropa, que no sé imaginar cómo me la sacaron del arca.

MACÍAS

Como quiera que haya sido, aquí os la pagaremos si se perdiese; ¿queréis más?

DAMASIO

Yo os lo aseguro; vengamos á lo que os importa más. Ya sabéis la amistad antigua que tenéis en nuestra casa, la cual habéis conservado con vuestra buena servitud; y conociendo el amor que nos tenéis, deseamos que saquéis el fruto del que os tenemos, y así buscamos ocasión en que poderos aprovechar. Conocéis también las buenas partes de nuestro Cornelio, á quien tenemos en el lugar que habéis oído; y de esta manera creo que abrazaréis la voluntad con que os daré parte de lo que mi hermano y yo habemos tratado: y es cuán bien nos vendrá que le casemos con Policena vuestra hija, y para esto nosotros los ayudaremos, de manera que no les falte nada.

RAMIRO

Entendiendo así lo que Vm. me ha dicho y

propuesto, no haría lo que debo si llanamente no sometiese mi voluntad á su disposición; y así los dejo el cuidado y doy á Vms. mis veces para poder libremente hacer della lo que fueren servidos. Pero con una condición.

DAMASIO

¿Y es?

RAMIRO

Que mi señora Violante piense también en casarme; que por sí puede juzgar la melancólica vida de los viudos: esto se entiende cuando vuestras mercedes la hayan aplacado.

MACÍAS

Ya yo la he desenojado y está muy contenta.

DAMASIO

Todo lo que pedís está ya pensado, y así os daremos una mujer que os vendrá de perlas.

RAMIRO

Vea yo á Vms. señores de dos grandes ciudades.

MACÍAS

¿Qué tan grandes, por vida mía?

RAMIRO

Por lo menos, como la de Suntiem de la China, que—si no miente el que lo escribe—ha menester un hombre para atravesarla de puerta á puerta, caminar con buen caballo todo un día sin pararse—esto sin los arrabales, que son otro

tanto—, y es de tanta gente, que en media hora pueden juntar doscientos mil combatientes, los cien mil á caballo.

DAMASIO

Esa sea la mía.

MACÍAS

¿Y la mía?

RAMIRO

La Cestiérnega, fundada al pie del alto monte de San Cristóbal, media legüecita de aquí—por que no se canse—, que no tiene alcalde, alguacil, porquerón, escribano, médico, boticario, cura ni sacristán—falta para vivir en paz y con salud mil años—, abundantísima de quijones y turmas de tierra, que son bonísimas para los abogados y mejores para los novios.

MACÍAS

Agraviado quedo; y con todo eso, cuando lo seáis, yo os haré el banquete y daré esa fruta.

RAMIRO

Como quiera que sea, no veo la hora. Al fin es verdad que mujer ni mal año nunca faltan. Mas de veras, ¿á quién me quieren dar Vms.?

DAMASIO

¿Qué nos daréis por que os lo digamos?

RAMIRO

Cuanto tengo, sino á mi hija.

MACÍAS

Esa ya se ha dado.

DAMASIO

Ahora yo os lo quiero decir; aparejé la colación.

RAMIRO

Sepamos antes si lo vale.

DAMASIO

Vale un Perú. A Lena Corcuera de Cienfuegos, la corredora.

RAMIRO

Mucha gente es esa para tan pobre despensa como la mía, y más si trae cola.

DAMASIO

No, que es rabona, y una Fénix que nunca ha parido, y fuera de ser honrada cuanto otra de su manera, es la misma diligencia para haceros de oro en poco tiempo.

RAMIRO

No sea como el ave de caza, de quien dijo aquél ser bastante para mantener una casa en hambre y laceria aunque tenga veinte personas. En conclusión, señores míos, no me descontenta el partido, por ser de la edad que yo he menester para no andar asombrado dentro y fuera de casa, metiendo en ella alguna tortolica de las que ahora se usan. Mas, ¿de hacienda cómo está?

MACÍAS

No sabe lo que se tiene.

DAMASIO

Eso me hace poner en duda el quererlo hacer; pero nosotros—que es toda nuestra—haremos que venga en ello por fuerza; cuanto más que no es Ramiro para desechar, y así podéis perder cuidado. Pero una cosa queremos de vos.

RAMIRO

¿Y es, señor?

DAMASIO

Que no alcéis la queja de aquel traidor de Cervino.

RAMIRO

Como Vms. me favorezcan, antes haré instancia para que le corten la cabeza.

VIOLANTE (*dentro*)

¿No acabáis de entrar en casa?

DAMASIO

Ya vamos, señora.

VIOLANTE (*de la ventana*)

Por amor de mí, que de hoy más tengáis mejor asiento y seso; no andéis en estas revueltas, que me quitáis la vida.

DAMASIO

Ramiro, entrá á refrescaros con nosotros.

RAMIRO

Vuestras mercedes me perdonen, que es tiem-

po de acudir á casa; que aunque tengo ya buen oficial, para mi hija es tarde.

DAMASIO

Regalalda mucho, que presto la echaremos de casa, haciendo nuestro deber con ella como buenos amigos.

RAMIRO

Con esa confianza voy; vívanme Vms. mil años.

MACÍAS

Dios os guarde.

*(Vanse Damasio y Macías.)*

#### ESCENA IV

Sale ARIES

ARIES

¿Ya habréis sabido la pendencia de Cervino con los hijos de mi señora Violante?

RAMIRO

Como quien se halló presente á cuanto ha pasado; y si Vm. supiese la causa que tuvo, lo tendría por gran desconcierto y locura. Para decir verdad, este yerno de Vm. es un terrible hombre.

ARIES

Siempre he temido, viéndole tan desatinado, que le había de suceder alguna desgracia.

## RAMIRO

Yo temo no vaya esta vez en ruina cuanto tiene, y aun dudo de la vida. Asaltar á dos caballeros tan emparentados con la casa de Cabra, donde está el rey, y tantos de los alcaldes, es otro que palabras. Pues búrlense con el licenciado Bicornis, que le prendió; á fe que apretándole los cordeles, le haga alargar los cerraderos de la bolsa, y aun de la boca. Veremos ahora cómo sale del insulto de la herida del criado, del hurto de mi hacienda, de haberme tocado en la honra, con tanto vituperio. Y de lo que más importa, que son las blasfemias, que se le prueban con cien testigos tan honrados como él.

## ARIES

Yo vengo ahora de verle, y hele hallado tan manso, que por que le ayude á salir de este trabajo me ha confesado todas sus menguas. Y así, habiéndome ya informado de que sin litigar podré dar á mi hija otro marido, lo pretendo hacer cuanto antes me sea posible.

## RAMIRO

¿Qué es lo que oyo? ¿Sueño, ó qué me tengo? ¿Casar con otro á la señora Marcia? ¿Puédense ya tener dos maridos juntos? ¿Qué les faltaría á las locas?

## ARIES

No va por ahí. Quiero que sepáis una cosa, de que os quedaréis abobado.

## RAMIRO

¿Qué es, por vida de Vm.?

ARIES

Que Cervino aún no ha podido pagar el débito á mi hija.

RAMIRO

¿Cómo es eso? ¡Pues á fe que es ella para hacerse pagar en otro que doblones! ¿Tiene acaso algún menoscabo en su persona, que le ha impedido?

ARIES

Dice que con un hechizo le han hecho impotente.

RAMIRO

Basta, ya estoy al cabo; crea Vm. que siempre estos extremados celosos tienen algunos defectos que los traen con aquellos espantos.

ARIES

No tengáis duda. ¿Habéis visto á Cornelio?

RAMIRO

Sí, señor.

ARIES

¿Tiene más mal de la herida?

RAMIRO

No tiene otra cosa, y aquélla es pequeña.

ARIES

¿Cómo le podría yo ver?

RAMIRO

¿Ha dado á Vm. alguna buena esperanza?

## ARIES

La esperanza en que me ha puesto es tan pequeña cuan grande es el deseo; y para que sepáis mi intención, os digo que si por el modo intentado no hay remedio, quiero tratar por otra vía de casarme con esta señora.

## RAMIRO

Ese sí, señor, que es el camino real y seguro.

## ARIES

Quiérole enviar á llamar; si le veis antes, decidle, os ruego, que me hallaré en las Arrepentidas.

## RAMIRO

Yo se lo diré, encontrando con él.

(*Vanse.*)

## ESCENA V

Sale LENA, luego MACÍAS

## LENA

No será bien—pues quien primero toma no se arrepiente—dejar enfriar el amor de mis escaramuzantes—porque no dura más en ellos que de Navidad á Sant Esteban—. Más pierde quien más vergüenza tiene. Bueno sería haberles enseñado el camino y perderme yo en el bosque. No quiero—porque no hay cosa que tan fácilmente se quiebre como la voluntad del hombre—aguardar más, á peligro de que les dé fastidio, el pedirles la

buena pro les haga, y que usen conmigo como el que mientras llueve se mete debajo del árbol, y pasada el agua le hace leña para su fuego. Querránseme ahora—si viene á mano—esconder en un trigo segado. A punto me llega el menor, de cuyas palabras se puede fiar tanto como de una sogá pudrida. Señor Macías el enamorado, dichoso, rico y gentil hombre.

MACÍAS

¿Qué hay por acá, Lena bella, discreta y agradada?

LENA

Parece que comenzamos á tirarnos las verdes. Vengan mis chapines y tocas.

MACÍAS

Rato ha que las vi pasar.

LENA

Pasador malo me atraviese si lo dejare pasar. ¿Y el señor Damasio, está también con modorra?

MACÍAS

Por eso vengo de tomar un poco de aire, que me he sentido esta noche algo pesado.

LENA

No hay sordez peor que no querer responder á propósito. Pues no me hagan entonar tan alto que nos oyen los mudos.

MACÍAS

No son los tiempos siempre de una manera:

sería mejor atender de hoy más á lo que conviene á nuestras almas y pensar lo que somos y á qué habemos de venir, dejándonos de vanidades que tan caro cuestan.

LENA

Este es el primero sermón que ha hecho pollo á raposa, que no se hallará en Esopete. Estoy por reirme sin gana. Ha, ha, ha. Ahora digo que también se toman zorras viejas de las que han otras veces dejado la cola en el lazo. Después de pan y vino cogido, y lo que peor es, comido y bebido, damos en santidades. Antes se ha uno de olvidar de sí que del prójimo. De aquí adelante yo ataré mejor mi dedo: quien tal hace que tal pague.

MACÍAS

Ya me parece que os vais entonando, como dijistes poco ha: guardaos de oír esa canción á caballo.

LENA

¿Qué me dice Vm.? Hablemos claro, no hay para qué mascarme las palabras. Aunque se olviden las buenas obras, siempre ha de durar el respecto que se debe á las tocas.

MACÍAS

Y aun por no haber olvidado yo las vuestras, digo que os guardéis.

LENA

A lo menos guardarme he de tratar con gentes que traen las cabezas tan llenas de aquello que no es bueno sino para navegar.

MACÍAS

De viento queréis decir: mirá cómo corremos las parejas. ¿Quien os sufre esa injuria no merece algo?

LENA

Digo que se ha de cumplir lo prometido, porque desta manera se aumenta y conserva el crédito; y vuelvo á decir que quiero mi buena estrena.

MACÍAS

Dos cosas son prometer y cumplir. Mas ¿qué cosa es buena estrena? que antes nosotros la pretendemos de vos.

LENA

¿Y de qué norabuena? Aún sería peor eso que lo del que emplaza á su acreedor. Yo sé bien lo que me deben y lo que por ellos he hecho.

MACÍAS

Pero no lo que nosotros pensamos hacer por vos: que andamos desvelados por daros contento y descanso, y no lo acabáis de entender; la una mano tira y la otra hila.

LENA

Señor mío, al orinar se conocen las yeguas; tanto me dirá, que me cosa la boca: sepa yo, pues —antes que muera—, lo que me tiene la ventura guardado.

MACÍAS

No es poco.

LENA

A lo menos viene poco á poco.

MACÍAS

¿No habéis oído decir: nunca mucho costó poco?

LENA

Con eso me destetaron. Mas no sé lo que me espero; y bien que me costará ya muy caro.

MACÍAS

Eso más es que descoser la boca. Quiérooslo decir, por no venir á las manos.

LENA

¿Pues tras qué ando yo? Daba la esperanza por verme con Vm. á la melena, pagándome de mi mano en contado.

MACÍAS

Mas lo querriades sin contar. Dejemos esto, que ya son amores. Queremos casaros, ea, acabemos ya.

LENA

Vuestra merced me parece que tiene en la una mano el pan y en la otra el palo. ¡Ojalá, que ya mi requebrado hizo flux!

MACÍAS

¿Es posible?

LENA

Al confesor y al médico se ha de descubrir todo. He descubierta que cubría una andrajosa

y que la tiene preñada, y como amor no puede sufrir acompañado, al punto le di pasaporte. No hay, señor, que fiar de rufianes, pues habiendo yo sacado á este traidor—oliendo á estiércol—de rascar la mula del canónigo Frechilla, trayéndole como un palmito y dándole cuanto tenía—á qué quieres boca—me ha dado este pago.

MACÍAS

Alguna secreta virtud debe tener, pues Lena—maestra de estas labores—ha hecho tanto por sus pedazos.

LENA

Mas pensé que por sus ojos bellidos. Daría lo que me queda por que fuese de veras lo que Vm. me dice, para olvidar á aquel bellaco. Mas, á fe, ¿búrlase Vm.?

MACÍAS

Mi hermano os lo dirá. Como quien soy, que os queremos casar.

LENA

¿Con quién? ¿Con quién, por vida mía?

MACÍAS

Cuando menos con Ramiro, barbero, cirujano y un poco físico; hombre maduro, acreditado y bien acondicionado.

LENA

¿No es el de la hija bonita, donde ya me entiende?

MACÍAS

El mismo.

LENA

No me parece mal; mas no sé si me querrá con tan poca dote.

MACÍAS

Todo lo suple vuestra persona y buenas partes; ya le tenemos medio convertido.

LENA

Haríanme Vms. su perpetua esclava; si no me olvidan, no faltará en qué servirselo.

MACÍAS

Déjanos el cuidado, y también de regalaros por lo que os habéis fatigado en guiarnos la danza, y cuanto os he dicho ha sido por tentaros.

LENA

Bueno sería pensar otra cosa; no querría ser tenida por tan necia; todo se me alcanza. Beso las manos á Vm.

MACÍAS

Con bien vais. (*Vase.*)

LENA

Con esta buena esperanza quiero comenzar á ordenar mi ajuar y esforzarme cuanto pudiere á salir de pecado y huir de que se diga por mí que no hay ramera ni alcahueta que no venga á morir en el hospital ó de hambre. ¡Cómo se mejoran las horas cuando Dios quiere y cuánto aprovecha el servir á los buenos! Al fin no queda carne en la carnicería, por mala que sea; y en efeto, la

mujer es como la hiedra, que arrimada al tronco se sustenta verde y fresca, y apartada se seca. Bueno será ponerme de veinticinco alfileres para echar mejor el garabato á Ramiro; que aunque no soy para desechar, todo lo habré menester, porque me parece que ha dado mucho de sí. Mas si cenare solamente una ensalada, no se dirá que me voy á dormir ayuna. (*Vase.*)

## ESCENA VI

Sale CORNELIO; luego ARIES é INOCENCIO

CORNELIO

Dijo cierto sabio que cada uno tiene su defecto, y que el suyo era la mujer que tenía, sin la cual en todo lo demás era bien afortunado. Debe, sin duda, de ser un pesado inconveniente, pues un hombre tan justo y prudente sentía alterada toda su quietud y vida por la mala cabeza de su mujer. ¿Qué debemos pensar los pobretos como yo? Verdaderamente que me pone en cuidado el humorcillo de Policena, y así estoy entre si me casaré ó no me casaré, como pinaza en la mar, combatida de dos vientos. No querría hacer como muchos necios, que primero hacen las cosas y después las piensan. Esta mañana al salir de casa, la primera cosa que oí fué toser á un cabrón, y aunque me dicen lo suelen hacer por la mudanza del tiempo, lo he tomado por mal agüero. Mas otra cosa me da mucho que pensar, y es haber oído que los casamientos y partos del verano son muy peligrosos. La razón desto debe

de estar en la experiencia, pues no hay astrólogo que la sepa adivinar sino con dos dedos. Echome á nadar á la ventura—como hizo mi padre—en el lago tocado del Unicornio. Quiero poner las manos en el rostro, por no topetar con la frente, y hacer lo que mis amos me aconsejan: que si Ramiro no tiene casa, tampoco yo gozo de hogar ni viñas. Ellos me prometen lo que es bueno, y mi señora casi el ajuar entero; Ramiro no tiene otro heredero y hállase con granillo; la moza es cortada á mi medida; débola—según me jura—su honra, está espiritada por mi gentileza; buenos señores y amigos: puédome pasear poco menos que á caballo, pelando cada día mis patos; ¿qué quiero más? Ramiro me ha dicho que el señor Aries me desea hablar; debe de labrar el fuego. ¿Es, pues, burla que tendré mala rentilla en él? Quiero ir á buscarle, y cargarle he de palabras que sean como el estruz, que ni es bestia ni ave, gobernándome de manera que le vaya chupando sin sentir, y aumentando el deseo con falsas esperanzas, sin acordarme de él más que de las nubes de antaño. Allí está; quiero hacer del dolorido, para que valga más la mercancía.

Sale ARIES

### ARIES

Vengáis en buen hora; pues, amigo, ¿cómo está la mano? He entendido que la herida es pequeña, de que me huelgo mucho.

CORNELIO

¿Qué importa, si quien me la dió la hace gran-

de, pues iba con ánimo de cortarme á cercén el brazo?

ARIES

Él está donde lo pagará todo. ¿Hablastes más á mi señora Violante?

CORNELIO

No ha media hora, haciendo un largo razonamiento sobre Vm.

ARIES

¿En fin?

CORNELIO

En fin, señor, está de manera que un ciego echaría de ver de qué pie cojea, pues da señales de lo mucho que gusta de oír mentar á Vm.

ARIES

¿Podré creer esto?

CORNELIO

Bueno sería dudar de cosa tan puesta en razón; sí, ¡que no se hallan á cada paso las calidades que mi señora ha entendido de Vm.! Ella es persona muy sabia, y como tal—por no mostrar ligereza—no se quiere declarar tan fácilmente; mas presto nos desengañará el cojo. Entretanto, sepa Vm. que le tiene perdida la mala voluntad.

ARIES

El tiempo trae las cosas á quien con más razón puede esperarlas; mas el mío es tan corto cuanto larga en ella esa buena voluntad; y así, no siendo para mí esperanzas tardías, ni menos pretender

inclinarla con los amorosos términos de que suelen pagarse las mujeres—aunque no las que son tan acuerdas como ella—, estoy resuelto de pretenderla por vía de casamiento, si ya no hallamos otra más corta.

CORNELIO

Esa, señor, es infalible, si no se atravesase el deseo que tiene de casar antes á la señora Valentina, que, dice, comienza ya á parecer mal en casa. De los hijos Vm. le sabe de su boca. Mas he pensado una cosa desde que Ramiro me dijo que Cervino es impotente, y que Vm. pretende dar otro marido á aquella señora, y es que sea el señor Damasio, si quisiese venir en ello; pero póngolo en duda, por verle tan embarazado con aquella doncella.

ARIES

No más, basta esto por ahora, que viene allí el bachiller; no quiero que entienda lo que vamos tratando. Andá en buen hora, y de cuando en cuando una puntadica, por amor de mí.

CORNELIO

Ya estoy al cabo. (*Vase.*)

Sale INOCENCIO

ARIES

¿De dónde viene ahora el buen Inocencio?

INOCENCIO

Ya Vm. lo puede pensar.

ARIES

Pues ¿qué hay?

INOCENCIO

Nunca le falta malaventura al desgraciado. Ha ido al Corregidor un caballero mozo—*nómine* Macías Curruca—echando chispas, haciendo grandes requerimientos, diciendo que el herido tiene el pasmo y que está ya en las manos de Dios.

ARIES

Eso es así.

INOCENCIO

Por otra parte, el padre de Becerrica—que no parece—pidiéndole cuenta de él, y que hasta que se le dé, le tengan á buen recaudo. Y así, le han vuelto á estrechar la prisión. Y hallándose afligido me envía á suplicar á Vm. que por amor del Señor no le desampare, y que se vaya tratando del casamiento de la señora Casandra, que él gustará de que se efectúe. Y que en lo que toca á mi señora, él mesmo hará fe bastante para que sin más averiguación la pueda Vm. dar á quien la quisiere. Que él pretende—cansado ya de las cosas del mundo—retirarse á la vida solitaria. Encomiéndosele á Vm., *amore Dei*.

ARIES

Porque se allana, y el nombre que ha tenido de mi yerno, iré á entender lo que hay; y si puedo, le haré dar en fiado una casa por cárcel—como no sea la suya.

INOCENCIO

Eso no importa, pues no quiere entrar más en ella.

## ARIES

Yo huelgo mucho de ello. Váyase, bachiller, haga buena compañía á las mujeres y dígalas lo que pasa, que yo iré á verlas. (*Vase Inocencio.*) Ahora sí que á mi gusto podré trazar y juntar, á menos costa mía ya, la de Cervino; quiero encajarme adonde deseo, para pasar mejor la enojosa vejez. Será bien acudir á Macías para que apriete á su hermano, y que de tres casas hagamos sola una, de consuelo y alegría; no quiero dormir mientras está el hierro caliente. (*Vase.*)

## ESCENA VII

Salen DAMASIO y MACÍAS, luego CORNELIO

DAMASIO

Hermano, ¿adónde ha ido Cornelio?

MACÍAS

Es tan diligente, que dondequiera es de creer que nos está sirviendo. Veisle allí.

CORNELIO

¿Adónde iban Vms.?

MACÍAS

A buscarte, que no sabemos estar sin ti un momento, y vamos cortando de tus pedazos.

CORNELIO

No hay pocos de que asir, según ando destro-

zado. Pagados quedamos, pues yo también he roído los zancajos á Vms.

DAMASIO

¿Con quién las has habido, por tu vida?

CORNELIO

Adevínelo Vm.

MACÍAS

Ea, dilo.

DAMASIO

Con el señor Aries, que anda en todo y por todo de vuestra parte.

MACÍAS

¿Qué dice?

CORNELIO

Tanto ha dicho y yo contrapunteado, que no lo quiero decir.

DAMASIO

Bueno es eso; acaba de echarlo.

CORNELIO

Que la señora Marcia será de Vm. y la señora Casandra me parece que la llevará un caballero de Tortosa.

MACÍAS

¿Qué dices? ¿Estás loco?

CORNELIO

Como se lo cuento.

MACÍAS

Gentil nueva me traes para venir tan alegre;  
¿cómo eres necio?

DAMASIO

Díceslo de veras.

CORNELIO

No son cosas para burlar con ellas. Así se la dejarán de dar, como el señor Aries alcanzar lo que pretende.

MACÍAS

¿No nos dirás qué quiere?

CORNELIO

Cuando menos que mi señora le caliente la cama.

MACÍAS

¿De qué manera?

CORNELIO

Como la calentó á su padre.

MACÍAS

¿Y cuando mi señora viniese en ello?

CORNELIO

Entonces él lo trocará todo y hará que Vm. tenga lo que desea.

DAMASIO

¿Cómo sabes tú todo eso?

CORNELIO

Porque lo ha tratado conmigo y se contentará de esta manera.

DAMASIO

Tú eres á punto el aliento, que ahora calienta, ahora enfría; ó como el alacrán, que hiere, y con su aceite sana. Gran cosa es tener criado que no haya menester consejo. Para decir verdad, tú mereces mejores amos que nosotros.

CORNELIO

Yo los tengo mejores que sabría desear.

MACÍAS

Entrémonos, hermano, persuadamos á mi señora, que si yo no alcanzo esto de ella, me quiero ir á Flandes.

DAMASIO

Poco será menester para esta conjunción, porque la debemos de tener de manera—con la plática de nuestros amores—que no debe desear otra cosa. Entretanto, toma tú, Cornelio, estos diez ducados, que ha mucho que son tuyos.

CORNELIO

Adeudarse hace al hombre esclavo. Beso las manos á Vm. ¿Y el señor Macías, no piensa sino injuriarme?

MACÍAS

Toma cuanto tengo, que todo es tuyo.

## CORNELIO

Sí, por cortesía, pero no querría yo ver siempre ese toma desnudo.

(*Vanse.*)

## ESCENA VIII

Sale MORUECO

## MORUECO

Ahora acabo de entender ser los celos de las más violentas y bestiales pasiones que pueden tocar á un hombre; porque si una vez se asientan en la cabeza del que se consume y seca investigando una tan oscura verificación, le hace cometer ridículos desatinos. Bien dijo aquel que el celoso es loco de arte mayor, pues como tal, tiene miedo hasta de su misma sombra, y de cosas nunca vistas, oídas ni pensadas: mirándolas como en espejo de alinde, que se las representa muy mayores de lo que son. Viviendo el cuitado siempre, en el mal hecho un Argos y en el bien ciego topo, con una invengable ira, que no se le puede acabar sino con la vida, por ser infinito el número de los que desea herir y matar, para satisfacer la rabiosa saña que tiene contra todo lo que teme; temiendo de cuanto imagina. Y puede tanto esta frenesía, que aun contra sí mesmo le vuelve: tanto, que ha habido alguno que para saber si su mujer le haría los husos tuertos—por si se empreñase, poderla convencer de adulterio—, se hizo—cuando menos—capar. Poco le ha faltado á nuestro Cervino para hacer otro tanto. Veis aquí lo que resulta de estos es-

cusados celos, cuya venganza más hiere que sana al que los tiene. Como Lépido, que vino á morir de pena. Mas bueno sería, si Macías, que con tanta voluntad ha pedido por mujer á mi sobrina Casandra, se saliese ahora fuera. Quiero ir, á la ventura, á ofrecérsela; que espero mirará quién es, y que la señora Violante considerará cuán bien estará á ambas partes. Ríome del buen viejo Aries Gonzalo, que estando el pie en la sepultura—para alargar la vida—pretende lo que—cuando menos se cate—le hará cantar á la puerta un *Requiem æternam*. Porque la mujer es como la hiedra, que corrompe y arruina la pared que acaricia y abraza. Como le cuadra bien lo que otro viejo respondió á uno que le reprehendía porque en tal edad se casaba: «No fuera yo viejo si tuviera seso; basta que cuando le tuve me tuve.» De cuán diferente humor está Cervino, que deja tan fácilmente mujer é hija—no viendo la hora de echarlas de sí—, y por que yo ayude y le dé mi granja para retirarse, me da la renta que tiene en Tordehumos, de que yo me contento por apartarle de mí. Y ya resuelto, voy á echar un lance, donde por ventura quedaré con los demás enredado; que la señora Valentina es pieza que fácilmente me hará embarcar por su servicio. (*Vase.*)

## ESCENA IX

Sale LENA, luego RAMIRO

LENA

Merecería que me echasen en un río, si después de haber tenido escuela de humanidad

treinta años no supiese mi cuenta y quisiese venir á ser esclava, de señora de mi casa y anchura. Quiero ver cómo pasa el negocio; que cuando Ramiro no se contente de no estar poco en casa—buscándome la escama en el cogote—no quiero que pase adelante nuestro casamiento. Sería bueno—por no saber su condición, al cabo de mi vejez—dar de nalgas en un prado de ortigas, que nunca fueron buenas para salsa. También será bien saber lo que tiene, porque es menester más que manteles limpios á la mesa. Quiero capitular antes con aquellos mis señores, que cabeza sin lengua á calabaza se parece. Mas digamos ahora que él fuese mal acondicionado y pobre—nunca coz de garañón hizo mal á yegua—, ¿no me le traeré yo como leche á una mano, pues va la pierna donde quiere la rodilla? ¿Y cuando la despena no esté muy bastecida, dejaré yo las manos en el seno á Policena? ¡Es verdad que no es la moza—cayendo en las mías—para que anden los regalos rodando por casa—aunque se case—y venga á ser la tienda de mi novio la más frecuentada y famosa desta ciudad! Quiérome engolfar: que no puede faltar nada á quien ha sabido hacer de un celoso un sátiro; que esto me da un corazón de elefante. Aquí viene mi velado y todo mi bien.

Sale RAMIRO

RAMIRO

Amores, cara de Pascua florida, ya que estamos tan adelante, bien te puedo pedir una cosa á crédito, como mía.

LENA

Tal puede ser que no haya lugar.

RAMIRO

Que me dejes besar esa boca de perlas.

LENA

¿Eso es? Dios me defienda del enemigo malo. La primera cosa que no se permite á los desposados; no haría por todo el mundo semejante pecado: hágase antes lo que dice el cura.

RAMIRO

No me puedo ir á la mano, porque vienes oliendo á mil ámbares.

LENA

El más perfecto olor de la mujer es no oler á nada. A tiempo seremos.

RAMIRO

¿Adónde vas, amores?

LENA

A buscar á mis buenos señores.

RAMIRO

Es en vano, porque están—como en consejo de Estado—tratando de muchos casamientos, y ha pasado una cosa de risa.

LENA

¿Y es?

RAMIRO

Que proponiendo el señor Morueco el de la señora Violante con el señor Aries, respondió ella

que antes se metería monja que hacer tal agravio á los huesos de su marido, porque daría que decir á las gentes si al cabo de tan larga viudez, teniendo hijos é hija para casar, los diese antes padrastro. En esto saltó aquel loco de Macías diciendo: «Señor Morueco—pues lo desea tanto—, vuestra merced se casará con nuestra hermana y mi señora con el señor Aries, á quien nosotros holgamos de tener por padre. Y así se lo podrá vuestra merced decir de nuestra parte. Y que se tenga de hoy más por señor desta casa; en lo demás no me entremeto, pues mi señora quiere ser forzada.» Mirá si habrá dado bien que reir.

LENA

Ha, ha, ha. La señora Violante no querría salir de tan largo ayuno sino con carne fresca, mas no le faltará consolador. ¡Qué rollo de mujer! Si yo fuera hombre me perdiera por ella.

RAMIRO

Si supieses lo que hay debajo de aquel monjil, de veras lo dirías.

LENA

¿Y vos sabéislo?

RAMIRO

¿No quieres que lo sepa, si la he echado ventosas y sangrado de brazos y tobillos cien veces?

LENA

¿Y tocado, ah, no? Quitáosme de delante, que me revolvéis la sangre en el cuerpo. No hay cosa que más cuidado me dé en este casamiento que

haber de tener marido privilegiado para poder emplear sus cinco sentidos donde otros no pueden uno.

RAMIRO

No me has de ser celosa, si quieres que vivamos como dos palomitas sin hiel.

LENA

Al fin, ¿en qué han parado las pláticas?

RAMIRO

Ya quedan todos concertados.

LENA

Decime cómo.

RAMIRO

El señor Aries, con mi señora Violante; el señor Morueco, con la señora Valentina; el señor Damasio, con la señora Marcia; el señor Macías, con la señora Casandra; el señor Cornelio, con la señora Policena, y el señor Ramiro, con mi señora Lena, que están presentes. Y todos quieren pedir al Corregidor la libertad de Cervino, que pues las partes se contentan, es justo que se halle á las fiestas y bodas de su mujer, de su hija, de su suegro y de su cuñado. Y porque las piensan hacer muy solenes, me envían á prevenir los menestriles de la ciudad, y así—para que se lo diga—voy á buscar al trompeta Juan Cornier. ¿Sabrásme decir adónde le podría hallar?

LENA

Sí, hermano, donde vos tenéis los pies. Mirá que con la priesa no se os caya alguna mentira.

## RAMIRO

Si me cayere, la hallaré en tu casa, donde comenzaremos á tratar de nuestros pucheros.

(*Vanse.*)

## ESCENA ÚLTIMA

Sale CORNELIO

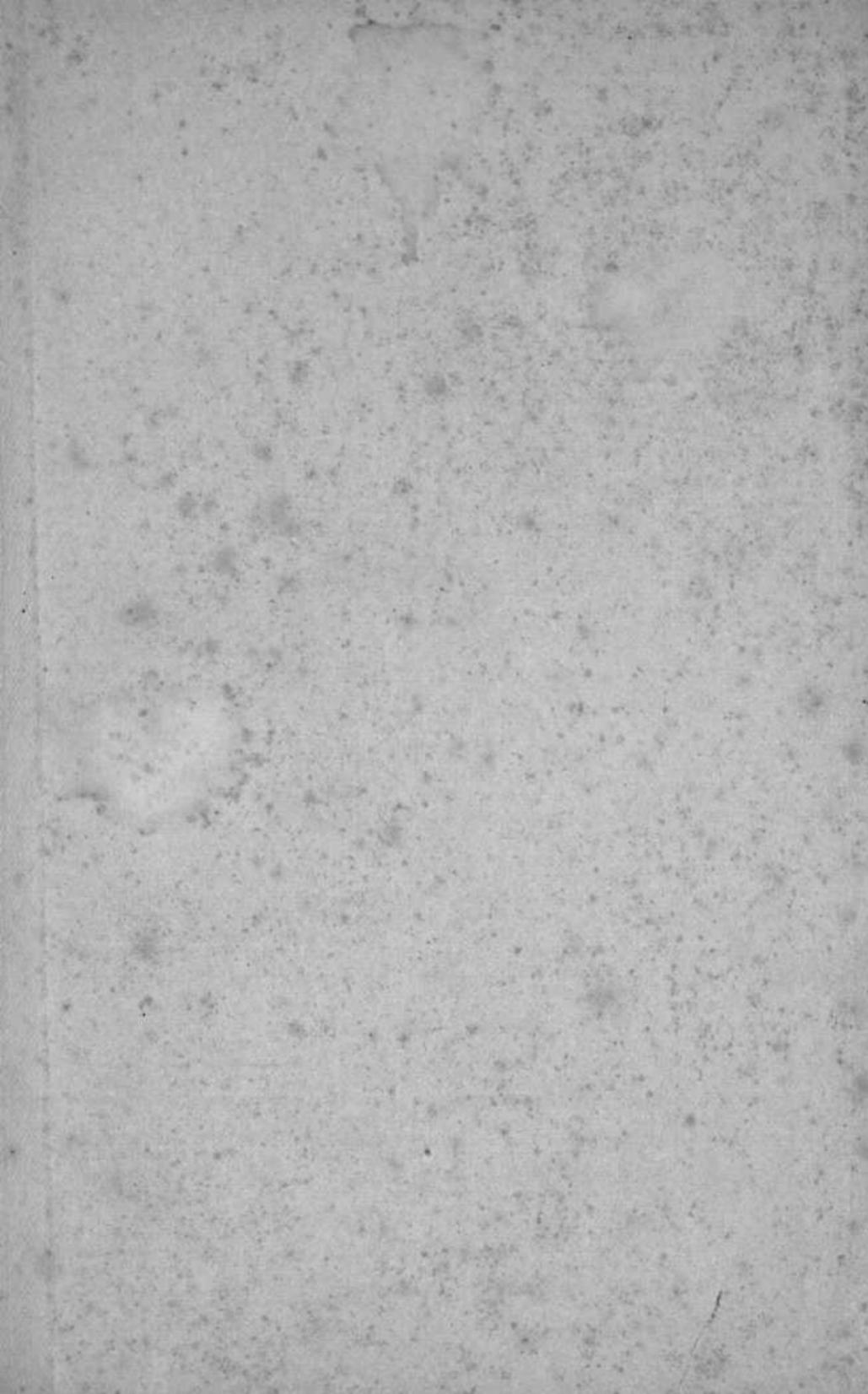
CORNELIO

De parte del señor Cervino, guarda mayor de los montes, se hace saber á todo el insigne auditorio que los que no se fiaren de sus consortes estarán tan seguros como de no caer las hojas del árbol en fin de otoño. Porque los celos son contra el natural ingenio de las mujeres: cosolette de araña para los arcabuzazos; la curiosidad, en todas partes viciosa, y en esta más perniciosa. Y así—movido de piedad y celo fraterno—amonesta que ninguno—de cualquiera calidad que sea—los tenga, dentro ni fuera de casa; so pena de que no le podrá faltar malaventura. Antes, que todo el mundo se arme de la quieta y mansa paciencia. Porque la experiencia le ha hecho tocar con la mano que todas las sutilezas y vigilancia de los espantados Lépidos—que no quieren dejar hacer su curso á la Natura—son azadones con que los cuitados sacan de los centros de sus sospechas las invisibles cornetas de la Fama. Y advierte que se burlan más del que se fatiga en poner remedio que del pacífico que lo disimula ó ignora, y que es menester gran ingenio para evitar tan inútil y enojoso conocimiento. Por lo cual aconseja—sobre su conciencia—

que cada uno renueve en su casa la costumbre de los prudentísimos romanos—á quien debe imitar—, que cuando volvían á las suyas lo enviaban delante á avisar á las mujeres para no cogerlas de sobresalto, descuidadas y mal compuestas. Y porque el sereno podría hacer mal á las damas—que son más delicadas—, las convida con su cena y casa, ofreciéndolas que no faltará de la fruta más agradable á sus gustos.

*Valete et plaudite.*





**OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ**

Director literario de esta Editorial

**NOVELAS:** Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sonríe la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. **NOVELAS DE LA COSTA AZUL. 5 ptas. vol.**—**CUENTOS:** La Condénada. Cuentos valencianos. 5 ptas. vol.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 t.). 5 ptas. vol.—**ARTÍCULOS:** El militarismo mejicano. 5 ptas.

El Papa del mar (novela). 5 ptas.

**NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL**

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XIV. En prensa el XV.—10 pesetas volumen encuadernado.

**NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL**

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—7'50 ptas. vol.

**NOVELAS Y TEATRO**

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—1'25 ptas. volumen.

**BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL**

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—2 ptas. volumen.

**BIBLIOTECA CLÁSICA**

**HOMERO:** *Ilíada*. 2 t.—*Odisea*. 2 t.—**ESQUILO**. 1 t.—**SÓFOCLES**. 2 t.—**HERIODO**. 1 t.—**EURÍPIDES**. 4 t.—**TRÓCRITO**. 1 t.—**ARISTÓFANES**. 3 t.—**JENOFONTE**. 1 t.—**PLAUTO**. *Comedias*. 3 t.—**FEDRO:** *Fábulas*.—**STRÓN:** *Sentencias*. 1 t.—**CICERÓN:** *La República*.—*Las paradojas*. 1 t.—**ARISTÓTELES:** *La poética*. 1 t.—**LA CANCIÓN DE ROLDÁN**. 1 t.—**QUERVEDO:** *Obras satíricas*. 1 t.—**CERVANTES:** *Teatro selecto*. 1 t.—**VIDA DE CERVANTES**, por su primer biógrafo Mayáns y Siscar. 1 t.—**LOPE DE VEGA:** *Novelas*. 1 t.—*Comedias*. 1 t.—**GUILLEM DE CASTRO:** *Teatro*. 1 t.—**CALDERÓN:** *Teatro*. 2 t.—**SHAKEPEARE:** *Obras completas*. 12 t.—2 ptas. vol.

**LA CIENCIA PARA TODOS**

Volúmenes ilustrados á 1'50 pesetas.

**CULTURA CONTEMPORÁNEA**

**E. FAGUET:** *El arte de leer*. 3 ptas.—**E. BERGSON:** *La risa*. 3 ptas.—**W. WILSON:** ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad*. 3 ptas.—**W. SOMBART:** *Socialismo y movimiento social*. 4 ptas.

**NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA**

Anatóle France, Daudet, Victor Hugo etcétera.—2 ptas. vol.

**LOS CLÁSICOS DEL AMOR**

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—2 ptas. volumen.

**LAS NOVELAS DEL MISTERIO**

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—2 ptas. vol.

**COLECCIÓN POPULAR**

Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 pta. volumen.

**LOS GRANDES NOVELISTAS**

Tolstoi, Dumas, Sué, Conan-Doyle, etc. A 35 céntos.—Edición *La Novela Ilustrada*

**LA NOVELA LITERARIA**

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los mejores escritores de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. **NOVELAS:** Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Herman, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Marguerite, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinsay y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—4 pesetas volumen en rústica.

**J. FRANCÉS:** *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor*. 3 ptas.

**F. LLORCA:** *Lo que cantan los niños*. Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

**HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914**

ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados. *Las grandes batallas*.—*El heroísmo*.—*Los horrores de la lucha*.—*La guerra en el mar*.—*Tipos y costumbres de los beligerantes*.—*Personajes de la guerra*.—*Retos, caricaturas y documentos*.—*Pianos y mapas*.—*La vida en el campo de batalla, en campos de batalla y hospitales*.—*Panoramas trágicos*.—Nueve tomos. Lujosa edición encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

**El libro de las mil noches y una noche.**

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

G - 6714

La Supera  
Super-Más